

UN MUNDO JAMAS SOÑADO



DEAN McLAUGHLIN

El mundo de las CÚPULAS

Andreu



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Dean McLaughlin

EL MUNDO DE LAS CUPULAS

Título original: *Dome World*
Dean McLaughlin, 1962

PRIMERA PARTE

HOMBRES EN LAS PROFUNDIDADES

I

Daniel Mason se sentía verdaderamente fatigado.

Hacía varios años que había regresado de la Luna y sin embargo todavía no había podido acostumbrarse por completo de nuevo a la gravedad terrestre. Su cuerpo era un pesado armatoste. Los pies le dolían constantemente.

Además, estaba el trabajo de dirigir la cúpula. Y hay que tener en cuenta que eso es un verdadero trabajo para cualquier hombre. Por si todo ello fuera poco, había perdido muchas horas de sueño debido al desagradable asunto de la cúpula de McKinley. Muy pronto, ya, ese asunto estaría al rojo vivo, lo que sería motivo de hacer hervir las aguas del océano entero. Antes de que esto ocurriera, cada una de las cúpulas bajo el agua podía haber estallado.

Hacía falta una clase especial de valor para enfrentarse con un desastre semejante. Mason no lo tenía. Desde hacía semanas, había descansado muy mal. Aun suponiendo que las cosas se desarrollaran de la mejor manera, no había lugar a dudas de que sería un mal trago. Muy malo.

Pero lo que peor le hacía sentirse era la fatiga que le vencía, aquella dolorosa lasitud tan profunda que convertía en un verdadero esfuerzo el simple hecho de moverse.

Por esta razón no se levantó a recibir al comandante John Powell, cuando Jenny introdujo al oficial en su despacho. Ni se movió cuando el oficial cruzó la alfombra con la mano tendida para estrechar la suya.

Fingió no verla.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó. Negligentemente levantó los ojos para contemplar el blanco uniforme. Era fácil aparecer con aspecto descansado, pensó— para estar sentado con los codos apoyados en los brazos del sillón dejando descansar el peso del cuerpo en los brazos que permanecían apoyados indolentemente en la translúcida superficie.

Powell mantuvo su fría dignidad, clavando sus ojos en los de Mason con seria severidad. Sabía que iba a ser reprendido, de acuerdo, pero a duras penas lo admitiría.

Era un viejo luchador, macilento y gris. Sus mejores años habían transcurrido hacía ya mucho tiempo, y para él el solo uniforme con las barras cruzadas de comandante a su edad era un claro signo de que su carrera no había sido demasiado brillante. Pero, aun así, él seguía

manteniendo el sentido de autoridad, y continuaba al servicio de su país de la mejor manera que le era posible. Como un caballo que lleva todavía arreos, pensaba Mason, o como un reloj del abuelo que nunca se para y no varía nunca.

—Estoy aquí —dijo Powell— para asumir el mando del centro de control de defensa de esta cúpula. —Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un paquete de plástico. Desabrochó el cierre de uno de los lados y sacó varios papeles—. Mis credenciales —dijo, tendiéndoselos a Mason—. Mis credenciales y mis órdenes.

Mason le hizo una seña para que dejara los papeles sobre la mesa. No los miró siquiera.

De manera que había sucedido aquello, pensó. Bien, lo había estado esperando. Esperaba que no hubiera sucedido. Que los acontecimientos se habrían precipitado antes de que sucediera. Pero había sucedido ahora y no tenía más remedio que enfrentarse con la realidad.

—¿Deseaba usted mi permiso? —preguntó Mason.

Powell se irguió.

—Había pensado —dijo tiesamente— que sería sólo simple cortesía hacerle una visita.

Mason se acarició la barba sin vacilar. Recordó, torcidamente el viejo refrán que dice que cuando uno va a matar a un hombre, no cuesta nada ser cortés con él.

Y eso era lo que pasaba con ese rey entre peones, ese rey que no era más que un peón más en un juego de mayor calibre.

—Esperamos su cooperación —dijo Powell.

Mason se inclinó hacia atrás. La silla crujió, interrumpiendo el pesado silencio. Dejó vagar los ojos hasta el canapé al otro lado de la habitación frente a él. Deseaba poder ir hasta él y tenderse, ¡Dios! Estaba tan fatigado...

—He estado en contra de las fortificaciones de las cúpulas desde el mismo comienzo —dijo—. Incluso desde que fue propuesta la idea. Todo cuanto se ha hecho ha sido realizado contra mi punto de vista.

Powell le miraba incrédulo.

—¡Usted está loco!

La breve interjección del oficial no podía haber sido más completa, pensó Mason.

Movió la cabeza.

—Soy uno de los pocos hombres sanos que quedan —dijo—. Tenemos dos millas de océano por encima de nuestras cabezas. Todo cuanto tienen que hacer los africanos es poner una bomba en

cualquier lugar para terminar con nosotros, y quedaremos tan destrozados como si alguien se hubiera dedicado a triturarnos. Todos los campos de minas, torpedos y cohetes que ustedes han preparado no podrán detenerles.

Powell enrojeció.

—Si los africanos atacan, necesitará usted defenderse —dijo—. Su producción es un motivo vital para originar una guerra y los africanos lo saben tan bien como nosotros. Ellos harán todo cuanto sepan y puedan para destruir esta cúpula y todas las demás que tengamos. ¿Qué prefiere usted, dejar que nos bombardeen a su antojo sin intentar siquiera detenerles?

—No creo que pueda usted detenerlos —contestó Mason.

—Tal vez no —concedió Powell—. Puedo asegurarle que las cúpulas son vulnerables. Su situación crea grandes dificultades para cualquiera que tenga que preparar un plan de defensa. Sin embargo, debemos defenderlas de la mejor manera que sepamos. Si procuramos que su destrucción sea lo más difícil posible, esos malditos bandidos negros no se atreverán a intentarlo.

Mason movió la cabeza. No le gustaba esa actitud.

—Sólo hay una manera de proteger nuestras cúpulas —dijo—. Que no haya guerra alguna.

—Puede que nos veamos forzados a ella —indicó Powell—. Si los africanos atacan, no tendremos más remedio que responderles. Tendremos que luchar contra ellos.

Mason apretó los dientes. Esa manera de pensar era detestable.

—He estado siguiendo el asunto McKinley —dijo, controlándose fríamente— y me parece, me da la impresión de que si los africanos nos atacan, o si nosotros les atacamos a ellos por este asunto, será simplemente porque no habremos podido firmar un convenio con ellos.

—No se pretende conseguir ningún convenio —señaló Powell—. El vanadio de McKinley está en territorio americano. La Comisión Internacional del fondo del Mar, ha confirmado nuestra reclamación de derecho sobre el mismo, y ha rehusado la de ellos. El Consejo Mundial ha rehusado considerar ninguna apelación. ¿Dejaremos que los africanos se apoderen de nuestro vanadio simplemente porque nos han amenazado?

Mason cogió un lápiz de encima de la mesa. Lo hacía bailar entre sus dedos.

—La Comisión del Fondo del Mar no puede imponer sus reglas —dijo con sencillez—. No tiene poder para eso. Ni tampoco lo tiene el

Consejo Mundial. —Sonrió tristemente—. No son del todo imparciales, tampoco.

—Bien, ¿y qué? —preguntó Powell.

—Esta vez han ido demasiado lejos —dijo Mason, obligándose a sí mismo a mantener la calma que no sentía—. Esta vez han cometido una equivocación, una serie de graves equivocaciones.

—Las reglas de la Comisión no han sido nunca discutidas —exclamó Powell—. ¡Ni una sola vez durante sesenta y cinco años!

—¿Y el Consejo? —preguntó intencionadamente Mason.

—Estamos hablando de la Comisión —rezongó Powell.

—¿Es esa la posición oficial? —precintó Mason, con doloroso sarcasmo en¡su voz—. Bien, de acuerdo, hablaremos sólo de la Comisión.

Empezó contando con los dedos.

—Equivocación número uno: colocaron los límites territoriales de una colonia de cúpulas a cincuenta millas lejos de su centro. Eso fue demasiado. Nos iba a ocasionar conflictos. Luego, equivocación número dos: cambiaron de proceder cuando construimos la Cúpula Magellan sólo a setenta millas de la Cúpula Bismarck de la Cooperativa de Europa; esto partía el territorio intercontinental por la mitad dando la mitad a ellos y la otra mitad a nosotros. Tal vez esto sea buena geometría, pero es una pésima ley. Y ahora...

Dejó de contar.

—Ahora les conviene acariciar esta postura y arrugan la nariz cuando los africanos del Sur se quejan. No quieren admitir un error sólo porque desean que sea América quien posea el vanadio, porque el vanadio está en el lado de la Cúpula de McKinley en lugar de estar en el de la de Jan Christian Smuts. No pretendo nada al señalar que la de Jan Christian fue construida en primer lugar.

—Hasta que descubrimos el vanadio, los africanos estaban perfectamente satisfechos —arguyó Powell.

—Hasta que el vanadio fue descubierto —repitió Mason— se trataba sólo de principios teóricos. No tenía importancia. Ahora es distinto, y los africanos opinan que vale la pena luchar puesto que no tienen otra manera de obtenerlo.

—Las Américas Unidas no es una nación de cobardes —indicó Powell—. No podemos admitir en modo alguno la extorsión por medio de amenazas ni cualquier otra clase de presiones parecidas. Quizá algunas de nuestras cúpulas sean destruidas, no quiero negar esa posibilidad. Pero recuerde que los africanos tienen también cúpulas, cuya destrucción lamentarían tanto como nosotros las nuestras. Y

nosotros tenemos el poder para destruirlas.

—El peso del terror —dijo Mason, sonriendo débilmente. Se recostó en el respaldo de la silla y observó el techo de la habitación—. Hay mucho por hablar sobre las ventajas de ser un cobarde con vida, creo yo. Un héroe muerto no sirve para mucho más que para hacerle una estatua. Y como fertilizante.

—No he venido aquí para discutir de política —exclamó Powell.

II

Cuando Powell salió, Mason estiró las piernas debajo la mesa. Por un momento, un momento ilimitado, dejó descansar el peso de su cuerpo en los codos y descansó la cabeza en sus manos. Cerró fuertemente los ojos, como si cerrándolos obligara a la fatiga que le acosaba a dejar de torturar sus huesos.

No le sirvió de nada.

Al cabo de un rato, lentamente, se enderezó.

—Jenny —llamó dirigiéndose aparentemente al aire—, quiero hablar con Peter.

Los teléfonos interiores eran completamente invisibles. Incluso los micros y los altavoces habían sido magistralmente concebidos. Pero Jenny le oyó, y le contestó:

—De acuerdo, jefe —dijo, alegre y cariñosa, de la manera que se supone debe ser una pecosa pelirroja—. Se ha recibido un cable mientras estaba usted atendiendo a ese jovenzuelo inspector.

—¿Importante? —preguntó Mason.

—Casi se me ha caído la cabeza de tanto reír —dijo Jenny, fingiendo una alegría demasiado forzada.

Mason sonrió levemente. Era algo importante, no había duda.

—Tráemelo —le pidió.

No habían pasado ni diez segundos cuando la puerta se abrió dejando paso a Jenny, que llevaba un sobrecito azul en la mano.

—Chico, por lo visto has dado una buena réplica a ese lechuguino inspector —murmuró—. Ha salido como si le hubieras pegado fuego a la cola.

Mason cogió el sobre del telegrama. No estaba sellado.

—¿Estabas escuchando? —preguntó Mason.

—Claro —exclamó la muchacha, orgullosamente.

Se acercó algo más a la silla de Mason y se apoyó en la mesa. Observaba cómo abría el sobre y sacaba su contenido.

En la antesala, el teléfono interior sólo podía oírlo quien se sentara en su sitio. Era un buen truco; ella podía oír cualquier conversación, sea quien fuere el que estuviera con ella.

—Casi le dijiste todo lo que yo misma pensaba de él —confesó la muchacha—. Le has dejado entrever bien claramente que no era demasiado bien recibido.

—Me hubiera gustado decirle todavía más —señaló Mason, malhumorado—. Pero seguramente tratará de echarme de aquí por

todo cuanto le he dicho ya. No sirve de nada darle más motivos.

Se inclinó para leer el cablegrama. Murmuró algo ininteligible entre dientes.

AVISO PARA RAPIDA EVACUACION MUJERES, NIÑOS Y TODO PERSONAL NO INDISPENSABLE. POSIBLES CONFLICTOS BELICOS AUMENTANDO VERTIGINOSAMENTE EN ESTOS MOMENTOS. BENEFICIOS SEGURO DE GUERRA NO PAGADEROS A BIENES PERSONAS RESIDENTES ZONAS HOSTILIDAD CONTRARIAS A ESTE AVISO. ACUSEN RECIBO.

CALVIN J. OSGOOD, DIRECTOR ADMINISTRACION DE DEFENSA CIVIL AUTORIDAD CENTRAL AMERICAS UNIDAS

—Debe creer que le hemos olvidado —dijo Mason.

—Nos gustaría hacerlo, ¿no es cierto? —bromeó Jenny.

—Sí, desde luego —admitió Mason, con seca sonrisa—. Pero no ha mandado este cable por el solo hecho de sentirse importante. Algo debe de haber sucedido.

Jenny hizo una mueca.

—¡Oh, eres tan inteligente! —alabó, mofándose—. Eso venía en el boletín de esta mañana. Ese jefe de los sudafricanos, Van Vliet, ha hecho un poco de ruido durante la conferencia para la prensa en Panamá.

—¿Esta mañana?

—¡Ajá! —dijo Jenny—. Creo adivinar que no debió de tomar el desayuno, o algo parecido. Tal vez intentaron envenenarle.

Mason ignoró el sarcasmo.

—¿Qué declaraciones hizo? —preguntó, preocupado.

—Lo corriente —dijo, encogiéndose de hombros, pero se movía inquieta. —Dijo que no creía que el embajador Sierra deseara evidentemente hacer un trato, un convenio. Dijo algo de que si las concesiones no tenían lugar, Sudáfrica se vería obligada a emplear lo que él llama otro método para conseguir sus objetivos.

—En realidad, blandiendo la estaca —juzgó Mason, inquietamente —. Está dejándola caer.

—¡Oh! —dijo Jenny. No se sentía tan alegre como pretendía aparentar—. ¿No supondrás que quería dar a entender esto.

—Es posible —admitió Mason. Movió lentamente el telegrama—. Creo que es eso lo que insinúa en todo momento. Pero Osgood debe haber sabido algo más. Y Van Vliet está seguramente en lo cierto en cuanto a lo del convenio con Sierra. —Levantó los ojos del papel a la

muchacha, luego volvió a fijarlos en el papel, con una pregunta martilleándole la mente.

¿Lo has mirado...?

Ella movió a cabeza afirmativamente.

—¿Te importa?

—En absoluto. —Sonrió Mason—. A veces creo que sabes más tú de mis asuntos que yo mismo. —Dejó caer el telegrama en la bandeja —. ¿Qué opinas de todo esto?

Jenny contempló sus uñas.

—Voy a quedarme, si es eso lo que quieres saber —dijo—. No conseguirás librarte de mí tan fácilmente.

—Osgood tiene razón, tú lo sabes —le avisó—. Aquí correrás peligro. Estamos tomando parte en un juego peligroso, y si no conseguimos salir airosos del mismo, por haberlo planteado mal, estaremos tan perdidos como si no hubiéramos hecho nada.

—Tú estás deseando arriesgarte —señaló ella.

—Tengo que hacerlo —rectificó—. Tú, no.

La muchacha arrugó la nariz y dijo alegremente:

—¡Cáscaras! Eso se está poniendo interesante. Ahora estoy segura de que no voy a irme.

—¿Qué opinas de esto? —dijo cogiendo el telegrama de la bandeja y tendiéndoselo a ella—. De hallarte en mi lugar, ¿qué harías?

—Nada —respondió sencillamente.

Mason apoyó la frente en ambas manos.

«¡Diablos, se sentía verdaderamente fatigado!»

—Es mucha responsabilidad —indicó, sintiendo el peso de ésta— Se ponen en juego muchas vidas. Si no me equivoco...

—Peter está de acuerdo contigo, ¿no? Y Nick Crestón, de Bolívar, también. Igual que todos los demás. Están contigo, ¿no es así?

—A pesar de todo yo puedo estar equivocado —insistió Mason, débilmente—. Hasta ahora, sólo ha sido una idea para ellos. Cuando las cosas se pongan mal, cuando llegue la hora, y tengan que «empezar» a moverse, tal vez deseen retroceder.

—Todo lo que quieras, pero tú no harías nada en tal caso, jefe — argumentó Jenny—. Ni siquiera admitirlo. Ese cable debe haber sido enviado para ellos también, y apostaría a que están observándonos ya para ver qué es lo que tú haces, para hacer lo mismo, incondicionalmente. Si empiezas a hacer salir a la gente de aquí, creerán que no tienes demasiada confianza en tus propias ideas. Eso sería lo que les haría perder la seguridad.

Era magnífico tener al lado alguien como Jenny, pensó Mason.

Alguien que te diera confianza y ánimos para seguir adelante cuando las dudas comenzaban a hacerse demasiado fuertes.

Cogió el papel azul del cable, manteniéndolo unos momentos en la mano como si lo sopesara. Bruscamente, lo tendió a la muchacha.

—Toma, llévatelo y hazlo desaparecer —dijo—. Y luego ponme con Peter, telegráficamente.

Jenny cogió el papel y lo rompió por la mitad.

—Bien hecho, jefe.

Empezó a dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo. Volviose hacia Mason y preguntó:

—Jefe —empezó—, ¿no has deseado nunca regresar a la Luna?

—No —respondió Mason—. Claro que no.

Ni siquiera tuvo necesidad de pensarlo.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras la muchacha, Mason se preguntó el porqué de su seguridad. Bajo la pesada gravedad de la Tierra, incluso sostener una silla, incluso una silla tan ligera como aquella, levantada, era un esfuerzo que no podía aguantarse más que por espacio de unos segundos. Tocó su pierna, notó como un hormiguero extraño con semi entumecimiento de una pierna cuya afluencia de sangre estuviera paralizada.

Se levantó de la silla, preguntándose todavía, porqué motivo no había lamentado nunca regresar de la Luna. Estaba seguro de que no era por la gravedad de la Tierra. Se apoyó contra la mesa por un momento mientras se frotaba débilmente la pierna. Aquella sensación volvía a hacer presa de su pierna, Siguió dando masaje nuevamente. Las horribles punzadas comenzaron a desaparecer.

Al fin cesaron. Se apartó de la mesa. Sus pies estaban doloridos por el peso del cuerpo que sostenían; se quitó los mocasines que calzaba quedando con los pies sobre la suave alfombra. Por un momento, entonces, no se sintió tan mal.

Con los calcetines, anduvo hacia la ventana. Su cuerpo se inclinaba a causa de la fatiga. Apoyó la espalda contra la pared contigua a la ventana y miró afuera, No había muchas ventanas en la Cúpula Wilmington. Como director era uno de los pocos privilegiados que podía tener una. Contempló el amplio espacio que se presentaba ante sus ojos, donde se recibían los artículos destinados a las cúpulas y se cargaban los productos de exportación, hierro en lingotes y acero.

No era muy distinto en las minas de la Luna, pensó. En aquellas ciudades reprimidas, selladas, los metales eran fundidos de los minerales de la delgada corteza de aquel pequeño mundo y cada mina embarcaba sus productos a través de desiertos sin aire hacia otras

minas para intercambiar los por otros productos que ellos no podían producir.

Pero no era lo mismo. Las minas de la Luna cubrían las necesidades de la colonia lunar, pero ninguno de sus productos llegaba a la Tierra. Ni siquiera los más preciados metales, ni el radio ni los diamantes valían bastante como para permitirse el gran dispendio que suponía enviarlos allá. Incluso a pesar de que muchas de las minas de minerales de la Tierra estaban extinguidas, los metales de la Luna no valían lo suficiente como para justificar su transporte. Hasta el momento actual quedaba todavía alguna mina en el planeta, y por consiguiente la Tierra tenía con qué abastecer sus necesidades. Y en cuanto a materiales muy importantes —como por ejemplo el vanadio— las cúpulas marinas eran quienes procuraban abastecerles en tales necesidades.

Tal vez era ésa la razón, pensó, la razón por lo que él prefería estar aquí, en la Tierra, en el fondo del mar.

Cierto que ahora los hombres salían al espacio, iban a otros mundos, y vivían en ellos. Pero la Tierra seguía siendo el único lugar que realmente importaba. Seguía siendo el hogar del Hombre, y casi todos los hombres seguían viviendo allí. Incluso aquellos que habitaban en otros mundos seguían dependiendo de ella.

Todo cuanto sucedía en la Tierra era lo más importante, pensó. Y él, Mason, tenía su parte en el juego.

Observó el trabajo en el desembarcadero. Los enormes batiscafos parecidos a gigantescos caracoles, estaban alineados impasiblemente, dos a dos, en los embarcaderos. Sus compuertas para el cargamento abiertas. A sus lados el agua aparecía oscura, sucia de aceites y grasas.

Las máquinas cargadoras trabajaban incansables, como gigantescos cirujanos, soltando sus presas por un lado y cargando otras en el otro. Observó las cargas de acero y hierro que eran depositadas en su lugar.

Las cúpulas tendrían que producir más de sus propios alimentos a partir de ahora, pensó Mason.

Y tendrían que ampliar sus industrias para incluir otras, y manufacturar productos terminados.

Muchos cambios tendrían que tener lugar dentro de muy breve tiempo…

La voz de Jenny, llegó de súbito, introduciéndose rápida en sus pensamientos.

—Le he encontrado ya, jefe —anunció.

Mason regresó a su mesa. Se sentó haciendo una mueca al hacer presión en su espalda todavía dolorida. Trató de encontrar una

posición cómoda. Finalmente lo consiguió. Se echó hacia atrás, dejando que sus fatigados brazos se apoyaran en los de la silla.

—De acuerdo, Jenny. Ponme con él —dijo.

Una niebla grisácea apareció en el espacio entre la mesa y la puerta. Al principio parecía simplemente humo, pero rápidamente fue haciéndose más espeso hasta tomar forma y color como si algún escultor sobrenatural estuviera creando algo en el aire. Mason cambió de posición para saludar a Peter Kumalo.

Kumalo sentado en su silla de bejuco, sin respaldo, con las piernas cruzadas por los tobillos, ante su mesa. El despacho aparecía como algo extraño. Como si estuviera hecho de cañas entretejidas y juncos, tan primitivo como un remoto país.

El hombre era negro como el mismo cacao, y su cabello era rizado como lana. Vestía unos sencillos pantalones de piel, y sandalias. Sus dientes eran marfileños, y el blanco de sus ojos era como amianto. Sonreía.

—Daniel, mi buen amigo —dijo. Tenía una voz profunda, maravillosa.

Mason saludó con la cabeza, al tiempo que decía:

—Peter, bienvenido a la Cúpula Wilmington.

—Alan Paton es tu huésped —replicó graciosamente Kumalo.

Sonreía de nuevo. Siempre estaba contento, pensó Mason, por la paradoja de que ellos podían estar visitándose simultáneamente uno en la cúpula del otro. Como si pudieran estar en dos lugares a la vez.

Entonces la sonrisa ele Kumalo desapareció.

—La guerra comenzará pronto —anunció.

—Sí —afirmó Mason.

Era un hecho, no valía la pena negarlo, ya que con ello no evitarían que se produjera.

—Acabo de recibir un aviso —dijo—. Parece que las cosas están mal.

—¿Crees que debería decírselo a mi gente? —preguntó Kumalo.

Mason meditó un momento antes de responder.

—¿Qué es lo que saben?

—Saben que existe una fuerte tensión entre nuestras naciones —explicó Kumalo—. Saben que nuestras naciones se ponen como hienas hambrientas cuando se miran una a otra. Saben que la guerra puede desencadenarse de un momento a otro. Pero..., creo que no se dan cuenta exacta de lo que todo esto significa. Es como si estuviera contemplando cómo se avecina una fuerte tormenta en una tierra

donde no se sabe, ni se ha visto nunca, lo que es llover ni lo que significa soplar el viento.

—Será mejor que se lo digas —decidió Mason— Y será mejor que les aclares bien con qué facilidad puede despedazar una cúpula una bomba.

Kumalo se movió con dificultad. Tenía la frente cruzada por una profunda arruga.

—¿Por qué dices esto? —preguntó—. Lo de la bomba, quiero decir.

—Tu gente tiene que estar preparada para aguantar un rudo golpe —le refirió Mason—. Se lo tomarán más tranquilamente si están muy asustados y si tú les haces comprender que la tranquilidad es lo único que puede salvarles.

Kumalo suspiró aliviado, como si aquel peligro no le preocupara. Esbozó una sonrisa.

—Tal vez eso sea lo necesario entre tus gentes —dijo—. Yo no entiendo tus maneras de proceder. Pero yo no tengo ese problema. Para mi pueblo, yo soy el jefe —su caudillo— y ellos son mi pueblo. Yo los guío y gobierno; ellos no discuten mis decisiones. Pero... —movió la cabeza, afirmativamente— creo que seguiré tu consejo, amigo Daniel. Se lo diré. Será mejor si ellos aprueban lo que yo haga.

Mason estaba silencioso, sus ojos fijos en el rostro de su amigo negro. La gente era muy parecida en todo el mundo, pensó. Unos tomaban el mando de hombres que sabían lo que querían hacer. Bajo la inmóvil mirada de Mason, la sonrisa de Kumalo se convirtió en una mueca, y Mason tenía que hacer resurgir la sonrisa. Los dos se comprendían perfectamente, pensó.

—Tengo un problema —explicó entonces.

Kumalo se encogió de hombros.

—Este es el destino de los hombres —dijo con suavidad—. Cuéntamelo.

—La Marina ha enviado a un hombre para que se haga cargo del control de la defensa central —explicó Mason—. Hará trizas todo nuestro trabajo si no le rompo los dientes. Pero, ¿debo hacerlo?

El rostro de Kumalo estaba serio y solemne. No se movió de su asiento de retén. Sus macizas manos reposaban como estatuas en sus piernas.

—Ese es un problema que yo no tengo —dijo—. Mi país no divide la autoridad de esa manera. Tendrás que desembarazarte de ese hombre, pero no puedo decirte cómo.

—Tú sabes que he de conseguir deshacerme de él —dijo Mason. No pretendió que sus palabras sonaran tan claras, pero no pudo evitarlo

—. Lo que yo quiero saber… es cómo… cómo ocultar el cuerpo…?

—¿Vas a matarle? —preguntó Kumalo.

—S…í. si es necesario —repuso Mason.

Kumalo movió la cabeza, desaprobadoramente.

—Te sugeriría que le mantuvieras vivo —dijo—. Un hombre vivo puede ser útil en un momento dado. Es un peón a bordo. Un hombre muerto no sirve nunca de nada. Sólo puede ser un estorbo.

Mason meditó estaos palabras.

—Tal vez tengas razón —admitió—. Probablemente no sería demasiado amable como huésped, pero.., —se encogió de hombres—. Pensaré en algo.

—Estoy seguro de que darás con el buen camino, amigo mío —afirmó Kumalo—. Conociéndote como te conozco, sé que será un buen plan.

—Es reconfortante ver que todavía hay quien tenga confianza en uno —confesó Mason, lamentándose.

—Pero no seas demasiado temerario —prosiguió Kumalo, sin hacer caso de la ironía—. Actuar contra él demasiado pronto sería exponerte tú mismo. Mantenle ignorante de tus planes, pero no le toques.

—Sí, y ellos se cuidarán de obrar a su manera —terminó Mason—. Bien, eso tiene sentido. —Pensó un momento—. Sí —decidió—. Si le matamos, tal vez las cosas irían peor que si le conservamos a nuestro lado. Ellos tratan de hacernos enloquecer de todas maneras, pero eso quizá sería llevar las cosas demasiado lejos. A fin de cuentas, si no le matamos, puede servirnos en cualquier momento como rehén.

Kumalo arqueó las cejas.

—¿Rehén? —preguntó. Esbozó una sonrisa—. Algunas cosas… —dijo— no las entiendo. —Movió la cabeza—. Nunca llegaré a comprenderos a vosotros los americanos.

—A veces ni yo mismo me entiendo —admitió débilmente Mason. Se adelantó hacia la mesa y se frotó la frente. Se sentía como si todo el peso de las dos millas de agua del océano estuviera presionando sobre él. Se preguntaba qué iba a hacer con Powell.

—Pareces cansado, amigo Daniel —dijo Kumalo solícito—. Tal vez deberías procurar dormir un poco más.

—Siempre me siento fatigado —explicó Mason, consciente del dolor que sentía en los huesos— Eso no significa nada.

—Sigo creyendo que deberías dormir más —repitió Kumalo tranquilamente—. Si mañana fuera el día. debes estar descansado.

Mason movió la cabeza.

—Sí, puede ser mañana —admitió—. De cualquier manera, pronto.

—Se preguntaba si su fatiga era realmente tan visible, o si Kumalo había tan sólo adivinado—. Tengo que pensar… —dijo.

—Desearía habernos podido conocer en una ocasión más propicia —indicó Kumalo—. Me siento abochornado de que mi nación amenace a la tuya. Es casi como si estuviéramos planeando, mutuamente, la muerte de uno y otro.

—No es tu país —dijo Mason, repentinamente con voz dura. Se había incorporado—. Ni tampoco es el mío. Hace tiempo que dejamos eso.

Kumalo admitió la corrección.

—La lengua tiene viejos hábitos —admitió—. Y —se encogió débilmente de hombros—. Antiguamente, era mi país. Ahora…

—Ellos nos repudiaron —le dijo Mason—. No lo olvides nunca. Ellos no lo saben todavía, pero nos repudiaron.

—Sí. —La palabra se escapó entre los blancos dientes del negro—. No me habría dado cuenta de ello si tú no me lo hubieras mostrado, mi buen amigo Daniel. —Fijó los ojos en el suelo.

Mason dejó que el silencio se alzara entre ellos.

No tenían nada más que decirse. Al cabo de un rato, Kumalo levantó los ojos e hizo un gesto.

—Queda en paz, mi buen amigo Daniel.

—La paz sea contigo —repuso Mason, igualmente solemne.

Y de pronto, Kumalo había desaparecido. Aire transparente llenó el espacio que aquel había ocupado, y Mason pudo percibir el olor del ozono.

Suspiró profundamente y volvió a su mesa. Se apoyó con los brazos en la mesa. Sentía las espaldas doloridas. Se sentía como muerto, pesado, inerte.

—Jenny —dijo—, llama a tu tormento.

—Cómo? —preguntó Jenny, momentáneamente confundida. Luego, tratando de que su voz sonara más ofendida de lo que lo estaba en realidad, añadió—: ¡No es mi tormento!

—Bien, pero le gustaría serlo —rectificó Mason.

—Como tantos otros que podría citarte en cualquier momento — repuso la muchacha. Se sentía halagada, y los dos lo sabían.

—Ponme con él —le dijo Mason.

—¿Por telégrafo? —preguntó Jenny. No podía creerlo.

—Bien, no —decidió Mason rápidamente. Vaciló unos momentos antes de decidirse—. Ni aquí tampoco.

—¿Quieres encontrarte con él en alguna parte? sugirió Jenny.

—Sí —aceptó Mason—. Dile que nos encontraremos en el salón-

café. Quedará defraudado cuando me encuentre a mí, en tu lugar, pero… —Observó el reloj, encima de la mesa. Iba a ser una tarde muy larga—. La media —dijo.

—¿Estará lleno de gente, ¿ya lo sabes, jefe? —preguntó Jenny.

—Ya me lo imagino —admitió Mason, descuidadamente—. Casi tanto como aquí.

III

Joe Cramer estaba varios grados más abajo que Mason en la Cúpula Wilmington, en la sección administrativa de la misma. Si hubiera sido llamado al despacho de Mason, la cadena de hombres entre ellos se habrían preguntado por qué Mason deseaba verle y cuál serla el motivo tan importante que no podía haber sido tratado a través ele ellos.

Pero en el café, ellos podían encontrarse casualmente. Podrían hablar tanto como quisieran, y nadie pensaría que su encuentro y su charla tuvieran ningún significado especial. Podían ser simplemente dos conocidos.

El vestíbulo estaba cerrado. Mason salió del ascensor y recorrió el largo pasillo hasta la puerta de la entrada. Varios paseantes se cruzaron con él, pero apenas si se dio cuenta. Ni ellos parecieron reconocerle; podía haber sido cualquiera.

Abrió la puerta, dejando las huellas impresas en las placas metálicas. Dentro, al término del día laboral, la mayoría de las mesas aparecían vacías. En una esquina, una nube de níveos uniformes de marinos se agolpaba en torno a una pequeña mesa. Llevaban el distintivo especial que lucían todos los que como ellos pertenecían al cuerpo especial del Centro de control de Defensa de la cúpula. En cualquier parte de la sala se veían marinos inclinados sobre sus copas o jugando a las cartas. Grupos de muchachas oficinistas se agrupaban charlando, entrando y saliendo.

Mason se sentó en una mesa para tomar el café, escogiendo una situada en un rincón de la sala. Una vez sentado, contempló la extensión de mesas, negras, desnudas, de superficies brillantes, mientras esperaba a Kramer, sorbiendo pacientemente el café. Deseaba no encontrarse tan horriblemente fatigado. Deseaba, una vez más, poder dormir lo suficiente para conseguir librarse de aquel letargo que le abrumaba y entorpecía, dándole inútiles quebraderos de cabeza.

En aquel momento entró Kramer. Corpulento, robusto, con la camisa de manga corta de su uniforme verde de policía. Cruzó a grandes pasos el vestíbulo en dirección a la cafetería, cogiendo su boleto, y sirviéndose él mismo una taza de humeante café. Cogió un pedazo de pastel de una bandeja. Entonces, con ambas manos llenas, dióse la vuelta.

Mason le hizo una seña con la mano, como si le invitara a sentarse

con él, como si fuera una verdadera casualidad su encuentro allí. Joe Kramer sonrió, y aquella sonrisa en su rostro le daba el aspecto de simpleza. Se acercó a la mesa, con la taza de café en una mano y el pedazo de pastel en la otra.

Era un hombre alto. Se detuvo frente a Mason, y sus anchas espaldas parecían empequeñecer su cabeza. Según los datos personales de Kramer, pesaba unas doscientas treinta libras. Mason estaba seguro de que era cierto.

Kramer depositó el pedazo de pastel y la taza de café en la mesa.

—Hola, jefe —dijo, a guisa de saludo.

Separó la silla y sentóse. Se apoyó en la mesa, inclinándose hacia adelante.

—¿Qué le preocupa?

Mason hizo un gesto ambiguo con la taza. Estaba lo bastante fría como para poder beberlo ya.

—La Marina nos ha enviado a un hombre para que tome a su cargo el control del Centro de Defensa.

Kramer había cortado un pedazo de pastel pero al oír aquellas palabras pareció olvidarse de él. Dejó el tenedor en el plato.

—¿Quiere que me ocupe de quitarlo de en medio?

Mason no respondió. El corpulento hombre, apartó el plato de pastel y la taza de café a un lado, inclinándose sobre la mesa.

—Yo y mis muchachos podemos dejar la plaza limpia en menos de cinco minutos. Sólo tiene que decirlo.

—No —dijo Mason.

—¿Bien? —Kramer frunció el entrecejo—. ¿Por qué no, jefe? —Ocultamente dirigió la vista hacia el grupo de marinos sentados al otro extremo de la sala—. Yo y mis muchachos no tendríamos preocupaciones por tener que hacerlo. Sería casi como ahogar gatitos.

—Joe —dijo Mason—. He dicho que no.

—Ah, jefe —se quejó Kramer. Su voz sonó como la de un disgustado chiquillo—. Tan fácil que hubiera resultado. Habrían llamado a voces a sus mamaítas. No hubiera habido ningún jaleo.

Pero Mason siguió moviendo la cabeza.

—Joe —dijo—. No quiero violencias. No quiero derramar sangre.

Joe Kramer arrugó el entrecejo.

—¿Qué desea que haga, dígalo, «por favor»?

—Haremos las cosas a mi manera —repuso Mason, tranquilo. Levantó los ojos para posarlos fijamente en Kramer.

Kramer se encogió de hombros. Las órdenes eran órdenes.

—Bien. De acuerdo. Si usted lo dice así, jefe.

—Eso es —afirmó Mason.

Así quedó convenido.

Mason apoyó el peso de su cuerpo en la mesa. Era más fácil que tratar de mantenerse con la espalda enderezada. Aquello le fatigaría demasiado. Observó fijamente su café. Ya no humeaba, diese cuenta al final. Estaba casi frío. Pero no importaba. Era un esfuerzo superior a sus fuerzas tener que levantar la taza para beberlo. No tenía siquiera la fuerza necesaria para eso.

Pero en un sitio u otro halló la necesaria para levantar la cabeza de nuevo y mirar a Joe Kramer.

—Todavía no he decidido cómo lo haremos —dijo—. Puede ser que necesite a sus hombres. Probablemente los necesitaré. ¿Querrán ayudarme?

—Estoy seguro —respondió Kramer, riendo—. Estaríamos listos si no fuera así.

Mason hizo un gesto de aviso.

—No estoy refiriéndome a si ellos detendrían un tumulto cuando éste empezara a producirse —dijo—. Lo que yo me propongo es que puedan ayudamos contra esos marinos.

Esos marinos no están de acuerdo con lo que nosotros estamos haciendo, y puede que llegue a ser necesario que sus hombres cuiden de mantenerlos bajo control. ¿Cree usted que querrán hacerlo?

—Con armas, seguro —repuso Kramer.

—Con un palo de «baseball» —indicó Mason, con firmeza—. No quiero derramar ni una sola gota de sangre, si puedo evitarlo.

—Nuestras armas hacen que la gente se sienta condenadamente frágil, y ellos saben manejarlas —arguyó Kramer.

—Caramba, Joe —exclamó Mason fatigado—. Déjales que lleven armas, y antes de que nos hayamos enterado ya habrán hecho uso de ellas. Esto o algo parecido es lo que nos ha puesto en ese jaleo que está a punto de comenzar. Esos marinos no quieren siquiera tener armas blancas. Los palos de «baseball» o algo por el estilo, es todo cuanto necesitarán sus muchachos. Pero ¿querrán hacerlo?

—Si yo se lo digo, sí —respondió Kramer de mal talante—. Y si les digo de qué se trata, lo que se avecina y el porqué. Sólo que ellos se sentirían un poco más felices con armas adecuadas, en sus manos. Sirve para persuadir más fácilmente.

—Y proporciona también algo más de sangre —añadió Mason—. Y eso es precisamente lo que estoy tratando de evitar a toda costa.

—Hay ocasiones en que es necesario emplear quincallería —insistió Kramer.

—Y otras en que no es aconsejable su empleo —añadió Mason—. Y ahora nos encontramos en una de esas ocasiones.

En aquel momento comenzó a funcionar el altavoz público del salón. Era, asombroso, pensó Mason, ver cómo el más ligero murmullo por parte del locutor conseguía establecer el más profundo silencio en toda la sala. Hombres y mujeres levantaban sus cabezas para escuchar mejor, y apenas se atrevían a respirar.

Lo mismo sucedía en cada uno de los rincones de la cúpula, pensó Mason. En todas partes. Era alentador, siguió pensando, la atención que atraía. La gente escuchaba al locutor porque el temor que sentía era bastante considerable.

Cuando llegara la ocasión, estarían preparados. Recibirían con buen semblante cualquier cosa que él hiciera. Estaban en la palma de su mano.

La voz, al brotar a través del altavoz, pareció cortar el silencio como una afilada espada.

—«¡Boletín de noticias!» —comenzó escuetamente—. «¡Boletín de noticias!»

Entonces habló una segunda voz. Una voz inflexible, una voz disgustada, y las palabras que pronunció sonaban frágiles y duras.

—¡Habla Panamá! —comenzó, y estas palabras sonaron como si hubieran surgido a través de los apretados dientes de la boca del locutor.

Este prosiguió.

«—Las conversaciones sostenidas entre el embajador ejecutivo Diego Sierra y el ministro de Asuntos Exteriores de Africa del Sur, Tiklosche Van Vliet han sido interrumpidas.»

No se oyó ni un ligero murmullo en toda la sala. Sólo aquella voz.

«—Inmediatamente después de haber sido interrumpidas las conversaciones, la delegación de Africa del Sur salió en avión hacia Johannesburgo. Los miembros de dicha delegación se han negado a hacer ningún comentario a los periodistas. Preguntados sobre la posibilidad de que las conversaciones puedan ser reanudadas en fecha próxima, el embajador ejecutivo, Sierra ha respondido: «Deseamos entrevistarnos con ellos en cualquier momento, pero las Américas Unidas no serán chantajeadas. Una entrevista provechosa no puede tener lugar hasta que el Gobierno del Africa del Sur esté dispuesto a hacer algunas propuestas razonables.»

La voz cesó, terminando así la locución. Kramer dio un gruñido, como un perro dormido.

—¿Por qué no hablan más claro? —rezongó—. ¿Es la guerra, no?

Mason afirmó con un movimiento de cabeza, sintiendo el peso de los océanos sobre sí.

—Es la guerra —confirmó—. Pero no está bien decirlo así en voz alta.

Pensó en las dos millas de mar que les cubrían. Pensaba en cuán fácilmente podía ser destruida una cúpula.

La voz del locutor dejó oírse otra vez. Se lamentaba infinitamente.

«—Nadie puede predecir qué va a suceder ahora. Buques de las flotas del Atlántico y del Caribe han sido desplazados a la señal de alerta. Patrullas aéreas que recorren el sur del Atlántico han sido dobladas. Oficialmente, esto es debido a ejercicios prácticos, y según los oficiales de Defensa, fue acordado así desde hace unas semanas. Pero ante la situación actual, observada aquí en Panamá, no pueden ocultar la gravedad de la situación. Las próximas cuarenta y ocho horas serán tensas y peligrosas, pero hay un hecho definitivo. Cualquier cosa que sea lo que vaya a suceder, la decidirán aquí, en Panamá, no en Johannesburgo. Los jefes de cada uno de los principales grupos están, de acuerdo al afirmar que el gobierno del presidente Torroba, ha hecho cuanto le ha sido posible para...»

Mason se puso de pie.

—Espere aquí, Joe —dijo—. Regreso en seguida.

Apartó la silla y se dirigió hacia el vestíbulo.

La voz resonaba en el pasillo. Sonaba como algo metálico. Estaba en cualquier lugar de la cúpula. Nadie podía dejar de oírla.

IV

Atravesó el pasillo.

Llegó al departamento de cables: Floyd San Martín, el operario del turno diurno, apareció en la pantalla.

Le reconoció al instante.

—Míster Mason —le saludó, aún antes de que su imagen hubiera terminado de aparecer en la pantalla—. No esperaba... ¿En qué puedo servirle? ¿Qué desea? —preguntó.

—Deseo enviar un cable —le dijo Mason.

Hubo una pausa momentánea, mientras San Martín ajustaba algo que él no podía ver.

—Puede usted dictar —dijo entonces el hombre—. Estoy preparado.

Mason suspiró profundamente. Era toda la preparación que necesitaba.

—De Daniel Mason, jefe de la Cúpula Wilmington a las minas del Atlántico del Sur. Al embajador ejecutivo Diego Sierra, oficina de Relaciones Diplomáticas, Panamá.

Hizo una pausa lo suficiente larga para dar otro profundo suspiro. No tenía que pensar en lo que quería decir. Desde hacía bastante tiempo, sabía que este momento iba a llegar. Hacía tiempo que había decidido lo que debía decir.

—Mensaje —dictó—. Estamos afligidos por la rotura de las conversaciones entre su oficina y el gobierno del Africa del Sur. Estamos convencidos de que a menos de que el espíritu de su política actual sea radicalmente cambiado, habrá guerra. Nosotros, en las cúpulas situadas en la profundidad del mar no podemos en modo alguno sobrevivir a una guerra. Le rogamos encarecidamente intente persuadir a Africa del Sur a reanudar las conversaciones, incluso aunque ellos pidan concesiones importantes a cambio. A menos de que las conversaciones sean reanudadas, y a menos de que se consiga un tratado de paz, somos hombres muertos. Fin del mensaje.

—¿Cree usted que harán algo? —preguntó San Martín, ciegamente esperanzado.

Tras él, Mason podía oír todavía la voz del locutor.

—No han prestado atención alguna a los demás que les enviamos —dijo Mason—. No veo porqué han de hacer una excepción con éste. Probablemente ni siquiera lo leerán. Cualquier botones lo arrojará a la papelera.

—¡Oh, no! —protestó el telegrafista. Esta vez... Mr. Mason... ¡Es demasiado importante esta vez...!

—Eso no varía las cosas —le dijo Mason, con voz sencilla—. No creo que ellos opinen así. Y han ido ya demasiado lejos, en Panamá. Demasiado lejos para retroceder.

Luego, en una última idea, prosiguió:

—Todo esto iba en busca de lucha desde un comienzo. Los africanos quieren el filón de vanadio de McKinley, y Panamá quiere poner las garras en él también, y los dos tienen suficientes derechos respectivamente para no querer ceder. Es así de sencillo, y los dos lo saben. Todas las conversaciones no han sido más que pretextos, esperando que las naves estuvieran a punto de entrar en combate. No —dijo moviendo la cabeza—. Enviar este cable no va a servir de nada, Pero así y todo envíalo. Siempre es una oportunidad.

—Comprendo —murmuró San Martín, perdiendo la esperanza que momentos antes parecía sentir—. ¿Este cable debo cargarlo a la cuenta de la Compañía?

Mason vaciló. Era un punto insignificante, tonto, pero no había pensado en ello.

—No —decidió—. A mi cuenta personal.

Pensó que aquello era lo adecuado. Se movió para firmar.

—Mr. Mason —dijo San Martín.

Mason se detuvo:

—Si...

El hombre pareció buscar las palabras adecuadas.

—Si... si estalla la guerra... —preguntó—, ¿nos bombardearán? ¿Lo harán?

—Espero que no —respondió Mason, sintiendo un estremecimiento al pensarlo—. Si lo hicieran, no quedaría nada de nosotros.

A continuación, Mason llamó a su despacho.

Jenny le respondió.

—¿Jenny? —preguntó, mientras la imagen de la muchacha iba apareciendo.

—¡Oh! Hola. jefe. ¿Qué sucede?

—¿Has oído las noticias?

—Tendría que haber estado muerta o tonta para no hacerlo —replicó. Pero luego, inmediatamente, añadió—: Parece que las cosas andan mal, ¿eh?

—Mal —dijo Mason ceñudo—. Significa que Africa del Sur está dispuesta a la lucha. McKinley puede encontrarse con una bomba en cualquier momento.

—¡Diablos! —no pretendía decir esto; surgió espontáneamente.

—Esta será la temporada de caza para nosotros, —Mason prosiguió —. Ahora, toma nota de esto: Llama a Peter. Dile que transmita palabras a la Cúpula Smuts, para que haga salir a toda la gente de McKinley. Evacuar a todo el mundo. ¿Comprendido?

—Sí, jefe —respondió Jenny, más sumisa que de costumbre—. Jefe, ¿sigues adelante con esto?

Mason movió la cabeza.

—Tenemos que conseguirlo —dijo—. Tal vez sea demasiado pronto, no lo sé. Es un riesgo que tenemos que correr. Ahora, después que hayas llamado a Peter, ponte en contacto directo con McKinley. En cable que tenemos abierto con ellos. No hables con. nadie que no sea Carlos. Dile que esté preparado para, salir. Y si hubieran enviado a esos marinos allí como han hecho aquí, dile a Carlos que los ponga fuera de combate de un golpe a la cabeza y se largue con ellos. Tendrá que ver la manera más adecuada de obrar. No sé exactamente cuál es la situación allí.

—De acuerdo, jefe —confirmó Jenny—. Tan pronto acabe de hablar contigo.—Intentaba hacer sonar su voz tranquila y complaciente, pensó Mason, pero se notaba cierta tensión en su forma de hablar—. De acuerdo... de acuerdo —dijo la muchacha.

—Tal vez nos estamos moviendo demasiado de prisa —dijo, pensando en voz alta—. O tal vez sea ya demasiado tarde. —Movió la cabeza débilmente—. No lo sé.

—Tómate un poco de café, jefe —sugirió Jenny—. Te hará sentir mejor.

Joe Kramer había comido su pedazo de pastel cuando Mason regresó a su lado. Sólo quedaban en el plato algunas migas, y algunas muestras de grasa. Mason se sentó. Su taza de café estaba todavía allí, con el negro y espeso café en la pequeña taza. Frío. Lo probó y volvió a dejarlo sobre la mesa. Sabía a demonios. Parecía el jugo de bichos hervidos, pensó. Apartó la taza a un lado.

—Espero que tengan tiempo de salir —dijo, sin darse cuenta de que Kramer no sabía de qué estaba hablando. El sabor del café era como metal en su boca.

—¿McKinley? —preguntó Kramer.

Mason afirmó con la cabeza.

Joe Kramer se encogió de hombros. Era una cosa en la que él no podía hacer nada, y la gente que estaba en peligro eran seres a quienes no había visto nunca. Para él, era algo abstracto, casi imaginario.

Se encogió de hombros y se recostó en la silla, ladeándola hasta que Mason creía iba a caer.

—Mire —dijo Kramer, sonriendo con una mueca—. Mírelos. Ha conseguido que dejen de comer en su mano.

Su gesto abarcaba todo el salón. El altavoz estaba ahora silencioso desde hacía rato. Pero todo en la sala seguía quieto. Observando a su alrededor Mason vio rostros preocupados, y los que estaban hablando lo hacían en voz baja, quedamente. Sus voces eran como el sonido de débiles voces de criaturas temerosas, asustadas.

Kramer se echó hacia adelante otra vez. Las patas de la silla apoyáronse nuevamente contra el suelo.

—Sí, debo felicitarle. Dar noticias como ésas por medio del locutor es algo inteligente. Condenadamente inteligente.

—Parece que ha hecho efecto —admitió Mason.

—¡Efecto! —repitió Kramer—. Ha conseguido espantarles como polluelos. Apuesto a que da la señal de salida ahora y todos le siguen tan de prisa que tendrá que darse usted una buena carrera para conseguir alcanzarlos.

Mason se encogió de hombros.

—Tal vez —dijo—. Pero esperaremos. Si empezamos las cosas demasiado pronto… Tendremos que esperar hasta que no quede otra alternativa. Tendremos que esperar hasta que la guerra haya empezado.

Se inclinó hacia adelante, para levantarse, pero sus piernas no tenían la fuerza suficiente. Volvió a apoyarse en el respaldo, dejando descansar sus espaldas contra él. Se pasó la mano por los ojos.

—Joe —solicitó—. ¿Quiere traerme un café? Me encuentro tan fatigado que no puedo siquiera moverme.

V

No durmió aquella noche. Se sentó en su despacho, con las luces encendidas, esperando noticias. Hubo muchas noticias, pero pocas que tuvieran alguna. significación.

En Panamá los políticos habían hecho declaraciones a la Prensa. Había habido secos y breves mensajes de Johannesburgo. Mason los escuchó a medida que fueron llegando, los escuchó y olvidó. El único hecho significativo que había llegado a través de los canales regulares de noticias fue el que decía que las líneas de cables y telefónicas con la Cúpula McKinley habían quedado fuera de servicio.

Mason sonrió y movió la cabeza al escuchar esta noticia. Significaba que la evacuación iba adelante, y que Carlos estaba llevando a cabo un buen trabajo al mantenerse a cubierto. E incluso pensó que a pesar de que los informes de noticias no lo habían mencionado, él conocía la culpa que iban a cargarle a los africanos del Sur. Pensó que era una cosa sumamente satisfactoria de conocer.

Pero las noticias más importantes llegaron sin tanto rodeo. Hubo un cable de Aries, de la oficina de minas del Atlántico Sur, informándole de que varias naves que tenían el propósito de llegar a Wilmington dentro de la próxima semana habían cambiado de planes. Su fecha de llegada no estaba fijada por el momento. Tras esas noticias llegaron las órdenes de que las naves que estaban ahora, en la cúpula cargaran sus mercancías y regresaran tan rápidamente como les fuera posible.

Tal vez eran solamente producto del estado nervioso de los jefes, se dijo Mason, pero no lo creía. Algo debía haber motivado aquellos nervios. No hacía falta mucha imaginación para saber de qué se trataba.

Llegaron también informes dispersos de los servicios del muelle, informes de una nave inidentificada que no respondía a las señales, y que parecía querer navegar lo más de prisa posible, a fin de conseguir ponerse fuera del alcance de la detención.

No fue difícil adivinar qué clase de nave era, ni a quién pertenecía. Mason señaló su posición en el mapa y trató de trazar una ruta por tanteo. Pero no habían recibido los suficientes datos. No sirvió de nada.

No tenía más importancia. El conocía bien el camino que había seguido.

De nuevo, trató de descansar el cuerpo en el canapé. No era bueno.

Empezaba a dormitar, y consiguió desvelarse de nuevo gracias a un esfuerzo de voluntad. No podía arriesgarse a dormir. Tenía que mantenerse alerta a causa de las cosas que estaban sucediendo.

Puesto que las cosas habían empezado ya a moverse, y todo era cuestión de tiempo. La máquina había sido puesta en movimiento habiendo perdido el control de la misma, pensó Mason en un momento de depresión, destruyendo todo cuanto hallaba a su paso. No podía ser detenida.

Y la cumula de McKinley sería la primera en topar con ella. La existencia de McKinley allí en el fondo de la fosa de Pernambuco, había sido quien lanzara el desafío al oponerse a la. demanda de los africanos sobre el vanadio. Lo primero que aquellos desearían destruir sería pues la cúpula McKinley.

No quedaba ni la más remota esperanza de equivocarse sobre este particular. En aquella profundidad del mar, a 12.000 pies, la fuerza de una bomba destruiría cualquier construcción levantada por el hombre.

Todo cuanto podía esperarse era que la gente que habitaba en aquella cúpula hubiera tenido tiempo suficiente para salir.

La cúpula no tenía salvación.

Sucedió por la mañana. Mason estaba hundido en su silla, tan fatigado que apenas podía pensar.

Pero tenía trabajo por hacer, y estaba hablando por el cable privado con Carlos Nasjleti, el director de la cúpula McKinley, respecto a los Minerales de La Plata, cuando sobrevino lo esperado.

La evacuación, según Nasjleti le dijo, iba adelante. No había sido posible profundizar, ni siquiera dar unas instrucciones previas sobre el plan de evacuación, pero todo iba llevándose perfectamente, y eso nivelaba las cosas. En aquellos momentos casi las tres cuartas partes de los habitantes de la cúpula McKinley habían conseguido ser evacuados ya.

Cierto que había habido algunas dificultades. Algunos, no muchos, sólo unos cuantos, se habían sentido contrariados ante la vista de negros al mando de las naves de evacuación. La mayoría, pensó, había tomado esto como prueba definitiva de que el Africa del Sur iba a bombardear la cúpula. Su terror por las bombas y el aplastamiento a causa de las miles de toneladas de océano que les cubrían, era todo cuanto tenía algún significado para ellos. Tal vez aborrecieran a los africanos y tal vez no. Basta aquel momento en cuanto a sus acciones se refería, no había diferencia. Humildemente, agradecidos por sus vidas, iban subiendo a bordo de las naves de carga que habían sido dispuestas para transportar pasajeros. No hacían preguntas. No

protestaban.

Nasjleti bromeó:

—No saben qué hacer, por esto obedecen a lo que nosotros les decimos —dijo.

Mason sonrió, débilmente. Incluso ahora, aun pensando en que podía apoyarse en aquel hecho, se le hacía difícil creer que tantos hombres y mujeres eran igual que simples corderos, que cuando se enfrentan a un peligro siguen a cualquiera que quiera dirigirlos.

Nunca preguntaban adonde les llevaban. Se limitaban a seguir.

Sus pensamientos fueron bruscamente interrumpidos.

«—¿Acaso soy Josué? —se preguntó—. ¿Otro Bolívar? ¿O no soy más que otro Judas?»

—Quedamos pocos —había dicho Nasjleti, interrumpiendo los pensamientos de Mason—. Los necesarios para mantener en funciones la cúpula. Veinte.

—¡No, Carlos! —protestó Mason—. ¿No lo comprendes? Van a bombardear vuestra cúpula. Tú lo sabes.

—Sé que nos bombardearán —acordó Nasjleti—. Hemos decidido per...manecer aquí. Tenía que quedarse alguien para ayudar a salir la última nave. Nos hacemos cargo del servicio cablegráfico, ahora que tenemos todas las cosas controladas. Nadie del exterior sospechará que hemos evacuado.

—Todos piensan que los africanos han cortado la salida —arguyó Mason—. Déjales que sigan opinando lo mismo.

—Han estado haciendo pruebas —le dijo Nasjleti—. Saben que no está cortada. Lo hemos hecho con la intención de hacer creer que el problema está aquí, dentro de la cúpula. Esperarán que esté arreglado dentro de muy poco.

Mason soltó una palabrota.

—¡Carlos, te estás comportando de una manera idiota! Pon el telégrafo en marcha y deja que la Cúpula Del Castillo haga la transmisión: Y equipa cualquier cáscara que tengas en el muelle para salir los últimos. Puedes hacerlo, así es como se había planeado.

—Creo que mi idea es mejor —dijo Nasjleti tranquilamente—. Y estamos decididos. No insistas. Puede que no tenga siquiera importancia, la bomba puede llegar aún antes de que hayamos terminado la evacuación, a pesar de todo cuanto hacemos. Me han comunicado de la Cúpula Smuts que tiene instrucciones de sus marinos de no dejar que sus naves se acerquen a nosotros. Creo...

Se interrumpió.

—Un momento —se excusó, como si algo le hubiera interrumpido.

Hubo un breve silencio.

Después volvió a hablar.

—Se nos acercan unas naves —dijo, con voz tranquila y clara—. No son de la flota de evacuación, y viene de otra dirección. No...

Eso fue todo.

Por un momento Mason no comprendió qué pasaba. Estaba sentado allí, esperando que Carlos siguiera hablando.

De pronto comprendió que Carlos no hablaría ya más, ni haría nada más. Apoyó el peso de su cuerpo en la mesa. Se sentía enfermo y mareado. Un silencio de muerte invadía la habitación.

Quedaba todavía bastante gente en la Cúpula de McKinley que no había tenido tiempo de evacuar aún, pensó. Y Carlos... era un buen tipo. Carlos...

Se acabó...

Apretó los dientes y negros pensamientos acudieron a su mente.

Pero tenía muchas cosas por hacer ahora.

—¡Jenny! —dijo. Hablaba gritando con voz extrañamente dura. Jenny.

—Sí, jefe —respondió la muchacha, suave como siempre.

No había escuchado su charla con Carlos, pensó. No podía haberla escuchado.

—Comunica con la oficina de los geofísicos —le dijo—. Quiero hablar con Pedro.

—¿Sucede algo, jefe? —preguntó la muchacha, aprensiva.

El tono áspero, duro, de la voz de su jefe la había puesto alerta, pensó. Pocas cosas le pasaban desapercibidas.

—Creo que han dado con Carlos —dijo.

—¡Oh!—exclamó, sintiéndose desfallecer—.¡Malditos!

—Ponme esa comunicación —repitió Mason.

—Ya... ya voy —murmuró Jenny.

Casi al mismo tiempo de que ella terminaba de pronunciar estas palabras, Pedro Cardoza estaba al habla. Al ver a Mason, le saludó con un movimiento de cabeza.

—¿En qué puedo servirle? —se ofreció.

—Comprueba tu sismógrafo —pidió Mason.

Frunciendo el ceño, Cardoza se levantó.

—¿Tendría que haber algo...? —preguntó—. ¿Tengo que mirar algo determinado?

—Sólo compruébalo —dijo Mason—. Y dime lo que veas.

—Eso llevará algún tiempo —dijo Cardoza disculpándose—. Tendré que transcribirlo.

—Bien, adelante.

Pero Cardoza seguía vacilando.

—Tal vez será mejor que le llame cuando esté listo —sugirió.

—No —respondió Mason, sabiendo que Cardona, se demoraría si no insistía—. Estoy esperando.

—Iré tan de prisa como me sea posible —prometió Cardoza. Desapareció de la pantalla.

Mientras esperaba, Mason se apoyó en el respaldo de la silla. Dejó descansar sus manos inertes en los brazos de la silla. Se sentía muy cansado, se daba cuenta de ello, y su cuerpo estaba tan débil como la misma ceniza. Sus pensamientos se movían en un mar de niebla, mientras una terrible pesadilla de lo que debía de haber pasado en McKinley le asaltaba la mente. La cúpula destrozada, y la estampida del agua barriéndolo todo con furia, y el caos, y el instantáneo momento de terror.

Sólo de pensar en todo ello, temblaba, sin poder evitarlo. Aquellas cosas no tendrían que suceder, pensó.

—Jenny —llamó, en voz alta—. Jenny, ponme con la sala de telégrafos. Quiero hablar con ellos, también.

Bill Krumblein era el que estaba de turno en telégrafos. Era una suerte, porque Krumblein era el hombre que había supervisado el cable colocado entre esta cúpula y Alan Paton —a quien nadie conocía ni en Panamá ni en Johannesburgo. Krumblein sabía lo que estaba sucediendo. Nadie tenía que explicarle nada.

—Bill —dijo Mason—. Quiero que comprueben los telégrafos de McKinley, quiero decir que los comprueben de verdad, ahora. Creo que han sido bombardeados.

—¿Guerra?

—Lo será hasta que llegue la verdadera —dijo Mason—. Compruébalo y llámame.

Luego, esperó. Al fin, apareció de nuevo Pedro Cardoza.

—Ha tenido lugar hace pocos momentos un reciente temblor de tierra —dijo—. Pocos minutos antes de que llamara, aunque sin embargo no han sido más que leves. ¿Puede ser esto lo que esperaba descubrir?

—Puede ser —respondió Mason—. ¿Dónde ha sido?

—Eso es algo muy difícil de precisar —se disculpó Cardoza—. El lugar está muy cerca de la línea Norte— a unos diez grados de la verdadera línea Norte. La distancia, al nivel de la superficie terrestre, es difícil de precisar. Opino que a unas dos, tres o tal vez cuatro mil millas, pero no lo sé. Tendría que estudiar el plano. Tendría que hacer

algunos cálculos.

Mason hizo una pausa. Trató de imaginarse la posición relativa de ambas cúpulas, la Wilmington bajo el Atlántico Sur, en el declive norte del nacimiento de la Argentina, a 1.200 millas al Este de Buenos Aires; y McKinley algo más al Norte, en la llanura sumergida de la fosa de Pernambuco, a 400 millas del saliente de la curva de la costa brasileña. Era difícil estar seguro, y sin embargo…

—No te molestes —decidió—. Es bastante aproximado. ¿Qué clase de temblor ha sido?

—¿Quiere saber —preguntó Cardoza dudoso—, si fue un temblor o si fue… artificial?

—Sí —respondió Mason; estaba cansado de hablar tanto sobre lo mismo—. Dime si ha sido una bomba.

—Mi equipo no puede detectar eso, ya que no fue construido con este fin —protestó Cardoza. Estaba nervioso y temeroso.

Sabía lo que significaba una bomba.

Levantó una tira de papel larga de manera que Mason pudiera verla.

—Tengo el informe en mis manos —dijo—. Y ahora que usted lo dice… Temo afirmar… No estoy seguro… pero me atrevería a decir que fue una bomba.

—Eso creo yo también —dijo Mason—. Creo que eso que tienes en tus manos es lo último que captarás de la cúpula McKinley.

Cardoza se estremeció visiblemente.

—¿Está seguro? —preguntó. No quería creerlo—. No pude darle la situación exacta… Pudo haber sido…

—Concuerda con algunas otras, cosas que ya sabía —dijo Mason—. Fue en McKinley, estoy seguro.

Cardoza lo aceptó así. No tenía otro remedio.

—¿Así pues, es la guerra? —preguntó gravemente.

—Espero que no —dijo Mason.

Era la respuesta que había decidido dar, desde hacía mucho tiempo, a aquel tipo de preguntas.

—Si lo fuera, no perderemos el tiempo.

Rápidamente, después, pero cuidando de ocultar su prisa, saludó con un gesto y cortó la comunicación.

Esperó la llamada de Krumblein. Apoyó los codos en la mesa, enlazando las manos y la cabeza apoyada en ellas. Su cuerpo se adormecía. Al otro lado de la habitación, el canapé le esperaba tentadoramente.

Sería tan fácil llegar hasta él, pensó, llegar a él y dejar descansar

sus huesos en aquella blandura. Pero no podía hacerlo. ¡Ahora, no! ¡Ahora, no! Menos que nunca.

VI

Esperó mucho rato hasta que Krumblein llamó de nuevo. Finalmente, llegó la llamada.

—No he podido ponerme en contacto con ellos —informó. Había algo de fracaso personal en aquellas palabras, por la manera en que las pronunció—. La línea está cortada. Quiero decir que ahora está realmente cortada. No puedo conseguir ponerme en contacto más allá de Bolívar.

Mason movió la cabeza. Bien, era lo que esperaba.

—Creo que esto termina de reafirmar mis ideas —decidió, a pesar de no gustarle tal idea—. Ellos lo han hecho.

Krumblein murmuró algo. No fue muy claro, pero desde luego fue algo que no podría salir impreso.

—Lo han hecho, ¿no es eso —dijo—. Demonios, yo conocía a algunos de aquellos tipos. Creo que todos habrán desaparecido ya.

—Creo que algunos consiguieron evacuar a tiempo —dijo Mason. Y después, cerrando su mente a todo cuanto había sucedido, añadió—: Quiero mandar un cable.

Parecía una cosa fría, inhumana de decir en aquellos momentos, pero Krumblein escuchó aquellas palabras sin pestañear siquiera.

—¿Adelante? —preguntó. Ni siquiera esperó la respuesta—. Preparado —dijo—. Hágaselo saber.

—Quiero mandarlo a todas las cúpulas —dijo Mason—. Pon las direcciones tú mismo. Mensaje:

«Cargamento de lingotes de fundición dejado aquí por equivocación. Imposible identificar correcto destino. Rogamos avisen tan pronto sea posible.»

A pesar del poco humor que tenía en aquellos momentos, Krumblein rió:

—Caramba, eso es toda una clave.

—Dista mucho de ser perfecta —dijo Mason—. Esperemos tan sólo que no haya sido descubierta.

—Hmmm. Ya —admitió Krumblein—. ¿A todas las cúpulas?

—A todas las americanas —rectificó Mason—. Peter se ocupa de las africanas.

—De acuerdo —prometió Krumblein. Vaciló un momento—: Este… hace un momento llegó un cable. Tal vez le interese conocer su contenido. Era para esos tipos de la Marina.

Mason había estado a punto de desconectar. Apartó la mano del

mando.

—¿Qué decía?

—Tengo una copia por aquí... —dijo Krumblein—. Un momento.

Desapareció, en busca de ella. Mason sentado allí, asombrado por no haber pensado en poner una vigilancia en las comunicaciones de Powell. Era un punto del cual se había olvidado por completo. Se preguntó en cuántas otras muchas cosas debía haberle pasado lo mismo. Y en cuantas de ellas dicha distracción podría llegar a ser fatal para sus planes.

Pero Krumblein regresó en aquel momento con un papel de ligero tono azulado en su mano.

—Procede de Panamá —dijo—. Dice: «Según fuentes bien informadas Africa del Sur tiene la flota dispuesta. Acción parecida a guerra se considera altamente probable. Se espera defiendan cada uno su puesto mientras les sea posible.» —Krumblein dejó el papel a un lado—. Eso es todo lo que dice. No está firmado, tampoco —sólo un manojo de sílabas sin sentido alguno.

—Gracias —murmuró Mason, desanimado.

—Suena mal, ¿eh?

—Una vez traducido —dijo Mason amargamente— significa: Muere como un hombre, que los que sigamos viviendo te honraremos. Si llega algún otro cable, házmelo saber. Nada más.

—Conforme —prometió Krumblein—. Ahora me ocuparé de hacer salir estos cables.

—De acuerdo —dijo Mason—. Otra cosa más. Estate alerta en el cable exterior. Puede que llegue alguna señal procedente de McKinley o respecto al mismo. Cuando esto suceda, conéctalo con los altavoces inmediatamente.

—Si me es posible, no seré el primero en oírlo. Veré si puedo conectarlo en directo.

—Magnífica idea —aprobó Mason—. Ponla en práctica.

Krumblein hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo —dijo, y desconectó.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Jenny, aún antes de que pudiera tener tiempo de respirar. Vaciló sólo un instante.

—Ese inspector lechuguino —dijo.

La muchacha no pudo evitar lanzar una carcajada; conectó sin decir nada.

—Control de Defensa —dijo una voz. La pantalla seguía vacía.

—Quiero hablar con el jefazo —dijo Mason—. Powell. Aquí, Mason.

—Se lo diré, señor —prometió la voz.

—Me «pondrá» al habla con él —insistió Mason.

—Se lo diré, señor —repitió la voz, respetuosa, pero claramente.

Se produjo un silencio. Luego otra voz surgió en el espacio.

—Powell al habla. ¿Qué desea?

Mason reflexionó unos instantes. No podía contar a Powell algunas cosas que sabía. Era exponerse demasiado. Rápidamente escogió mentalmente lo que debía decirle.

—Nuestro sismógrafo ha señalado un temblor de tierra hace un rato —dijo—. Nuestros geofísicos opinan que se trata de una bomba de profundidad. Y los cables de la Cúpula McKinley están completamente desconectados. Creo que los africanos deben haberles bombardeado.

—¿Y si así fuera? —preguntó Powell.

—Es la guerra, ¿no?

—Si sus suposiciones son correctas, se trata de un acto similar a la guerra —concedió Powell—. Sin embargo, no hemos recibido confirmación alguna de Panamá.

Aquellas palabras fueron las que Powell no debía haber pronunciado jamás. Mason renegó disgustado :

—Podemos morirnos de viejos esperando que Panamá nos diga la hora que es. Lo que quiero saber es, ¿qué están ustedes haciendo, ahí abajo?

—No tiene por qué preocuparse de nada —dijo Powell—. Hemos sido avisados, mis hombres están trabajando y nuestras armas están preparadas y a punto de ser usadas. Mantenemos vigilancia constante por medios electromagnéticos y sonoros, en el océano, en setenta y cinco millas a la redonda, y conocemos la situación e identidad de cada nave aérea o marítima dentro de esa área. Los africanos destruirán esta cúpula sólo a costa de grandes sacrificios por parte de ellos a cambio.

—Tenía algunos amigos en McKinley —dijo Mason.

—Mr. Mason —expuso Powell—. En la guerra, hay que aceptar cosas como ésa.

Mason permaneció silencioso irnos momentos.

—Estaré con ustedes dentro de unos momentos —dijo al fin—. Si algo sucediera quiero estar ahí.

—Somos absolutamente capaces de defenderles sin necesitar para nada su presencia —indicó Powell.

—Voy para allá —repitió Mason, cerrando la conexión.

—Ahora, Jenny —dijo, sin dar tiempo a que la muchacha hablara

—, los altavoces.

—Están conectados y esperándote. Me figuré que desearías hablar.

—¡Bendita seas! Conecta.

—Todos, jefe —dijo. En...tonces habló ella por el micrófono—: «Atención, por favor. Atención, por favor. Tenemos un mensaje especial del despacho del director.»

Había comenzado así. El silencio empezaba a sentirse. Mason se echó hacia atrás y trató de pensar en todo lo que iba a decir. Respiró profundamente y empezó.

—Aquí, Mason —dijo, y a través de las paredes pudo oír su propia voz repetida por los altavoces.

—Tenemos motivos para creer —hizo una pausa y comenzó de nuevo—. Tenemos motivos para creer que la cúpula McKinley ha sido destruida por naves pertenecientes a la flota del Africa del Sur. Esto no nos ha sido confirmado todavía. Panamá no nos ha dicho nada al respecto hasta el momento actual. Personalmente me siento inclinado a creer que por desgracia son ciertas nuestras sospechas. Pero deseo que sepan que nosotros, aquí, no estamos en peligro por el momento. Si eso durará mucho o poco, es algo que no puedo decir. Si es el comienzo de una guerra, y yo creo que lo es, vamos a vernos envueltos en un grave peligro dentro de muy breve tiempo. Haré todo lo que pueda para mantenerles informados.

Cerró la conexión, y la sala quedó llena de silencio mortal. Dejó descansar el rostro entre sus manos y cerró los ojos. Se odió a sí mismo por tener que usar la destrucción de la cúpula McKinley como estandarte político. Volvió a sentirse invadido de aquella extraña somnolencia, y en medio de aquel sopor volvió a imaginar la cúpula destrozada, el mar azotándoles, y el ruido del acero al ser destrozado.

Tardaría unos segundos en suceder. En un caos como aquel, no podía siquiera comprender el verdadero alcance de un desastre similar antes de encontrarse en el mismo.

—Ha sido maravilloso, jefe —murmuró Jenny—. ¡Trataré de mantenerles informados! Habrás conseguido que se suban por las paredes.

Algo en la manera de hablar de la muchacha le dolió.

—Cállate, Jenny —dijo, con voz aguda y dura.

Esas palabras sonaron como una bofetada.

—¿Qué...? —preguntó ella—. Su voz sonaba como la de un chiquillo que no cree que haya hecho nada malo—. ¿Qué he dicho?

—Bástete saber que no me ha gustado —repuso Mason.

No le había gustado. Era cierto.

VII

De nuevo aquella quietud en la sala. Opresiva. Quieta, como el silencio de un corazón que cesa de latir.

La cúpula había estado siempre animada por ruidos. Sonido. Sus pasillos y corredores y su coraza y esqueleto habían participado del mismo, adornándose con los ruidos de la mina, el resonar de los hornos, la fábrica de lingotes, las máquinas de distintas especies en los muebles...

Ahora, repentinamente, era como si la cúpula hubiera cesado de respirar y se hubiera detenido a escuchar, como si la misma cúpula tuviera miedo. Como si, pensó Mason, la misma cúpula supiera la clase de destrucción que podía llegarles de un momento a otro.

El trabajo de la cúpula vacilaba y se detenía. No se trataba de la decisión de nadie. Más bien, cada uno por su cuenta lo había decidido por sí mismo. Habían abandonado sus trabajos y habían salido descorazonados a los corredores. No sabían qué hacer. La policía les detuvo ordenándoles se fueran a sus respectivas casas. Después de un rato, los corredores estaban desiertos.

En su despacho, Mason tomó otra cápsula de glucosa y un trago de agua en una taza de plástico. La glucosa no conseguía librarle de aquella fatiga mortal (nada podría conseguirlo nunca), pero al menos le ayudaba a poder resistir un poco más. Y tenía que resistir.

—Ponme con Peter —le dijo a Jenny secamente.

Esperó a que ella le pasara la conexión, tratando de descansar. Cerró los ojos, sintiendo de nuevo sobre sí aquella modorra que le abatía. La glucosa no hacía su efecto todavía; su mente se entorpecía. Las espaldas le pesaban.

Pero Jenny entró en aquél momento, conectándole con Peter Kumalo, cuyo despacho apareció en la pantalla entre él y la puerta.

Kumalo sentado como un ídolo de ébano, inmutable, inmóvil, y la única cosa blanca que interrumpía el negro de su piel era el blanco de sus ojos. Su boca, de carnosos labios, era solemne.

—Tenía que haberte llamado, mi amigo Daniel —dijo gravemente —. Pero ya lo has hecho tú. Ya ha empezado. Olvídate de mí.

Mason hizo un gesto como disculpándole, sin estar demasiado seguro de que aquello fuera tan simple.

—Debo haber estado precipitando las cosas —dijo—. ¿Qué has oído?

Kumalo apenas se movió. Ni una sola línea de su expresión varió, y

sin embargo su rostro se volvió profundamente pensativo.

—Han destruido vuestra cúpula de McKinley —dijo al final—. La cúpula de Jan Christian Smuts ha percibido la sacudida— era una bomba muy potente. Pero no se han producido daños en ésta. Siento lo que está pasando.

—No debes preocuparte —dijo Mason, pero las palabras parecían surgir de muy lejos, desde un millón de millas de distancia—. Lo esperaba —dijo.

Los ojos de Kumalo le observaron, mudos. Al final el negro volvió a hablar.

—Había naves de Jan Christian en McKinley cuando sucedió —dijo — .Y uno de ellos había salido sólo unos minutos antes. También se ha perdido. Y ahora me llegan las instrucciones de que la guerra ha comenzado y que mi vigilancia y proyectiles unidos defenderán mi cúpula de tu pueblo.

—Mi pueblo, no —rectificó Mason—. Lo mío está todo aquí, aquí en Wilmington —dijo con voz firme.

—¡Ah! —reconoció Kumalo gravemente—. Tienes razón, mi amigo Daniel. Mi lengua tiene viejas costumbres. Pero... Siento que mi pueblo haya hecho lo que ha hecho. Mi pueblo no debía haber hecho algo semejante nunca. Yo...

Mason le hizo callar con un gesto.

—¿Cuántos consiguieron evacuar? —preguntó. Era una tontería preguntar aquello, puesto que Carlos ya se lo había dicho. Sin embargo algo le empujaba a repetir la pregunta.

Otra vez, Kumalo habló con lentitud.

—John Msimangu me ha dicho que la mayoría de niños y mujeres están a salvo —dijo—. Pero unas cuantas prefirieron continuar al lado de sus maridos. Muchos hombres se han salvado también. Pero no tengo cifras, no creo que se haya hecho una cuenta. Es suficiente saber que la cúpula de Jan Christian Smuts está ahora muy llena.

—Bien, ya es algo —admitió Mason, resentido. No se sentía feliz en absoluto por ello, tal vez bastante gente había conseguido salvarse, pero muchos otros no. No obstante, por los que habían podido salivarse, era una cosa que debía agradecerse.

—¿Cuándo quieres llevar a cabo el próximo movimiento? —preguntó.

—Cuando a ti te vaya mejor, mi amigo Daniel, lo haremos —le aseguró Kumalo—. Estamos preparados. Lo haremos en cuanto tú digas.

Mason meditó un momento.

—Bien, será mejor que lo hagamos pronto —decidió. Dio una ojeada a su reloj. Eran las 9,15—. ¿Qué hora tienes tú?

Kumalo giró la cabeza para ver un reloj que Mason no podía ver.

—Es la 1,35 —dijo. Vio la mirada de asombro en el rostro de Mason—. Continuamos con la hora de Johannesburgo —le explicó.

Mason se sentía desconcertado. Naturalmente ésa era la razón. Esto lo explicaba todo completamente. Sonrió tímidamente.

—Tendremos que cambiarlo —decidió. Luego volviendo a los negocios—. De acuerdo: pasa el aviso: las cúpulas africanas romperán los lazos a las dos. Nosotros lo haremos unas dos horas más tarde quizá.

Vaciló, una duda de último instante empezaba a preocuparle.

—¿O tal vez preferirías hacerlo a la misma hora? —sugirió.

—No. Creo que tu idea es buena, amigo Daniel —convino Kumalo —. Lo haremos como tú has dicho.

—Si las cosas no salieran como esperamos o si nos bombardearan, tú estarás con los tuyos —le recordó Mason—. Tienes que pensar en esto, también.

—Tu plan es bueno —dijo Kumalo—. A las dos nos pondremos en movimiento.

Saludó con la mano.

—Que la suerte te acompañe, mi buen amigo Daniel dijo.

—Ella vaya contigo —saludó Mason—. Cuídate… y suerte, Peter.

Kumalo desapareció.

La voz de Jenny llegó casi al mismo tiempo.

—Joe está que echa chispas, jefe. Quiere hablar contigo por teléfono —informó— Será mejor que hables con él.

—¿Cómo está?

—¡Oh… impaciente! —decidió después de considerarlo un momento—. Pero a mí me habla muy amable.

—Bien, pásame la comunicación —le dijo Mason.

—Después no digas que no te he avisado —sentenció la muchacha, conectándole la comunicación de Joe.

—¿Jefe? —exclamó Kramer—. ¿Qué juego es ése? Lo primero que oigo es que está usted contándolo todo por ahí.

Mason ignoró la queja.

—¿Tiene a sus hombres informados?

—Cada uno de ellos —dijo Kramer orgullosamente—. Excepto uno, que está enfermo. Ni siquiera tengo que llamarles.

—Ya lo pensaba —dijo Mason.

—Sí, pero usted me habría llamado —insistió Kramer. Podían

suceder muchas cosas.

—«¿Han sucedido?»

Torpemente, Kramer evitaba mirar a Mason a los ojos.

—Bien, tal vez no —admitió—. Pero casi teníamos al populacho en nuestras manos. Un verdadero pánico, jefe. Pero los muchachos lo han arreglado. Les han dicho que se fueran a sus casas, y les han obedecido. Es como si les hubiera puesto gritos a cada uno y les hubiera sacado toda la sangre. Nunca verá tanta gente temerosa en toda su vida. Pero podían haberse puesto intratables, jefe.

Mason esbozó una tenue sonrisa. Se preguntaba si Kramer se daba cuenta de cuán fácil era adivinar sus pensamientos.

—Bien, si no se ha producido ningún daño —sugirió—, suponga que seguimos adelante con el negocio. ¿Lo tiene todo preparado?

—Listo y a punto —sonrió Kramer—. Y cada uno en su sitio. Cuando llegue el momento de avisarme, a mí y a mis muchachos, pulse el timbre. Estamos tan preparados que podíamos haberlo hecho ayer.

Inconscientemente, había levantado los hombros. Esto le hizo pensar a Mason en un toro preparándose para la carga. Pretendió no haberse dado cuenta.

—Bien —dijo—. Tenga el pelotón preparado y esté allí con ellos. Yo bajaré dentro de unos minutos.

—Estaremos esperándole —le dijo Kramer—. Pero será mejor que baje poco a poco, o tal vez incluso usted se lleve algún golpe en la cabeza.

Mason se rascó la oreja.

—Lo tendré en cuenta —dijo serio—. Pero recuerde... no quiero violencia a menos de que sea absolutamente imprescindible.

—Lo habríamos hecho mejor con nuestras armas —dijo Kramer.

Cuando Kramer desconectó, Mason habló en voz alta al aire.

—¿Has oído, Jenny?

—¡Hum! —admitió ella maliciosamente—. ¡Dios mío!, todo está sucediendo muy de prisa. ¿Está todo a punto para seguir?

—Bien, en cuanto a Joe se refiere —concedió Mason, moviendo la cabeza, como ausente—. Pero tendremos que esperar. Quiero que primero lleguen las noticias de Panamá. Quiero que reconozcan que hemos perdido McKinley. Entonces nos pondremos en movimiento.

—;.Crees que lo harán? —preguntó Jenny.

—Tendrán que hacerlo, antes o después —repuso. Mason—. Pero, si tardaran demasiado... bien, nosotros iremos adelante.

—¿Por qué esperar —arguyó Jenny. ¿Por qué no hacerlo tan

pronto como podamos… ahora? Quiero decir, de manera que pudiéramos arreglarlo mientras tengamos tiempo para hacerlo bien. ¿Qué importa lo que Panamá diga, sobre lo que sea?

Ni siquiera Jenny comprendía las complejidades de todo aquello, pensó Mason.

—Esperaremos —dijo—. Si es posible quiero que nuestro pueblo sepa lo que McKinley ha sufrido realmente, que no ha sido mera invención mía. Es mucho lo que se pone en juego. Si alguien dijera que eran invenciones mías… y ya sabes que es posible que esto sucediera, ya lo sabes…

Dejó que la muchacha meditara sobre estas palabras.

Tuvo una idea.

—No había pensado nunca de esta manera —admitió ella,— ¡Dios mío! Esto podría poner las cosas muy mal. Has pensado en todo, jefe.

—No. por cierto —dijo Mason, sintiendo un escalofrío. Había tantas cosas, en las que él no había pensado; se movió con dificultad —. Estoy haciendo una cosa terrible. Jenny. He aplastado deliberadamente el espíritu de nuestra gente, sólo para que me dejen hacer una cosa que en circunstancias normales no me dejarían hacer. Y si me he olvidado de algo, o si he calculado mal, será, el fin de todos nosotros. Yo… bien, yo estoy jugando, Jenny, y no tengo ningún derecho a hacerlo.

—Pero tienes que hacer «algo», jefe —objetó Jenny—. «Alguien» tiene que hacerlo. ¿Y quién si no tú puedes hacerlo?

Mason sonrió débilmente para sí.

—Por esto lo hago —dijo—. Desearía no tener que hacerlo. No tengo derecho, pero… —se encogió de hombros.

—Nosotros estamos contigo, jefe —dijo la voz de Jenny—. Siempre. Vayas donde vayas. Todos nosotros. Todos…, si lo supieran.

—Gracias —dijo agradecido—. Gracias, Jenny.

Se preguntaba si se atrevía a creerlo .

Tenía, que pasar a través de la antesala donde se encontraba Jenny para salir. Estaba casi en la puerta cuando la voz de ésta le llamó. Su voz era urgente, y le indicó la pantalla del teléfono.

Krumblein le estaba llamando desde la sala de telégrafos, le dijo:

Regresó a su despacho. Ella se deslizó de su silla, y Mason se dispuso a atender la llamada. La silla de Jenny era demasiado pequeña para él, y era dura. No podía comprender cómo ella la resistía. Claro está que ella no pesaba ni mucho menos lo que él, y ella no había pasado casi diez años en la Luna, además la silla había sido hecha para alguien de la talla de la joven, pero…

—Ha llegado un cable para esa pandilla de marinos —informó Krumblein.

—¿Importante? —preguntó Mason.

Trató de hallar una posición más confortable, pero no pudo hallarla.

—Tal vez —dijo Krumblein. Levantó el papel azul—. Lo parece.

—Bien, veamos qué dice —indicó Mason, lleno de impaciencia—. No interesan los formulismos, sólo el mensaje.

Krumblein lo leyó:

«Crucero submarino «Quito» y destructores submarinos «Vespucci» y «Balboa» avanzando a toda potencia hacia zona defensa. Hora llegada aproximada 1700 del 27. Producción Wilmington vital para defensa nación. Proteger la cúpula a todo coste.»

Krumblein hizo una pausa.

—Eso es todo lo que dice. Procede del mando de la Flota del Atlántico Sur, en Aries.

Mason sonrió.

—No sabía que pensaran tanto en nosotros —dijo haciendo una mueca—. ¿Lo has guardado? ¿No sabe nada de esto Powell?

—Espero que usted me lo diga —respondió Krumblein—. ¿Qué debo hacer?

—¡Oh!, puedes enviárselo —decidió Mason—. Eso no nos perjudicará. Tal vez les sirva para darse cuenta de que aquí estamos como cebo.

—Conforme —respondió Krumblein. Vaciló un momento—: Este... la fecha que indican de llegada es para dentro de dos días.

—No podrían protegemos de ninguna manera —murmuró Mason.

El respeto que sentía por Jenny aumentó en aquel breve rato. ¿Cómo podía resistir permanecer sentada allí, hora tras hora...?

—Pero cuando lleguen aquí, ya tiene que estar todo hecho —dijo. Deseaba haberse podido sentir descansado, deseaba que sus espaldas y rodillas no le dolieran tan terriblemente. Haber estado en la Luna producía muchos achaques en los hombres.

—¿Vamos a dar el salto? —preguntó Krumblein.

—Sí —respondió Mason—. Quédate en tu sitio, no dejes que nadie te releve. Tendré mucho trabajo para ti dentro de un rato.

—Esperaré —prometió Krumblein.

—Sigue vigilando las noticias que vengan del exterior —le dijo Mason—. Sigo queriendo conectar en los altavoces los boletines que puedan llegar de McKinley tan pronto le reciban.

—Todo lo que tendré que hacer para esto, es apretar un lindo

botoncito —dijo Krumblein—. Y tengo el dedo precisamente encima de él.

—Sigue así —ordenó Mason. Saludó y cortó la comunicación. Suspirando de alivio, se levantó de la silla.

—No estabas cómodo, ¿eh, jefe? —rió Jenny.

—No —tuvo que admitir—. No.

Se dirigió hacia la puerta.

—Bien, deséame suerte —dijo.

Ella parecía tranquila cuando él habló.

—¿Ahora? —preguntó Jenny.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Eso es.

Ella se estremeció y forzó una luminosa sonrisa.

—Bien, suerte, jefe —dijo animosa.

Al menos, trató de decirlo animadamente, pensó él mientras atravesaba la puerta. El pasillo estaba vacío, y la luz se reflejaba en las desnudas paredes. Jenny tenía miedo, se dijo, estaba asustada y trataba por todos los medios de ocultarlo.

Bien, yo también estoy asustado, pensó fríamente. Desesperadamente asustado.

VIII

En la profundidad del mar, la cúpula estaba adherida como un monstruo percebe al saliente de la montaña, y éste la protegía de la corriente dominante. Su caparazón sostenía el peso de dos millas de agua, protegiendo con sus paredes su ventosa llena de aire donde los hombres podían vivir. Bajo la cúpula, la manida penetraba dentro de la montaña, hasta su misma entraña donde se hallaba el gran filón magnético que había allí.

Toda la cúpula estaba rodeada de cables que tiraban de ella sujetándola a las rocas sedimentarias, como filamentos nerviosos de un ganglio. Algunos servían para la comunicación, enlazando la cúpula Wilmington con las demás y con la tierra firme. Otros servían para un solo objeto.

En la cresta de la montaña, dos pilones esqueléticos se alzaban en el negro firmamento. Uno era el transmisor de sonar que guiaba a las naves hacia la cúpula. Ahora estaba silencioso, y las luces que normalmente brillaban en su cima, estaban apagadas.

El otro era también un sonar, pero no de guía. Era el vigilante. La frecuencia de sus oscilaciones, demasiado espasmódicas para perjudicar a los detectores que señalaban la situación de las naves, arrastraba el agua que rodeaba la cúpula y señalaba para los hombres que estaban en su interior, las posiciones de esas naves, de las ballenas, y los bancos de peces dentro de un radio de setenta y cinco millas. Podía emplearse también, si los vigías lo deseaban, para comunicar con las naves que detectaba.

Encima de la cúpula, en la superficie hacia barlovento, funcionaba también el radar. Tiraba con dureza de sus tres anclas. Pero a pesar de las inquietas aguas, su antena de investigación pasaba con rapidez por el cielo, describiendo arcos enteros, redondos, y seguía vigilando la presencia de aviones dentro de su horizonte. No paraba nunca. Era parte del sistema mundial que rastreaba automáticamente cualquier avión que se hallaba en el aire. Ninguno podía caer sin que las alarmas se pusieran inmediatamente en funcionamiento. Y el lugar donde había caído era conocido en el acto.

Alineados en torno a la cúpula, en una doble hilera de ventanillas circulares, los torpedos autodirigidos proyectiles-cohete con cabeza explosiva apuntaban a la masa líquida envolvente. Los había que estaban situados a cuarenta millas de distancia de la cúpula, y preparados para el lanzamiento. En la base, junto a la frontera

territorial, cargas nucleares y termonucleares esperaban el impulso que las convirtiera en explosiva erupción de llamas y humo. Ninguna nave a menos de diez millas de distancia del lugar de la explosión referida podía sobrevivir.

Pero incluso esas defensas no podían hacer frente a un ataque tenaz. Eso era superior a lo que cualquier sistema de construcción humana podía hacer para confiar en lograr detener todos los proyectiles, y uno con cabeza explosiva era lo que hacía falta si alcanzaba su objetivo. Una explosión demasiado próxima podía hacer estallar la cúpula.

Sin embargo, incluso los hombres de la cúpula «especialmente» ellos—, tenían el derecho de luchar para defenderse. Para la cúpula Wilmington, aquellos torpedos y cohetes y aquellas naves de furia nuclear eran los utensilios que habían de servirles de venganza, si algo sucedía.

Bien, no llegaría esa ocasión, se dijo Mason. Lentamente recorrió el pasillo que conducía a la sala central del Control de Defensa. Estaba en la parte baja de la cúpula, en un nivel algo superior a la mina. Algún día, había sido éste el proyecto, ésta y otras secciones abandonadas serían dispuestas para acomodar en apartamentos unidos a la población que diariamente iba en aumento. Habían empezado a trabajar en esta sección cuando había comenzado el problema de McKinley, por lo que allí fue donde se instalaron les marinos con sus instrumentos.

Y, al propio tiempo, la oficina central ordenó que cesaran los trabajos. Era Una orden lógica, admitió Mason; no había razón de malgastar dinero en algo que probablemente sería destruido. Sonrió tristemente. El dinero era la única cosa en la cual el pueblo de Aries podía pensar con sensibilidad. Eran políticos y sólo significaba una palabra para ellos, pero si rozabais sus bolsillos se ponían como unas fieras.

Nadie se había ocupado de hacer limpieza allí. El suelo estaba resbaladizo bajo sus pies. Apartó a un lado de un puntapié un pedazo de acero, la clase que se empleaba para reforzar el hormigón. Fue a chocar en un rincón sombrío. Focos pasos más adelante, Joe Kramer salió de una puerta. Hizo un gesto a Mason indicándole que entrara.

Las paredes de la habitación estaban por terminar. El suelo, salpicado de grava. Mason dio un vistazo en torno, esforzándose para ver en la semi penumbra que reinaba en la habitación. Había diez hombres de pie, todos ellos observándole. Llevaban pistolas en sus cinturones, y uno de ellos llevaba un desagradable cuchillo. Iban

provistos de unos garrotes de madera de dieciocho pulgadas, y jugaban con ellos distraídamente, incapaces de emplearlos o de dejarlos a un lado.

Mason sonrió con una mueca. Joe había seguido al pie de la letra sus instrucciones, cierto. No había una sola arma atómica, a la vista.

—¿Todo preparado, aquí? —preguntó.

Todos se enderezaron un poco. Eran tipos espléndidos, sólidos, macizos. Aparecían muy dispuestos.

Kramer, detrás de él, puso una mano en su hombro.

—Sólo tienes que decir una palabra —indicó.

Mason pensó automáticamente en los sabuesos que sólo necesitan una señal para echar a correr.

—Esperad a que os llame —le dijo a Kramer. Sus ojos se posaron significativamente en las pistolas—. ¿Están cargadas?

—Ya lo creo, maldita sea —rezongó Kramer.

Mason meditó un instante. Aquellas armas iban en contra del espíritu de sus instrucciones, pero era demasiado tarde para ordenar que las descargaran.

Hizo un gesto aprobador con la cabeza. Era todo cuanto podía hacer.

No le gustaba. Trató de decirse que a veces la simple presencia de las armas hacen su uso innecesario, pero así y todo no le gustaban. Demasiado frecuentemente un arma podía ser usada si en un momento dado estaba a mano, pero un hombre desarmado hallaba otros medios de luchar para salir con bien de sus problemas.

—Guardadlas donde están, Joe —dijo Mason, categóricamente.

—De acuerdo, jefe —sonrió Kramer—. Si no las necesitamos no las usaremos, descuida, ¿O. K.?

—No creas que estoy dormitando, Joe —le dijo Mason—. Es demasiado tarde para cambiar, pero eso no significa que no me haya dado cuenta. No os dejaría salir de aquí de esta manera si no fuera demasiado tarde. Quiero que quede esto bien entendido, Joe. Y quiero que quede bien entendido que no habrá más artilugios como éste. ¿Comprendido?

—¡Oh, demonios! Jefe —se quejó Kramer—. Es únicamente un poco de seguridad extra. Eso es todo.

Su voz sonó la de un chiquillo con la cara sucia de mermelada.

—De acuerdo —dijo Mason, dando por terminado el asunto—. Ahora voy para allá. Os haré una señal cuando os necesite.

—¿Qué sucederá si ellos levantan la mano antes que tú? —quiso saber Kramer—. Nosotros no conseguiríamos nunca arreglarlo.

¿Debemos estar aquí sentados tejiendo telas de araña?

—No creo que sospechen nada —dijo Mason—. Pero si lo hicieran…, si, entrad. ¿Qué hora tienes?

Kramer consultó su reloj.

—Las diez menos veinte —murmuró.

Mason comparó esta hora con su reloj.

—¿Quieres decir que no son las diez menos dieciocho?

—Bien, sí. Si lo quieres justo al segundo —admitió Kramer.

—Conforme —decidió Mason. Sus relojes iban igualados. Sería de utilidad.

—Si no doy la señal antes de las diez y media, sabréis que las cosas no marchan como era de esperar. Entonces la situación estará en vuestras manos.

Kramer estaba seguro de él y de sus hombres.

—Jefe, no tienes porqué preocuparte —le indicó, confiado.

—Recordad que no debéis usar esas armas —repitió Mason, mientras se dirigía a la puerta, saliendo hacia el corredor.

IX

Estuvo contemplando durante unos minutos los alrededores del centro de Control de Defensa. Estudió los diagramas hasta escocerle los ojos, pero quería estar seguro de que conocía bien el lugar. No había ningún sustituto para observarlo de antemano.

La habitación era de tamaño mediano, pero larga y estrecha. Cada una de las largas paredes estaba cubierta de una serie de altos y funcionales paneles ondulados. Estaban colocados como hileras de soldados, cada panel estaba apoyado contra la pared por un lado. Sus esquinas sobresalían en la habitación como la hilera de dientes de una lima. Unos hombres uniformados permanecían en reposo ante aquellos, cada uno en el panel que tenía asignado y colocado de manera que no sólo podía ver sus instrumentos y controles sino también el extremo de la habitación.

Dos hombres, apostados cerca de la puerta, permanecían con los rifles al hombro. A intervalos, cambiaban de posición.

Guardia.

Powell estaba en el extremo de la habitación. Estaba sentado en el pupitre situado en una plataforma elevada, de espaldas a la habitación. Frente a él, la pared dejaba al descubierto una pantalla de color verde brillante enmarcada en unos cuadrantes de dos líneas blancas en forma de X, y unas series de círculos concéntricos que partían del punto donde aquéllas se cruzaban. Los perfiles topográficos se mostraban débilmente.

A medio camino del centro escaso, encerrado entre dos círculos, una banda de luces esmeralda, irregularmente espaciadas, lucían brillantemente.

Una segunda banda rodeaba la cúpula en una línea de quince millas. Las luces brillaban como estrellas verdes. Más lejos aún, casi en la línea que señalaba los límites fronterizos de la zona territorial de la cúpula, una doble cadena de resplandecientes luces blancas brillaba como diamantes.

El pupitre de Powell casi privaba a Mason de la vista de otro grupo de hombres, los operarios del sonar y radar. Estaban sentados frente a sus respectivos mandos de control en una cámara situada entre el pupitre y la pantalla, bajo el nivel del suelo. Sólo la parte superior de sus cabezas quedaba visible.

Mason pensó en ellos. No se le había ocurrido hacerlo antes, y ahora sentía un escalofrío recorrerle la espalda. En aquella posición,

podían surgir muchos contratiempos si aquellos hombres estuvieran armados. Podía desbaratar todo su proyecto.

Se dijo a sí mismo que no era probable que llevaran armas. Trató por todos los medios de creerlo así, pero no pudo conseguirlo. Eran muchas las cosas que dependían de que todo fuera tal como él había planeado. Si aquellos hombres llevaban armas, nada iría bien. Tenía que asegurarse.

Y tenía que hacerlo sin que nadie adivinara cuán ansiosamente deseaba saberlo, necesitaba saberlo. Incluso permaneciendo junto al pupitre de Powell, no podría profundizar demasiado para ver claramente dentro de la cámara de aquellos hombres. Y Powell era breve y escueto en sus salutaciones, y le diría que si pensaba permanecer en la habitación, debía retroceder hasta situarse junto a la puerta.

Haraganeó por la habitación, deteniéndose y tomando nota de los detalles con ojos falsamente casuales. La habitación estaba tranquila con un silencio enfermizo. Los hombres estaban tensos, oprimidos, vigilantes. Esperaban como gatos ante la ratonera.

Estuvo pasando tiempo mientras le fue posible, pero aun así y todo, llegó el momento en que se halló nuevamente al lado de la puerta. Allí, bajo la mirada de los guardas con mascarillas, estaba tan firmemente anclado como si estuviera encadenado al suelo. Trató de pensar en un pretexto que le permitiera acercarse nuevamente al pupitre de Powell. Desde allí, quizá le sería posible echar un vistazo a la cámara. Pero no se le acudía ninguna razón. Tenía que permanecer donde se hallaba.

Se apoyó en la desnuda pared, bus huesos le dolían horriblemente. Su cuerpo parecía inerte, como si fuera de yeso. Por el momento, no podía hacer nada.

Observó a los guardias. Tenían que estar dispersos cuando llegara el momento. Les estudió cuidadosamente. Parecían bien alertas. Parecían estar preparados para algo, y mantenían los ojos fijos en él.

Bien, se dijo. Cuando llegue el momento...

Los altavoces se pusieron de pronto en funcionamiento. El sonido de los mismos apartó a Mason de sus pensamientos. Se levantó, alzando la cabeza para escuchar mejor.

—«¡Boletín de noticias! —decía la voz—. ¡Boletín de noticias!»

Menos mal que se le había ocurrido hacer instalar un altavoz incluso en aquella sala. Aquellos hombres eran tan sensibles como los demás. Ellos, también, sentirían el terror de su desamparo frente a los acontecimientos, y bajo aquella presión, podía suponerse que no

resistirían demasiado.

Y pensó, jadeando, que aquel boletín ponía fin a su espera. Había llegado el momento.

Otra voz surgió de los altavoces.

«Aquí, Panamá. Hace quince minutos, en un inaudito discurso, el presidente Arnaldo Torroba ha informado a la nación y al mundo entero que buques de la marina de Africa del Sur han bombardeado y destruido la Cúpula McKinley. El bombardeo ha tenido lugar...»

—¡Contacto! —exclamó uno de los hombres del equipo sonar, con voz clara y firme.

En la pantalla de tono verde, una brillante luz roja había aparecido en el lado del cuadrante Norte, y brillaba ligeramente, algo separada del círculo exterior, a unas setenta millas.

Powell ordenó:

—¡Sigan! —Podía haberse tratado de un simple ejercicio, por la inflexión que dio a su voz.

Los altavoces seguían hablando:

«El presidente Torroba ha dispuesto una entrevista con todos los dirigentes, incluyendo los administrativos de todos los grupos importantes y a los jefes de...»

—¡Localizado! —exclamó otro de los hombres del equipo de sonar.

Powell seguía todavía sentado en su silla, observando la luz roja.

—¡Reanudad la búsqueda! —ordenó—. Debe haber más de uno. Unidades uno, dos, tres y cinco, perímetro exterior, preparen sus cargas.

Los hombres situados en los paneles próximos a Powell se pusieron a trabajar. El primero de la izquierda y el primero, tercero y quinto de la derecha. Trabajaban de prisa, con destreza. Conocían perfectamente su trabajo. Era como una disciplina bien aprendida.

«...las fuerzas armadas han sido requeridas de presentarse...

»...ordenando informar inmediatamente a la base o instalación más próxima a ellos, prescindiendo de las dependencias de servicio. Las regulaciones de defensa civil están ahora en vigor. Se requiere de todos los ciudadanos...»

En la gran pantalla inserta en la pared, brillaban ocho lucecitas blancas. Nebulosos puntos azules nacían alrededor de aquéllas, sobreponiéndose unos en otros, aquí y allá, creando una banda ininterrumpida de azul claridad por todo el centro del cuadrante Norte, algo más extendida al Este que al Oeste. Cubría todo el círculo que indicaba la frontera territorial. Su borde externo se alargaba hasta las aguas internacionales. Como un cerco, se interponía entre la luz

roja de la nave africana y la cúpula.

Mason observó la luz roja. No parecía moverse, pero luego, muy lentamente, una estela fluorescente rojiza pareció nacer de ella, señalando el camino recorrido por la nave. La luz roja iba moviéndose hacia el Sudeste, en un camino que iba a interferir con la línea territorial, allí donde se unían los cuadrantes Norte y Este. Aquello le hizo pensar a Mason en un reloj, en cuya esfera las manecillas parecían inmóviles todo el tiempo mientras iban marcando los minutos y horas.

—Iluminadlo para identificación —ordenó Powell. No cesaba de vigilar la pantalla—. Unidad siete, perímetro externo, prepare sus cargas. Unidad tres, perímetro medio, sigan la pista.

Más hombres atareados, La tenue luminosidad azul se extendía algo más al Este, envolviendo varias luces blancas más. En el perímetro medio, dos luces verdes vacilaron y se tornaron en ámbar fuerte y vivo.

«...fue ayer cuando la delegación de Africa del Sur dirigida por el ministro de Asuntos Exteriores, Tiklosche Van Vliet regresó a Johannesburgo después de haber sido rehusada su demanda sobre los derechos de la mina de vanadio, alegando que estaba en territorio perteneciente a la cúpula de Jan Christian Smuts del Africa del Sur. Inmediatamente después de la ruptura de las negociaciones, el Consejo Mundial se entrevistó en Reikiavik, la pasada noche y, concluido el debate, se pasó a votación una resolución intimando a ambas naciones...

—¡Mason! —exclamó rabioso Powell—. ¡Mason!

Este dirigió una ojeada a los guardias, luego lentamente empezó a andar a través de la habitación. Lo hizo despacio tomando su tiempo. Los altavoces seguían hablando, sincopada y agriamente. No los escuchaba.

—¡Mason! —gritó de nuevo Powell. ya impacientándose. Pero no se giraba. Toda su atención estaba en la pantalla qué tenía frente a él. Tenía que estar vigilando a cada instante.

Mason subió a la plataforma. Dio la vuelta frente al pupitre y puso las manos en la brazola. Apoyó el peso de su cuerno en ellas.

—¿Quería algo? —preguntó. Sus palabras brotaron como un desafío.

—¡Haga callar esas voces! —Exigió Powell. Movía sus manos en el aire, como si estuviera espantando moscas—. Nos entorpece el trabajo —explotó.

—Mi pueblo debe ser informado —respondió Mason.

imperturbable.

—¡No se identifica! —informó uno de los hombres del equipo del sonar.

—Repitan la señal —ordenó Powell—. Continúe transmitiéndola hasta que respondan o hasta que yo les avise. Denles todas las oportunidades.

«...Torroba ha convocado una sesión de urgencia en la Gran Asamblea para mañana por la mañana. Entonces, reclamará la proclamación de guerra contra...»

—Si usted espera que les defendamos —indicó Powell a Mason, muy tiesamente—, no podemos distraernos por nada. Ese ruido que meten los suyos mediante los altavoces no hace más que distraer a mis hombres. Y además debo pedirle tenga la bondad de apartarse de ahí. Está obstruyendo la vista de la pantalla.

Mason permaneció quieto donde estaba.

—Usted no puede defendernos, y 1o sabe —dijo con sencillez—. Todo lo que puede hacer es ponerse nervioso más de la cuenta consiguiendo con ello que nos maten mucho antes de lo previsto.

Los ojos de Powell parpadearon pasando por él como si no estuviera allí.

—Unidades cuatro y siete, perímetro externo, preparen sus cargas —ordenó—. ¡Unidades tres y cinco, perímetro medio, repliéguense!

—¡Contacto! —exclamó otro de los hombres.

Su voz brotó excitada, con cierto matiz de pánico. Y apareció otra lucecita roja en la pantalla. Esta vez en el cuadrante Este, precisamente en el lado exterior del círculo más alejado y algo hacia el Sur del punto de la brújula.

—¡Síganlo! —dijo Powell, inflexible. Volvió a fijar su atención en Mason—. ¿Es necesario que tenga que repetirlo? —preguntó—. Está obstruyendo la vista de la pantalla. O se aparta usted solo o me veré obligado a apartarle a la fuerza.

«...h dado instrucciones a todas las unidades navales para atacar y destruir todos los buques sudafricanos donde quiera que sean hallados, y...»

Agitado, Mason retrocedió. Iba estrechando el cerco de ver quién podía a quién. Había conseguido dominarse a tiempo. Luego, mientras se apartaba, pudo echar un vistazo a la cámara. Los hombres estaban inclinados sobre sus puestos, tensos al darse cuenta de que esta vez no eran simples prácticas.

Llevaban anteojos, y vigilaban con aquella lívida luz blanca, arrítmica, como ambiguos globos. Sus uniformes carecían de

ornamentaciones, y Mason pudo comprobar que no había el menor signo de armas en los cinturones de ninguno de ellos.

Vio todo esto de una sola mirada. Era suficiente, y era cuanto deseaba saber.

«...de Johannesburgo. Las líneas de comunicación continúan en funcionamiento, pero, con excepción de algunas interrupciones de carácter natural, no han habido indicios de...

Deliberadamente, Mason se detuvo para mirar a la pantalla. Las luces rojas empezaban a moverse. La que bajaba del Norte había alcanzado ya la línea de sesenta y cinco millas; estaba moviéndose casi hacia el Este. La línea filiforme que marcaba su camino estaba mellada y trenzada con interminables zigzags.

Todavía estaban muy lejos, se dijo para sí. Demasiado lejos para hacer nada.

Deseaba poder creerlo.

—¡Mason! —exclamó Powell. Su voz sonaba amenazadora.

Mason se giró y le miró a los ojos fijamente. Hundió la mano en el bolsillo v extrajo un paquete de cigarrillos. Sacó uno y lo colocó entre sus labios, haciéndolo mientras seguía con los ojos fijos en los de Powell. Encendió el cigarrillo dejando caer al suelo la cerilla, sudando de temor al pensar que alguno de los que estaban dentro de aquella habitación pudiera recordar que los habitantes de las cúpulas raramente fumaban, y que la gente de la luna no lo hacía nunca.

Comenzó a andar con el cigarrillo entre los labios. Iba con cuidado de no tragar el humo. Pasó por el lado del pupitre de Powell. dirigiéndole apenas una mirada, bajando hacia la plataforma. Separó el cigarrillo de su boca manteniéndolo entre los dedos, paseando lentamente hacia el fondo de la habitación.

Los altavoces seguían hablando todavía, pero el estruendo de la sangre en sus oídos empañaba 'las palabras convirtiéndolas en algo ininteligible. Observó el cigarrillo. Estaba a la mitad.

Le pareció que había transcurrido mucho tiempo hasta que hubo alcanzado la puerta. Se detuvo allí, permaneciendo quieto entre los dos guardias. Dio una última pipada al cigarrillo y girándose a medias arrojó la colilla a través de la puerta, con el extremo todavía encendido.

El humo había llegado a sus pulmones. Un espasmo de tos le sobrecogió.

—¡Objetivo dos, localizado! —oyó decir a uno de los hombres del equipo sonar, en voz alta. Tenía que ser muy alta, aguda y alta, para ser oída por encima del estruendo que producía el altavoz.

«...perdido el contacto con la cúpula McKinley desde las cinco de la pasada noche, hora local. La opinión general es que los cables están...»

—Unidades trece, quince y diecisiete... —empezó Powell estruendosamente.

Mason oyó un ligero arrastramiento de pies tras él. Se lanzó él mismo contra uno de los guardias.

Cayeron al suelo. El rifle resonó al chocar con el piso. Rodaron entrelazados, luchando entre sí, y cuando aquél estaba encima de él y el otro guardia se había acercado para ayudar a su compañero, su rifle voló por los aires.

Mason levantó los ojos sorprendido.

Entonces el brazo de Kramer se enroscó en el cuello del guardia, haciéndole soltar también el rifle. El otro era sacado de allí a rastras. Lentamente, todavía algo tembloroso, Mason se incorporó sobre sus pies.

Ya había pasado. Los dos guardias permanecían inconscientes en el suelo. Uno estaba fuera de combate y el otro había quedado gimiendo con el brazo roto, lanzando contenidos lamentos entre dientes. Los hombres de Kramer entraron con los garrotes dispuestos para actuar, si se hubiera presentado la ocasión, con aquellas estacas.

X

Sorprendidos en sus paneles de control, sólo algunos marinos trataron de luchar para defenderse. Todo había sucedido demasiado de prisa para ellos, y unos cuantos golpes en las costillas les quitaron las ganas de pelear a los más testarudos. Sumisamente los hombres de Kramer los hicieron reunir al fondo de la habitación. Podían haber sido corderos, por la resistencia que mostraban.

Kramer cogió uno de los rifles y lo inspeccionó con ojos de profesional.

—¡Hum! —murmuró disgustado—. ¡Un juguete condenadamente bueno!

Arrojó el arma al suelo con tal fuerza que algo se rompió en ella saltando un pedazo de la misma que fue a parar un poco apartado del rostro.

Había algo ridículo en todo aquello. Mason rió incontroladamente hasta que Kramer puso la mano en su hombro apoyándole contra la pared.

—¿Jefe? —dijo, desconcertado—. Jefe... creo que quiere hablarte —dijo dirigiendo la vista hacia el extremo de la habitación.

Powell permanecía todavía en la plataforma, de espaldas a la pantalla. Incrédulamente, contemplaba a sus hombres que se dejaban conducir como un rebaño de humildes corderos. Aguijoneados por los hombres de Kramer, ni siquiera trataban de resistir.

La voz de Powell sobresalió del murmullo de voces y del arrastrar de pies.

—¡Mason! —gritó, furioso—. ¿Qué significa esto?

Mason sintióse acometido de nuevo por aquella risa histérica. Aquel hombre estaba tan acostumbrado a llevar a cabo sus batallas por medios del control remoto, que el concepto de una acción física directa no existía para él. En realidad no comprendía lo que había sucedido.

—¡Mason! —insistió Powell airadamente—, ¡Respóndame!

Kramer se adelantó subiendo a la plataforma.

—¡Baja de ahí! —exclamó.

Entonces Powell comprendió.

—¡Esto es una traición! —explotó, horrorizado—. ¡Traición!

Dio media vuelta y se acercó al pupitre. Observó la pantalla.

—¡No lo toques, maldito loco! —gritó Mason, repentinamente horrorizado—. Vas a conseguir que nos bombardeen.

Powell no vaciló un momento. Su atención estaba puesta en el tablero de mando. Levantó la mano, deteniéndola indeciso sobre él.

Kramer subió de un brinco a la plataforma agarrándole y haciéndole bajar de un empujón. Kramer bajó tras él.

—¡Mason, traidor! —rugió Powell—. ¡Nos has vendido!

Kramer dirigió un puñetazo a la barriga del parlanchín, que se dobló. Acto seguido le dirigió un directo a la barbilla con lo cual Powell fue a parar contra la pared y de allí resbaló al suelo.

Mason subió a la plataforma. Podía todavía moverse con agilidad cuando tenía que hacerlo, se dio cuenta, y ese descubrimiento le sorprendió. Puso una mano en el hombro de Kramer.

—Es suficiente, Joe —dijo—. Déjale.

Se arrodilló al lado de Powell. Este, hacía castañetear los dientes y se acariciaba la cintura. Sus ojos estaban acuosos y llenos de una expresión dolorosa.

—No es traición —explicó Mason gravemente. No sabía si Powell le oía o no—. No nos hemos vendido. Estamos simplemente cuidando de nosotros mismos.

—¡He de verle con la soga al cuello! —escupió Powell entre dientes.

—No opino lo mismo —respondió Masen. Estaba tranquilo, y hablaba con calma—. Vamos a declarar nuestra independencia, y creo que podemos llevarla adelante. O, si no pudiéramos, bien, no creo que estemos en condiciones para ser ahorcados.

Powell no respondió. Sus ojos brillaban inyectados de odio, cólera y consternación.

—Lo siento —dijo Mason, sinceramente. Sentía una especie de piedad hacia aquel hombre—. Quiero hacerle saber que en todo esto no hay nada personal. Ya sé que esto no le ayudará demasiado en su informe, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Por lo menos seguirá con vida. Creo que puede ser un buen negocio.

Powell siguió sin responder. Tal vez no podía hacerlo. Incluso resultaba difícil asegurar si podía comprenderle.

Bien, no serviría de nada perder más tiempo charlando con él. Mason se puso de pie. Por un momento, parecía que iba a perder el equilibrio. Se apoyó con la mano en la pared y observó al grupo de prisioneros que permanecían agrupados al pie de la plataforma, y se dio cuenta de que Joe Kramer estaba detrás.

—Sácalos de aquí, Joe —dijo por encima del hombro—. Ponlos a refrescar.

—¿A ése también? —preguntó Kramer, dando un paso hacia

Powell.

—También —confirmó Mason.

—De acuerdo, muchachos —dijo Kramer a sus hombres—. Sacadlos de aquí—. Se inclinó sobre Powell y lo hizo levantar bruscamente—. Tú también, amigo —dijo, empujando al viejo hacia el borde de la plataforma—. Muévete, vamos.

Powell apenas podía mantenerse en pie. Todavía se doblaba de dolor. Se tambaleó y estuvo a punto de caerse de la plataforma. Mason tuvo el tiempo justo de agarrarle en el preciso momento en que iba a caer.

—No seas tan brusco, Joe —dijo, en señal de advertencia. Ayudó a Powell a bajar de la plataforma. Tuvo que poner toda su fuerza para ello. Algunos de los prisioneros se echaron hacia adelante. Dejó al viejo al cuidado de aquellos. Los hombres de Kramer avanzaron y les hicieron reunir con el resto, haciéndoles salir de la habitación.

Cuatro de los hombres de Kramer se quedaron atrás. Subieron de un salto a la plataforma, atléticos y seguros sobre sus pies. Mason les envidió aquella fuerza y agilidad. Su cuerpo sólo albergaba dolorosa flaqueza.

Sintió la mano de Kramer en su hombro, como si éste pretendiera recordarle su presencia.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó.

Mason se giró. Kramer señalaba con el dedo a los hombres de la cámara. Estos habían abandonado sus puestos y estaban observando lo que sucedía sobre la plataforma. Tenían el aspecto de una hilera de blancos en una galería de práctica de tiro.

—¡Vuelvan a sus puestos! —les dijo. Fijó los ojos en la pantalla. La zigzagueante estela que delataba el paso de las naves africanas cruzaba el cuadrante Noroeste como dentadas fracturas. El del Norte estaba ya dentro de la línea de las sesenta millas, todavía bordeando el interior de su dentada huella. En el Oeste, el otro buque estaba acercándose a la línea de las sesenta y cinco millas en un recorrido que iba y venía al azar, pero todavía conduciendo directamente hacia el interior, sin dejar por un momento la menor duda de que su objetivo era la cúpula.

Los hombres se miraron unos a otros, sin saber qué hacer. Luego uno de ellos se levantó de un brinco del asiento.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —preguntó con los puños fuertemente apretados a los lados de las caderas.

—Porque nosotros se lo ordenamos —respondió Kramer, irguiéndose como el gato que arquea la espalda en señal de desafío.

Mason puso una mano sobre el brazo de Kramer al tiempo que decía:

—Quiero ver qué es lo que están haciendo esos barcos ahí fuera. Y creo que tú también debes querer verlo.

Se dio cuenta de que los cuatro hombres que se habían quedado con Kramer, se habían movido acercándose a éste, dos a cada lado. Ociosa e impacientemente jugueteando con unos enormes garrotes que llevaban por armas.

—No me gustan estas palabras —dijo el hombre de la cámara.

Kramer habría avanzado hacia él de no haberlo detenido Mason con la mano.

—No le he preguntado si era de su agrado —indicó Mason—, Si queremos sobrevivir, tenemos que tratar con esas naves. Su comandante y yo no estamos de acuerdo en la manera adecuada de proceder con respecto a los mismos, pero tenernos que hacer algo. Lo cual significa que debemos seguir vigilándolos. Ustedes están capacitados para trabajar con esos instrumentos, lo cual nosotros no sabríamos hacer. Por esto, si es que desean seguir viviendo, pongan manos a la obra.

El hombre seguía todavía desafiante.

—¿Sí —preguntó—. ¿Quién es usted? ¿Quién es usted para nosotros?

—Desde este momento, nosotros somos el estado independiente de la Cúpula Wilmington —dijo Mason—. En lo que a ustedes se refiere, si así lo desean, pueden ser ciudadanos. Pero lo importante, si las cosas marchan como deseamos, es permanecer todos con vida. Ahora, vuelven todos a sus puestos. Ya hemos hablado demasiado.

Pronunció estas palabras con la voz dura que emplearía todo jefe. Aquel hombre con los ojos clavados en Mason, no podía salir de su asombro. Mason no se movió. Hubo un largo y tenso silencio.

El hombre reaccionó al fin. Miró a lo lejos. Anduvo pesadamente hacia la silla y volvió a mirar desafiante a Mason. Este seguía contemplándole impasible, sin decir nada. No se había movido. Murmurando algo entre dientes, el hombre fue a sentarse en su puesto.

En el espacio tranquilo que siguió, los demás se miraron entre sí, eludiendo cada uno de ellos la mirada de los demás. Ya no había nadie que les mandara. Uno por uno, lentamente, fueron dirigiéndose a sus respectivos puestos. No veían qué otra cosa podían hacer.

Mason comprobó de nuevo la pantalla. La nave que venía del Oeste había cruzado la línea de las sesenta y cinco millas, y la estela que

dejaba tras de sí indicaba la ligera desviación hacia el Norte para ir al encuentro de su compañera que estaba ya atravesando la línea de las cincuenta y cinco millas.

Se giró hacia Kramer.

—No debiste ser tan brusco con él —dijo.

—¿Con quién? —quiso saber Kramer—. ¿Ese viejo gano?

menudamente, Mason afirmó con la cabeza.

—Podías haberte herido de bastante gravedad.

—¡Canastos! —gruño Kramer—. Estaba dispuesto a hacer las cosas según su estúpido criterio. Y tenía que detenerle, ¿no es cierto?

—Pero no temas porque dejarle medio muerto —replicó Mason—. Quiero que le hagas ver por un doctor, quiero estar seguro de que se encuentra bien. Y cuando tus hombres hayan terminado de encerrar a los prisioneros, mándales en busca de los relevos.

—Ellos saben lo que deben hacer, jefe —sonrió Kramer.

—Bien, ve a echarles una mano —le dijo Mason—. Yo seguiré aquí.

Kramer suspiró de mala gana.

—Oh jefe —dijo. Saltó de la plataforma y salió.

Mason le vio marchar con recelo, luego girándose fue a sentarse ante el tablero. Estudio los mandos que tenía frente a si, tratando de descifrarlos. No era difícil. Directamente frente a él, la banda de control estaba partida en cuatro secciones rectangulares, dos en el medio, una sobre la otra, y una a cada lado. Norte, Sur, Este y Oeste. Cada una de las secciones contenía tres filas horizontales de conmutadores de baja potencia espaciados con precisión. Es decir, perímetro externo, medio e interno. Salían como dientes rudos, individuales.

Luces rojas brillaban como rubíes encima del nivel correspondiente a la hilera superior de la sección Norte. Ligeramente desviado hacia la mano izquierda. Cerca del centro, varias luces mostraban la línea del medio, también.

No, no era difícil descifrarlo. Si él tenía que... si llegaba a... podría entendérselas con aquellos conmutadores.

Volvió a observar la pantalla. Las dos naves estaban ya dentro de la línea de sesenta millas. Mientras estaba observándolas, la del Norte fue moviéndose por debajo de la línea de cincuenta y cinco millas. La del Oeste se dirigía hacia el Noroeste para reunírsele.

Buscó un teléfono, pero, sorprendentemente, el tablero no disponía de teléfono. No podía creerlo, un teléfono era uno de los instrumentos indispensables en cualquier cosa que quisiera parecerse a un despacho. Sin embargo, allí no había teléfono.

Bien, así era. Mason se encogió de hombros y se levantó, descendiendo de la plataforma. Había un teléfono cerca de la puerta, recordó, uno de aquellos anticuados modelos que las instalaciones militares conservaban todavía en uso. Estaba formado por un auricular y un transmisor, por separado, sin pantalla. Un aparato un tanto engorroso, pensó Mason, pero al fin de cuentas, no dejaba de ser un teléfono.

Atravesar la habitación representaba un largo recorrido. Sus piernas parecían estar muertas. No tenían fuerza.

Pero él necesitaba un teléfono, y por esto anduvo.

Descolgó el auricular. Torpemente se lo acercó al oído. Marcó la cifra de la sala de telégrafos. Oyó la señal de llamada a través del receptor. Le respondió la voz de Krumblein.

—Quiero enviar un cable —indicó Mason—. Es decir, cuatro —sé corrigió.

—¿A ellos?—adivinó Krumblein en seguida—. ¿Lo ha conseguido?

—Bien, el primer paso, está dado, creo —admitió Mason. Se giró para observar la pantalla. Las dos naves africanas habían cruzado ya la línea de las cincuenta y cinco millas. Andaban al acecho como lobos hambrientos en torno a su presa. Los afilados zigzags de sus rojas estelas eran como los dientes de una hambrienta mandíbula, curvada hacia abajo.

Krumblein estuvo trabajando mientras hablaban.

—Todo a punto —anunció. Luego vacilante añadió—: ¡Hum…! estos cables… ¿He de cargarlos en la cuenta de la compañía?

La pregunta causó una suave carcajada en Mason. Ante todo, ellos siempre se preocupaban de tener los libros en orden.

—No —respondió—. No; cierra la cuenta de la compañía. No habrá más cargos en ella, Empieza otra de nueva. Llámala…

Se detuvo. No acostumbraba pasar demasiado tiempo para, determinar que nombre debía ponérsele a las cosas.

—Llámala Asuntos de Estado —decidió.

Era un nombre que le gustaba. Era el adecuado.

Entonces, comenzó a dictar los cables. Al principio hablaba tartamudeante. Luego, poco a poco, las palabras fueron brotando con fluidez.

El primero era para el presidente Torroba. En él declaraba la independencia de la cúpula Wilmington, de las Américas Unidas. Le daba los motivos y razones para tal hecho.

El segundo era para todas Las cúpulas americanas, les anunciaba la independencia de la cúpula Wilmington, y les invitaba con cierta

urgencia a seguir su ejemplo y romper con el continente. Dio cierto énfasis al hecho de que esperaban sobrevivir a una guerra en la profundidad del mar porque permanecían al margen de la misma. Y para esto era necesario romper todos los lazos que les unieran con su patria.

(Él había presentado el proyecto de la dirección de las cúpulas cuando ocurrió lo de la cúpula McKinley, y todos habían estado de acuerdo. Ahora les recordaba tal acuerdo. El momento de la verdad, pensó sintiéndose nervioso y frio.)

El tercer cable para Morely Rushton, presidente de la junta del Consejo Mundial. En éste también, anunciaba la independencia de la cúpula Wilmington, y solicitaba que la misma fuera reconocida por el Consejo Mundial. Mason hizo especial mención sobre el punto que todas las naciones habían sido notificadas del acontecimiento al mismo tiempo. (El Consejo recibiría, una cantidad de cables como aquél —uno de cada una de las cúpulas africanas y americanas. Y esperaba que esto detendría la guerra, y permitiría también restaurar su tambaleante prestigio, el Consejo les dejaría seguir adelante. Al menos, se dijo Mason, valía la pena intentarlo. No se atrevió a pensar qué pasaría si las cosas no salían como él creía.)

El cuarto y último cable era para Amory Komroff, presidente y directivo de la junta de las Minas del Africa del Sur. Mason le contó a Komroff lo que había hecho y porqué lo había hecho. Como presidente provisional de la República libre de la cúpula Wilmington, ofreció pagar por los bienes materiales de la corporación, en la cúpula (que incluían naturalmente, la misma cúpula), el pago sería hecho mediante obligaciones. El valor de éstas, estipuló, estaría de acuerdo con la contribución de la cúpula a los beneficios totales de la corporación, teniendo por base el valor del fondo de acciones común de la corporación.

(Esto no sería mucho, pensó Mason. Cuando se inició el problema de McKinley, el valor del fondo de la corporación se hundió desastrosamente. Pero Komroff no protestaría demasiado. Una bomba africana podía haber dejado mucho menos de toda la corporación.)

«Sus accionistas tal vez no se muestren muy entusiasmados con esto —terminaba Mason—, pero tendrán que sentirse satisfechos. Estoy sacándoles las castañas del fuego, y no se sentirían asombrados si todo cuanto consiguieran fuera un pedazo quemado de cáscara. Se sentirán afortunados de poder atrapar algo, por poco que sea.»

Era posible que sintieran así, pensó Mason.

—Expídelos inmediatamente— le dijo a Krumblein.

—Acabo de transmitir el primero —respondió Krumblein—. ¿Cuándo tendrá lugar la celebración? —Si todavía estamos aquí mañana —dijo Mason, disponiéndose a colgar el receptor— ya podremos damos por satisfechos.

XI

En la sección Norte del cuadrante, entre el campo de minas y la línea de cincuenta y cinco millas, las luces rojas que dejaban tras de sí las naves africanas presentaban unas oscilaciones que Mason no podía dejar de pensar que aquello le recordaba unos dientes. Dientes terriblemente hambrientos, pensó.

La nave que iba en cabeza al virar hacia el Este formó un bucle que al entrecruzar sus estelas luminosas daba la impresión de un punto cruzado de calceta, dirigiéndose hacia el Sur al proseguir su ruta.

Mason observó la pantalla con atención. Tomó nota de horario y distancias. Regresó junto al teléfono, y marcó otro número. Alguien respondió.

—Aquí Control de tráfico del puerto.

—Mason al habla saludó éste. No dio tiempo a que el otro dijera nada. Siguió—. En su pantalla tiene usted dos naves —dijo—, una de ellas… —se encaró de nuevo a la pantalla —una de ellas está ligeramente al Este y alrededor… —observó con atención— a unas cincuenta y dos millas de aquí. Y la otra está… —le escocían los ojos. Era, difícil ver claro sobre la pantalla—; la otra está precisamente al oeste del nornoroeste y se dirige hacia el Sudoeste. Está… —volvió a esforzarse para precisar mejor, pero sus ojos no eran lo bastante buenos para aquella clase de ejercicio— a menos de cincuenta y cinco millas —dijo—. Pero no mucho. ¿Los ha capturado?

Hubo una pausa. Luego:

—Sí, están en la pantalla, de acuerdo —confirmó el hombre—. Hemos estado vigilándolos, y no nos gusta su aspecto. No tenemos noticias de ninguna nave en la lista de embarque. ¿Sabe usted algo?

—No responden a las señales de identificación —dijo Mason—. Creemos que son africanas. Quiero que intenten ponerse en contacto con ellas.

—¿Africanas? —explotó el hombre—. ¡Malditos hijos de…!

—De acuerdo —convino Mason—. Ya sé que todavía están demasiado lejos, pero ¿cree que podrá ponerse en contacto con ellos?

—Seguro, es decir, lo intentaremos—. La voz del hombre sonó preocupada—. Pero ese tipo, ese marino… ¿Cowell? ¿Howell? Bueno, algo parecido, nos ha dicho que no intentáramos ponernos en contacto en naves como ésa a menos que ellos intentaran hablar con nosotros. ¿Está seguro de que no le importará?

—No dirá nada —aseguró Mason.

—Bien, de acuerdo. Lo intentaremos —convino el hombre—. ¿Quiere que les enviemos algún mensaje especial?

—Sí —respondió Mason—. Varias cosas. Ante todo, quiero saber quiénes son. Probablemente sean africanos, y es posible que no contesten, pero seguramente escucharán, y eso será lo primero a preguntar. Entonces diles que hemos declarado nuestra independencia de...

—¿Que hemos «qué...?»

—Hemos declarado nuestra independencia de la Unión americana —siguió Mason, positivamente—, que somos una nación independiente y que si ellos traspasan nuestras aguas territoriales nos veremos obligados a hundirles. Sin embargo, diles que nosotros no queremos tomar parte en la guerra, procura ser muy enfático al decir esto. Repítelo por lo menos dos veces. Nosotros permaneceremos estrictamente neutrales en su lucha con América. Y diles que cuando decimos que permaneceremos al margen de la guerra nos referimos a no embarcar acero ni nada más para tierra firme mientras la guerra continúe. Si quieren, pueden asegurarse de esto mandando una embajada con una docena de oficiales como máximo, en una lancha. Los admitiremos y mantendremos la embajada hasta que se hayan establecido las relaciones diplomáticas normales. Envía este mensaje y sigue repitiéndolo hasta conseguir una respuesta.

—Conforme, Mr. Mason —prometió ansiosamente el hombre—. ¡Hum...! me he tomado la libertad de poner en marcha la cinta magnetofónica. ¿Le parece bien que mande el mensaje con su propia voz? ¿En directo?

—Magnífico —aprobó Mason—. Es una buena idea.

—Empezaremos a enviarlo ahora mismo —le aseguró el hombre. Luego añadió—: Mr. Mason, ¿es cierto todo esto? ¿No se trata de algún truco?

—Somos una nación independiente —le dijo Mason—. Y todo lo que he dicho es cierto. Si tenemos suerte ahora, mañana por la mañana todavía seguiremos aquí. «Si» tenemos suerte.

Dejó al hombre con la palabra en la boca al cortar la comunicación.

Entró Kramer. Con él cuatro de sus hombres.

—Todo arreglado —anunció impetuoso—. Y por si te interesa saberlo, el viejo marino no tiene nada más que una úlcera de estómago.

—¿Algún contratiempo? —preguntó Mason.

Kramer dio un resoplido.

—«Nosotros,» no. «Ellos,» tampoco. Son un hatajo de chicos realmente desgraciados.

Mason movió la cabeza. Podía imaginarse cómo se sentían aquellos hombres, una vez Kramer hubo estado con ellos. Bien, no se había producido ningún mal, concluyó.

—Voy a publicar las noticias, Joe —dijo—. ¿Están preparados tus hombres?

—Claro —murmuró Kramer—. No te fatigues, jefe. Pero... —empezó a apartarse—. Será mejor que vaya a reunirme con el grupo. ¿Cómo marchan las cosas ahí abajo? —dijo observando la plataforma donde cuatro de sus hombres seguían todavía montando guardia tras los operadores del sonar v radar.

—Será mejor que les dejemos aquí —indicó Mason—. Pero estos... —indicó a los cuatro hombres de Kramer— no creo que tenga que necesitarlos más. Pueden irse contigo.

—De acuerdo, jefe —sonrió Kramer—. Dio la vuelta sobre sus talones, indicando con un movimiento de cabeza a sus hombres que le siguieran, dirigiéndose hacia la puerta.

Mason esperó hasta que la puerta estuvo cerrada, esperó hasta que oyó chasquear el cerrojo. Luego, dirigiéndose de nuevo al teléfono, volvió a coger el auricular y marcó el número de su despacho.

Al instante Jenny respondió.

—¡Oh! ¡Hola, jefe! —murmuró contenta de oír la voz de Mason—. ¿Qué hay..., cómo marcha todo? No me he enterado de nada. ¿Has llevado a buen fin tu idea? ¿Y Joe, se encuentra bien?

Habría seguido formulando diversas preguntas, miles de preguntas, pero Mason la interrumpió.

—Joe se encuentra perfectamente —dijo—: No ha habido demasiada acción para sentirse más a gusto, pero a pesar de esto se encuentra bien.

—¿Todo listo? ¿Tan de prisa?

—Verás, hemos inmovilizado nuestra propia marina —explicó Mason—. Y hemos hablado con ellos. Esto ha reducido la lucha que hubiera podido haber, creo yo. Ahora ponme en comunicación con todos los altavoces públicos. Ya lo sabe todo el mundo, es pues hora de que nuestra gente lo conozca.

—¿Significan tus palabras que continuamos aquí? ¿Que seguimos realmente aquí?

—Puedes llamarme presidente —dijo Mason con un gesto—. Ahora por favor conéctame con los altavoces.

—En seguida.., sí, en seguida, jefe.

Por un momento la muchacha permaneció silenciosa. Poco después Mason oyó un ligero zumbido que indicaba que los altavoces estaban conectados. La. voz de Jenny se oyó de nuevo, esta vez a través del altavoz que había en la habitación, y del teléfono.

—¡Atención, por favor! —decía, deteniéndose ligeramente— ¡Atención, por favor! Tenemos que comunicarles una noticia importante.

Pudo casi representarse la mirada de soslayo que la muchacha le dirigía al añadir:

—Adelante, jefe.

No pudo evitar una breve carcajada al comprender el gesto de estupor de la muchacha al darse cuenta de que no había cerrado todavía su conexión con los altavoces.

Serenándose, empezó a hablar.

—Mi querido pueblo —dijo. No había planeado decir esas palabras. Había meditado mucho sobre lo que debería decir, pero ése no era el comienzo que él había preparado. Sin embargo, al pronunciar esas palabras, comprendió que eran éstas y no las otras las más adecuadas.

—Mi querido pueblo —repitió—. El gobierno de las Américas Unidas nos ha abandonado. Han permitido que diera comienzo una guerra, una guerra con Africa del Sur, una guerra contra la cual hemos estado aconsejándoles repetidas veces, puesto que nuestro pueblo, nuestra cúpula, no habría podido sobrevivir de ninguna de las maneras. La cúpula McKinley ha sido ya destruida, y por lo menos dos naves sin identificar, podemos suponer que son africanas están maniobrando cerca de nuestros límites territoriales.

»Panamá ha puesto de manifiesto su intento de tomar parte en esta guerra. Para nosotros, esto significaba la muerte y destrucción a menos de que nos separemos inmediatamente de las Américas Unidas.

»Por consiguiente, he mandado sendos cables al presidente Torroba y al Consejo Mundial, declarándoles nuestra independencia y comunicándoles que hemos asumido los privilegios y derechos de una nación independiente. No se me ocurrió ningún medio mejor para procurar salvarnos.»

Hizo una pausa, observando la pantalla. Nada había cambiado Las naves africanas seguían moviéndose algo más hacia el Oeste, acercándose cada vez más a la línea fronteriza territorial. Se deslizaban a lo largo del fantasmagórico borde del campo de minas azulado.

Prosiguió:

—Estamos tratando de informar a las naves africanas de este cambio de Estado —dijo—. Sólo nos resta rogar y esperar que no nos ataquen antes de consultar con Johannesburgo, si bien no podemos estar seguros tampoco de que Johannesburgo reconozca nuestra proclamación de independencia ni nuestra neutralidad en esta guerra. Creo que ellos obrarán con lógica, ante todo porque creo que no son estúpidos y en segundo lugar porque, al colocarnos absolutamente al margen de este conflicto, habremos hecho por ellos todo cuanto habrían conseguido al destruirnos. Sin embargo, puede que ellos duden de nuestra buena fe en este asunto. He hecho cuanto he podido para darles toda clase de garantías, pero la decisión final está en sus manos.»

Vaciló un momento meditando. Podía terminar así sin que nadie pensara que se había dejado algo por decir. Pero había otra cosa que debía decir. Prosiguió :

—No podemos retroceder —dijo a su pueblo—. Hacerlo, es decir, unirnos de nuevo a las Américas Unidas significaría violar las garantías que hemos dado al gobierno africano, sin las cuales, ellos nos hubieran destruido. Y al mismo tiempo, nosotros seríamos los únicos expuestos a los mismos peligros que estamos intentando evitar. Nos colocaríamos de nuevo en posición de peones de ajedrez para un gobierno al que no le importa lo que pueda sucedernos. Para bien o para mal, somos desde ahora una nación independiente. Y así continuaremos.

«Tendremos elecciones libres tan pronto como pueda ser colocada la maquinaria. Hasta entonces, yo seguiré en mi puesto. Espero que todos aceptaréis mis decisiones, y que estaréis de acuerdo conmigo cuando os afirmo que se ha hecho lo único que podía salvarnos. Sincera y honradamente creo que no podía hacerse nada más.»

Las últimas palabras resonaron en los corredores como la voz de un titán. Mason dejó el teléfono en su sitio y se alejó. Ya estaba hecho. Había jugado su última carta, la construcción estaba lista y sólo el tiempo demostraría si había sido bien o mal levantada, y si era sólida o simplemente espejismos.

Lentamente, se dirigió hacia la plataforma. Pesadamente, se sentó. Observó la pantalla..

Las naves africanas seguían todavía allí, como era de suponer. Observó las luces rojas que marcaban sus posiciones. Le escocían los ojos.

Había hecho todo cuanto pudo, se dijo. Todo. Ahora estaba ya fuera de su alcance. Todo dependía de ellos.

Débilmente, resistiéndose al sueño que le consumía, siguió observando la pantalla.

Permaneció allí durante mucho tiempo. Le pareció durante horas. Pero él seguía allí, vigilando todavía, cuando una de las luces rojas se apartó. Por un momento, entonces, no se atrevió siquiera a respirar, y una de las luces comenzó a moverse descendiendo hacia el centro de la pantalla. Se movía lentamente —demasiado lentamente, pensó, para ser un torpedo. Lanzó un profundo suspiro de alivio.

Y fue entonces cuando sonó el teléfono. Sonaba insistente una y otra vez. Una vez junto al teléfono, al descolgar el mismo y contestar pudo comprobar que se trataba del hombre del Control de Tráfico.

—¡Hemos conseguido una respuesta! —exclamó aquél con voz jubilosa—. Hemos recibido una respuesta.

—Sí —susurró Mason—. Sí. Lo sé.

Dios mío, pensó. Lo hemos conseguido. Ahora todo marcharía bien.

De súbito, a pesar de la debilidad y fatiga que le consumía, se sintió perfectamente.

Había una aglomeración de gente en el muelle cuando él llegó para dar la bienvenida a la embajada africana. Lo de la embajada no había sido mencionado por los altavoces, pero de una u otra manera se había difundido la noticia.

Alguien le descubrió, y lanzó un excitado grito, tras el cual todos en masa se quisieron acercar a él. Por un momento estuvo tentado de darse la vuelta y escapar. Pero contuvo tal impulso. Miró rápidamente a los hombres que Kramer le había enviado para que le acompañaran como guardia de honor.

—Levantadme sobre vuestros hombros —susurró—. ¡Rápido!

Aquellos comprendieron. Sonrieron y dos de ellos lo levantaron sobre sus hombros. La muchedumbre se agolpaba a su alrededor, jaleándole calurosamente. Mason les contemplaba, todos vueltos hacia él, con los ojos brillantes de excitación.

No estaba bien, pensó. Les había hecho desesperar. Había destruido su esperanza. Había hecho todo cuanto pudo para convencerles que no tenían Salvación a menos de que le siguieran a él. Debían de odiarle, pensó. Si se dieran cuenta de que él les había hecho mover a su antojo como si hubieran sido simples marionetas, se habrían echado sobre él para destrozarle hasta dejarlo hecho tiras. Era lo que deberían hacer.

Y sin embargo, allí estaban aclamándole, vitoreándole, como al hombre que les había salvado.

Como si fuera un rey, pensó admirado.

Los hombres de Kramer habían formado una cadena al lado de los portadores de Mason, abriéndose paso a través de la multitud. Llegaron al muelle, y una vez allí formaron un cordón para evitar que el gentío se abalanzara sobre él.

Los que le llevaban en hombros se volvieron, enfrentándole con la muchedumbre. Levantó los brazos, en señal de silencio, pero los gritos y aplausos fueron todavía más estruendosos que antes. Luego, al comprender su gesto, callaron.

Tenía que hablarles. No había pensado en esto, pero nada sino unas palabras les satisfaría tanto. Era todo cuanto podía hacer.

—Mi querido pueblo —dijo, levantando la voz tanto como le fue posible—. Mi querido pueblo. No sé cómo expresarme… Yo…

Eso fue todo cuanto pudo decir antes de que la nave africana surgiera en la superficie, en medio de la laguna.

La multitud prorrumpió en gritos.

XII

Mucho después, una vez de regreso en su despacho, Jenny le salió al encuentro a la puerta. Antes de que tuviera siquiera tiempo de moverse, la muchacha le echó los brazos al cuello y le besó. Luego, con la misma rapidez, se soltó.

—¡Oh, jefe! ¡Ha sido maravilloso!

—¿Lo has presenciado?

—Naturalmente. ¡Oh, jefe! ¡Todo ha sucedido de la manera más adecuada!

—Hemos tenido muchísima suerte —admitió él, fatigadamente—. Más de la que nos merecíamos. —Lentamente atravesó la habitación —. Que suban a Powell —dijo desde la puerta de su despacho—. Más vale que solucione este asunto.

Desapareció en el interior de su despacho. Hizo todo lo humanamente posible para evitar pensar en la manera en que la muchacha le había recibido. No tenía ninguna importancia, se dijo, intentando convencerse. Ninguna en absoluto.

Sin embargo, siguió pensando en aquello.

Dos de los hombres de Kramer entraron en su despacho acompañados de Powell. Aquellos aparecían serios y vigilantes como si opinaran que Powell era peligroso. La idea era tan descabellada que Mason no pudo evitar una sonrisa cuando despidió a los guardianes. Estos, salieron del despacho de mala gana.

—Siéntese, comandante —invitó.

Powell apenas se movió. Su boca era una estrecha raya y sus ojos mostraban una horrible amargura. Permaneció de pie, erguido, ligeramente inclinado hacia adelante como si todavía le doliera allí donde Kramer le había golpeado. Parecía haber envejecido.

—¿Qué quiere de mí? “preguntó. Su voz producía el mismo ruido que las hojas secas al ser pisadas.

—Ante todo, me gustaría verle tranquilo —dijo Mason razonablemente. Dirigió los ojos al sillón vacío al lado del anciano—. Se está perjudicando usted mismo y no a otro —señaló—. Siéntese.

Powell continuó inmóvil.

—Es mi prisionero —le recordó Mason.

La boca de Powell se torció en una amarga mueca, pero se sentó. Dobló los brazos y esperó.

Mason seguía tranquilo. No iba a dejarse irritar. Powell no era. lo bastante importante. Se inclinó hacia adelante, sintiendo el borde de

la mesa contra sus costillas inferiores. Se sentía brutalmente fatigado. La sola visión del sofá al otro extremo de la habitación era una. poderosa tentación.

—Sólo pretendo estar seguro de que ha comprendido cuál es su situación aquí —explicó Mason—. Usted es un miembro de las fuerzas armadas de una nación en guerra. Nosotros somos un país neutral, y seguiremos siéndolo. Por consiguiente tendremos que conservarle a usted y a sus hombres en custodia. Trataré de que su internamiento sea lo más cómodo y confortable posible, pero deberá usted recordar que no es muy popular por aquí, que digamos No se trata de nada personal, naturalmente, sino del uniforme que viste.

Powell le dirigió una mirada amenazadora.

—Probablemente no será para mucho tiempo —prosiguió Mason —. Creo que la guerra quedará resuelta en dos o tres semanas, sólo el tiempo preciso para que su país y los africanos descubran que ambos han perdido todo aquello por lo que luchaban. Entonces les dejaremos regresar a su país. Mientras… —dejó la frase por terminar—. Quiero disculparme por la manera que les trataron mis hombres. Fue en contra de mis órdenes, y no pude evitarlo. Lo siento.

Powell consiguió articular entonces algunas palabras.

—No irá muy lejos —prometió. Sus mandíbulas temblaban—. Nosotros les invadiremos. Les someteremos en menos de una semana, ¡He de verle colgando con una soga al cuello!

—No opino igual —respondió Mason—. Será algo difícil invadir nuestro territorio, por una razón. Todo cuanto tenemos que hacer es permanecer con las compuertas de entrada del puerto cerradas y nadie podrá entrar. —Sonrió—. Al menos, no sería tan fácil.

—¡Les bombardearemos mandándoles al propio infierno!

Hablaba airadamente, y Mason se acordó de los profetas barbudos con los puños lijados por grilletes y los brazos en alto. Pero aquello no tenía ninguna importancia. Era la amenaza de un soldado, un hombre cuya única respuesta a un problema era la violencia. Y aquello no era más que una amenaza sin fundamento, pensó Mason tranquilo.

—Probablemente amenazarán —admitió—. Pero eso será todo. No iban a ganar nada bombardeándonos. Si obran como hombres inteligentes, como creo que son, comprenderán que es mucho menos caro y más provechoso establecer relaciones comerciales entre las dos naciones, y dejarnos mantener nuestra independencia.

Powell explotó.

—Debemos mantener el honor de la nación —expuso—. Panamá no puede permitir que ustedes sigan adelante de la misma manera que

no permitiría que el asesinato al presidente quedara sin venganza.

Era capaz. Mason movió la cabeza.

—Sí, en efecto —admitió—. Esto no es más que un juego. Pero hay algo que no creo que usted sepa. Cada una de las cúpulas africanas ha hecho lo mismo que nosotros, igual que todas las americanas. Cada uno de nosotros es ahora una nación independiente. Creo que esto varía un poco el aspecto de las cosas.

Powell no comprendía. Su rostro mostraba bien a las claras su incredulidad. Mason se explicó:

—Comprenda, ahora ni uno ni otro lado tienen derecho a reclamar como suyo el vanadio de McKinley. Por el lado de América porque la cúpula de McKinley ha sido destruida, y por la de Africa porque la cúpula de Jan Christian no forma ya parte de su colonia. Y mientras nosotros permanezcamos independientes, ninguno de ellos puede reclamar nada, por esto, creo, estoy seguro, de que aunque ellos no puedan obtenerlo, ni Panamá ni Africa permitirán que el otro lo consiga. Orgullo nacional, comandante.

Powell parpadeó, pero se mantuvo rígido como una piedra. Aquel dardo, por lo menos, había dado en lo vivo.

—Por consiguiente —prosiguió Mason— creo que Panamá soportará la independencia de las cúpulas africanas y Africa la independencia de las americanas. Será en beneficio de sus respectivos intereses. Nosotros nos hallaremos aislados en medio de las cosas por un tiempo, naturalmente, y ellos no serán, desde luego demasiado educados unos con los otros. Pero no creo que haya ninguna lucha, puesto que nosotros hemos anulado todo lo que valía la pena de ser motivo de lucha. Ahora, permanecerán alejados unos de otros. No creo que nos toquen.

—Ya lo veremos —murmuró Powell testarudo. Había dejado de prestarle atención desde hacía rato, comprendió Mason. Era como una estatua cubierta de hielo.

—Sí —convino Mason, sin preocuparse—. Ya lo veremos.

Se echó hacia atrás, sintiendo de nuevo aquella debilidad en sus huesos. Y aquel dolor en los pies.

—Lamentaría parecerle brusco ahora —se disculpó— pero... bien, ha sido una larga jornada la de hoy—. Apartó los ojos de Powell, y llamó—. ¿Jenny?

La voz de la muchacha le respondió en seguida.

—Aquí estoy, jefe.

—Di a los muchachos que pueden entrar —dijo—. Hemos terminado.

La puerta quedó totalmente abierta casi antes de haber terminado de hablar. Los dos hombres entraron en la habitación. Tiesamente, Powell se puso de pie sin que nadie le ordenara hacer tal cosa. Los dos hombres le agarraron por los brazos.

—Esto no ha terminado todavía —prometió Powell, con voz afilada—. Usted puede haber comenzado algo, pero nosotros seremos los últimos en hablar en este asunto. Nosotros...

—Creo que esto «está» terminado —dijo Mason.

Los dos hombres sacaron a Powell de la habitación.

Y eso fue todo. Se dejó caer nuevamente en la silla, dejando que la debilidad de su cuerpo le fatigara con el conocimiento de que todo el trabajo estaba hecho ya, y bien hecho. Era una sensación agradable.

Sólo la cúpula McKinley había sido bombardeada, y ahora todas las demás estaban a salvo. El Consejo Mundial había ido aprisa en confirmar sus respectivas independencias. Panamá y Johannesburgo seguían manteniéndose en silencio. Más tarde, tal vez se dejaran oír un poco, pero eso sería todo. Prácticamente hablando, la guerra estaba terminada. Panamá y Johannesburgo habían perdido, y los pueblos de las cúpulas marítimas —su pueblo— habían vencido.

Mañana, pensó.

Mañana se ocuparía de brindar un gobierno para todas las cúpulas. Por sí sola, cada cúpula era algo débil y carente de poder. Posteriormente, una vez pasada la crisis de la guerra, podían ser sometidas una a una, reclamadas por las naciones de tierra firme. Pero combinadas con la federación que él tenía en proyecto, las cúpulas africanas y americanas juntas, podrían mantener un convenio decisivo de carácter diplomático económico. Había controlado por mucho tiempo una parte de la producción mundial de mineral en bruto.

Pero de eso se ocuparía mañana. Por hoy era suficiente.

Por esto ahora era posible pensar en mañana. De pronto recordó cada una de las horas que acababa de pasar, e hizo sus planes. Ahora podía tomar lo que se había hecho y construir con ello lo que quisiera.

Todos lo seguirían, fuera donde fuere. Continuarían siguiéndole.

«¿Y Jenny?», pensó.

Tenía que hablar con ella, decidió. Hablar seriamente. Hacía dos años que ocupaba aquel puesto en la antesala de su despacho. Más de dos años, desde que él regresó de la Luna. Se había acostumbrado a verla siempre a su alrededor. Sería muy distinto si llegase un momento en que no estuviera allí. Debía haber hablado con ella desde hacía tiempo, se dio cuenta, pero siempre había tenido algo urgente por hacer.

Ahora, por fin, tendría el tiempo necesario.

Jenny era más joven que él, pensó. Pero... no, no tanto como para que lo suyo fuera imposible. Valía la pena de intentarlo. Un hombre que no se atreve a arriesgarse por las cosas que merecen la pena, bueno, un hombre así no importa que deje de respirar. Y en realidad no creía que Joe significara una dura rivalidad, una vez él se presentara como candidato.

El no opinaba así, desde luego. Pero las mujeres suelen ser independientes ante cuestiones de ésas.

«Mañana, se prometió. Mañana».

—¿Jenny? —dijo, en voz alta.

—Aquí estoy, jefe —respondió la cariñosa voz de la muchacha, feliz como pez en el agua.

No era justo que alguien tuviera que permanecer trabajando después de una jornada como aquélla, pensó.

—Deja el trabajo —le dijo—. Vete a casa. Yo me voy a tomar el fresco.

—¿Quién se ocupará del trabajo? —quiso saber ella.

—¡Al diablo el trabajo! —gruñó Mason.

Jenny echóse a reír. Le gustaba oír aquella risa. Sonrió a pesar suyo.

—Adelante, jefe y procura descansar —le dijo—. Yo guardaré las barricadas. ¡Dios mío! ¿Quién es capaz de dormir en una ocasión como ésta?

—Yo mismo, Jenny —dijo. Movió la cabeza—. Te lo juro, honradamente. Yo mismo.

—¿Y quién te priva dé hacerlo, jefe? —preguntó—, ¡Que duermas bien, jefe! Si alguien se lo merece ése eres tú.

Hubiera querido discutir aquel punto. Él no tenía por qué merecerse nada. Había engañado, planeado y organizado el derribo del gobierno legítimo. Dejó a su pueblo acorralado de tal manera que la única esperanza de salir vivos fuera siguiéndole a él. No había nada de qué sentirse orgulloso.

Cualquier otro, pensó, cualquier otro en su lugar podía haber hecho algo más sensato y honorable.

Pero él no podía discutir esto con nadie. Ni siquiera con Jenny. No, ahora no, cansado como estaba, ni mientras siguiera siendo el jefe de su pueblo.

—Gracias, Jenny, gracias —dijo, confundido—. Sólo deseo que sea cierto.

Y entonces, antes de que ella pudiera empezar el más ligero

murmullo de protesta, cerró el teléfono interior.

—Buenas noches, Jenny —dijo, deseando poder decir mucho más. Cerró el interruptor.

Se levantó de la mesa. Observó los mocasines que calzaban sus doloridos pies y cruzó la sala en dirección al sofá. Se echó sobre el mismo.

¡Dios mío, qué fatigado estaba!

Mañana —se dijo—. Tenía mucho que hacer mañana.

Se quedó dormido.

SEGUNDA PARTE

MI CASA EN ORDEN

I

El acero y paracero de la cúpula Rickover retumbaba como un tambor a causa del estruendo y ruido originado del tercer cambio de turno del día.

Los canales iban llenos de botes y flotadores, y los paseos estaban rebosantes de humanidad. Las voces, y el arrastrar de pies y el gruñido de las potentes electroturbinas, así como el chapoteo del agua hacía, de la cúpula un organismo casi viviente, latente, a dos millas de profundidad en el mar.

Era casi como si, pensó Barret Macklin, ni hombres ni mujeres se atrevieran, a permanecer donde él estaba. Como si algo les asustara, obligándoles a moverse, a trasladarse, como antílopes amenazados en una colina. Pero en realidad sólo se dirigían a sus hogares.

Escapando, pensó apasionadamente, de la seguridad común de aquella enorme cúpula de acero hacia la protección privada de sus casas.

Le gustaba aquello. Por un lado, uno de los principales productos de «Aceros del Fondo del Mar» eran los caparazones para aquellos hogares. Por otro, un hombre podía ser su propio jefe, viviendo bajo un techo de su propiedad. Ahora bien, como es natural, el peso del mar destrozaría una casa mal construida; ése era el riesgo de aquellos hombres. Fundamentalmente, era un riesgo que todo hombre debía afrontar, el ineludible riesgo de la muerte por el simple hecho de estar vivo.

Salió de la laguna de aparcamiento, introduciéndose en el apretujado tráfico. Botes y embarcaciones pequeñas se apiñaban a su alrededor, rozándole ligeramente. El agua clara se encrespaba y agitaba.

El abundante tráfico pareció atraerle, aprisionarle. No podía moverse más que cuando toda la masa de vehículos que le rodeaba lo hacía a su vez. Condujo a lo largo del Canal Mason despacio, conservando su sitio y procurando alejarse de la enorme multitud que le rodeaba.

Lentamente, el canal tomaba el camino de la ciudad. Las amplias y espaciosas lagunas de ¡aparcamiento a cada lado y más allá de las lagunas los repletos paseos y los establecimientos dejaban ver sus anuncios y nombres luminosos.

Era, pensó Macklin, un lugar agradable donde trabajar y vivir. Se preguntó cuánto tiempo estaría allí.

En la puerta al monumento de McKinley, las lanchas daban un rodeo de un cuarto de milla. Se acercó a la acera, la electroturbina paró. Las grandes formas, suaves, se mecían perezosamente bajo el agua, rozándose entre sí, impacientes. Poco a poco sostenido por la gradual corriente de agua, iban acercándose al portal.

Mientras esperaba, reflexionó sobre lo que había estado confundiéndole durante toda la tarde.

Todo había empezado en su despacho con una llamada telefónica. Cuando el teléfono llamó, él estaba repasando un proyecto de mercado en un barrio de caparazones, bastante pésimo, a causa de la situación internacional. Puso la señal de conformidad y se acercó a la cabina telefónica para recibir aquella llamada.

La imagen de un joven delgado, negro, apareció ante él. Macklin se rozó la frente con la mano a guisa de saludo. Se preguntaba quién debería ser aquel hombre.

—Buenas tardes —saludó.

—¿Mr. Macklin? —preguntó el negro.

Macklin movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y usted?

—Soy Vincent Nxumalo —repuso el negro—. Mister Finletter me ha rogado que le llamara, para preguntarle si estaría en casa esta tarde.

Macklin pasaba casi todos los atardeceres en su casa, durante aquellos días.

—Pues sí. Supongo que estaré allí —admitió—, Pero... ¿Mr. Finletter? —Se preguntaba si se trataba del hombre que él pensaba.

—Mr. Henderson Finletter —confirmó Nxumalo—. Del Departamento de Asuntos Exteriores. ¿Puede llamarle pues al anochecer a su casa?

—¿A casa? —Macklin arrugó la frente. Por lo general casi ningún hombre tiene asuntos de trabajo o visitas relacionadas con ello, en casa—. Supongo que sí —consintió—. ¿Pero, por qué allí precisamente?

—Mr. Finletter no me lo ha dicho —le explicó Nxumalo—. ¿Así, pues, estamos de acuerdo?

—Sí —afirmó Macklin, complaciente, pero al propio tiempo confundido—. ¿A qué hora?

—Le iría bien a las 20,30? —sugirió Nxumalo.

—¿Greenwich? —preguntó Macklin, para asegurarse y al afirmar Nxumalo—. Le esperaré a esa hora, pues —confirmó Macklin.

—Así se lo diré —dijo Nxumalo—. Gracias, míster Macklin. —Rozó

la frente con la punta de los dedos en señal de saludo y un instante después su imagen había desaparecido.

Barret Macklin regresó a su mesa de trabajo, muy aturdido. No podía imaginar la razón por la cual un hombre de categoría tan elevada como Henderson Finletter quisiera hablar con él.

Durante todos aquellos años de contacto por cuestiones del negocio, con el Departamento de Asuntos Exteriores, nunca había tenido que tratar con nadie de tanta categoría.

Ahora, inesperadamente, Finletter deseaba verle.

No podía imaginar la razón.

De no haber sido por la llamada telefónica de Finletter, hubiera permanecido en el despacho trabajando por lo menos una hora más. Tal vez dos, a pesar de la advertencia del doctor Kaunda. Después de su operación, el trabajo se había ido acumulando.

La hilera fue avanzando. Por fin llegó su turno en el portal. La luz brillaba verde, y condujo adelante hacia el interior del túnel. La primera compuerta se cerró detrás de él. Delante, la próxima so levantó. Atravesó. El nivel del agua comenzaba a subir.

Dejó entrar su vehículo hasta que la ventana estuvo a flor de agua. Más puertas iban abriéndose para dejarle paso y se cerraban luego ˆtras él. El agua seguía subiendo. Las pequeñas olas robaban el techo del túnel. Macklin dejó seguir a su bote.

Luces semiocultas iluminaban el agua, y ésta era clara como el aire. El túnel estaba ahora completar mente lleno, y las compuertas producían extrañas deformaciones en su visión cuando se alzaban para dejarle paso. Observó el salpicadero. La aguja del manómetro se movía rápidamente.

Entonces se abrió la última compuerta. Ya estaba fuera.

Todo era oscuro. Arriba en cualquier lugar, sobre la extensión de hielo flotante, era de día, el largo e interminable día del verano del Ártico. Pero eso no cambiaba nada Allí en la profundidad del mar, bajo la masa de hielo, el sol no brillaba nunca. Su luz no penetraba jamás, y toda la que allí había era obra del hombre. Ni siquiera las bestias que irradiaban luz en las profundidades llegaban tan abajo.

Ni tan al Norte.

Llevó su nave hacia el nivel de unos mil pies, y las luces de los suburbios se ofrecían ante él como tierra en fiesta donde los haces luminosos rastreaban el cielo. Maniobrando con cuidado, las boyas de las zonas residenciales centelleaban guiñándole, cada una con su propio paso y secuencia de colores. Más débilmente, la luz opaca, difusa de las ventanas de las casas parecían como niebla en el fondo

del mar. Más arriba, casi a su nivel, el camino paraba suspendido sobre pilones con luces que brillaban como unos vivos y fríos fuegos. A su ¡alrededor, las movibles luces de otras naves submarinas brillaban con fulgor.

Entró en la ruta suspendida de Augusto y Jacques Piccard. Las luces balizadoras se extendían frente a él, en forma de flecha hacia la carena del Norte de Leffert. Las luces del tráfico oscilaban frente a él y danzaban como sombras que se ocultan unas a otras.

Ajustó el propulsor a una inclinación adecuada y abrió el reactor. La turbina entró en actividad. Rugía. Las luces de los paseos suspendidos centelleaban ahora detrás de él. Las de la montaña de Leffert enfrente. Ajustó los timones de profundidad para una ascensión larga y suave. La cima de la montaña desaparecía.

Luego quedó atrás, y, bruscamente, el sitio por donde había pasado iba oscureciéndose. Todo el otro tráfico se había dispersado, y sólo algunas luces rompían la oscuridad. Las luces de los paseos suspendidos parecían una ristra de cuentas brillantes y espaciadas hasta que se desvanecían en la distancia, en dirección a Lomonosov Ridge y a través del océano Ártico hacia el estrecho de Bering.

Macklin fue descendiendo y girando a la izquierda entre dos de los pilones. Orientándose por una de las luces de la cima de la montaña se dirigió a su casa.

No era un lugar perfecto para vivir, allí, al otro lado de la montaña de Leffert. El tráfico en aquella área era siempre ligero, naturalmente, y además no tenían impuestos sobre aquellos territorios. Y si los de tierra firme comenzaran una guerra, se tenía mejor posibilidad de subsistir viviendo lo más alejado posible de la cúpula.

Pero eso era todo. Ya que el punto más cercano de la montaña distaba cinco millas de la cúpula, y la gente que habitaba tras aquélla estaban en campo libre. Ni la ciudad ni la Liga de las Profundidades estaban legalmente capacitadas para procurarles una protección política efectiva.

Los de tierra firme se aprovechaban de esto. Alegando que perseguían el contrabando y amenazando con bombardear todo cuanto hallaran a su paso si no eran admitidos, entraban en las casas particulares a la fuerza, las saqueaban y, con bastante frecuencia, se llevaban prisioneros a sus habitantes.

Macklin no había podido llegar a comprender nunca porqué obraban así, ni se preocupó demasiado por saberlo. Era simple piratería, naturalmente, pero él creía que era sólo una parte más del roce amargo y sinfín entre la Liga y las naciones de la orilla. Había

sido así casi podría decirse desde la Independencia.

En cuanto a su casa, si las incursiones hubieran sido más frecuentes, no habría siquiera tenido la más remota intención de construir su hogar detrás de la montaña de Leffert. Pero los de tierra firme sólo se acercaban de vez en cuando, estando a veces semanas o un mes sin que sucediera ningún incidente. Y a decir verdad cuando esto sucedía no acostumbraban acercarse a la cúpula Rickover; la que estaba más cerca de tierra firme distaba de ella, por lo menos, mil doscientas millas.

Por consiguiente, Macklin opinaba que el riesgo de que su hogar fuera saqueado era muy pequeño. Muy pequeño. Y eso era todo cuanto un hombre podía esperar en aquel mundo.

Las balizas de la cima de la montaña quedaban detrás. Descendió con su nave al nivel de los cien pies y conectó las luces de orientación. Bajo él, el mar era un laberinto de enredadas rocas. Continuó conduciendo con lentitud, buscando las señales de tierra. Cuando las encontró, a su izquierda, distinguió la enorme losa de roca negra que defendía su casa.

Como una nave que lucha contra el viento, sobresalía del fondo del mar. Se dirigió a ella, descendiendo con lentitud enfocándola con sus faros luminosos como si fueran tentáculos. Y allí estaba su casa, abrazada cómodamente al pie de aquel negro y salvaje monolito. Sus luces brillaban como joyas preciosas.

Frenó casi hasta pararse, comprobó su orientación y se acercó. Una vez cerca, el contorno iluminar do de la vivienda se veía bien claro. Las luces surgían cálidas a través de las ventanas. Delante, agrupadas como adoradores postrados, estaban las compuertas que daban paso a los garajes submarinos. Entró en una de ellas, maniobrando poco a poco, reduciendo velocidad. Depositó en el fondo su bote. Casi no había corriente, y no tuvo ninguna dificultad en poder aparcar al primer intento. Paró el reactor. La turbina fue parando hasta quedar en silencio.

Casi instantáneamente, los dos segmentos de la cúpula se alzaron a ambos lados, con los bordes con muestra de aceite. Las piezas se unieron sobre su cabeza, cerrándose y sellándose. A la vez, el agua iba escurriendo a su alrededor. Abrió las válvulas de expulsión de sus tanques.

Cuando el agua hubo descendido bastante, abrió la compuerta y salió. Atravesó por el estrecho paso del puente y bajó seis escalones, resonando sus pasos con un sonido extraño, como cuerdas desafinar das, al pisar el metal. Abrió con la llave la pesada puerta a presión y

entró en el túnel.

Estaba en casa.

II

La llamada de Henderson Finletter llegó poco antes de las 20,30 h. Macklin había tomado una cena ligera y se había leído buena parte de las últimas noticias, cuando sonó el timbre por segunda vez aquella tarde. Observó el reloj y supo que debía ser Finletter. Se dirigió hacia el túnel para dejar entrar al visitante.

Finletter no tenía aspecto de un diplomático de alto nivel. Era un hombre de anchas espaldas, duras mandíbulas y macizo. Sus ojos estaban colocados en un rostro achatado. Sus cabellos moteados de gris dejaban ver ligeramente la parte superior del cráneo. De no haber sido por la ropa en la que se adivinaba una calidad y coste caro, podía habérsele tomado por un cargador de los muelles.

Macklin le saludó, y juntos recorrieron el tramo hasta la casa. Aguardaba con impaciencia que el hombre le explicara por qué había ido a verle, pero Finletter sólo decía las frases de cortesía habituales. Subieron las escaleras hacia la vivienda familiar, y una vez allí Macklin tomó el abrigo de Finletter y le ofreció una bebida. Finletter cogió una silla y se sentó. Estuvo moviéndose de aquí para allá hasta que hubo encontrado la posición deseada. Macklin le entregó el vaso de bebida y se preparó una de suave para él.

Finletter bebió y comenzó a hablar.

—Supongo —dijo— que debe estarse preguntando porqué estoy aquí. —Se apoyó hacia atrás. Cruzó los tobillos—. Supongo también —prosiguió— que desde que habita en este lugar debe estar bien informado con respecto a las escaramuzas de los de tierra firme.

—Razonablemente bien informado —dijo Macklin—. Hoy mismo dos tipos más se han llevado a tres hombres y una mujer. Lo he considerado más como una molestia que no una seria amenaza.

—Sí —convino Finletter—. Han tenido mucho cuidado en este aspecto. Ha habido bastantes escaramuzas para hacernos vacilar en levantar nuestros hogares fuera del límite de cinco millas, pero no tanto como para justificar intentar detenerles mediante una guerra. Todo cuanto podemos hacer cuando ellos se llevan a gente nuestra a tierra firme es tratar de negociar diplomáticamente para conseguir su libertad.

Hizo una pausa y bebió un poco.

—Naturalmente es piratería —dijo entonces—. Si nuestras patrullas pudieran cazarles con las manos en la masa, podríamos hacerles estallar.

—Las patrullas no les cazan con mucha frecuencia —señaló Macklin.

Finletter sonrió levemente.

—Sí, así es —concedió—. Pero dese cuenta de que es bastante arriesgado para ellos tomar una decisión de ese tipo si lo único que están buscando es contrabando.

Macklin estaba aturdido. Aquello era una completa revolución para él, pero —ahora que pensaba en ello— tenía sentido.

—Lamento no haber pensado en esto —admitió—. Probablemente tenga usted razón.

—No hay ninguna duda —le dijo Finletter—. Están tratando deliberadamente de mantener nuestras ciudades dentro del límite de expansión de las cinco millas.

—¿Por qué? —se preguntó Macklin.

Fue todo lo que se le ocurrió decir. Con tanto espacio en el mar sin ocupar, aquella idea le parecía algo fuera de razón.

Finletter dejó el vaso sobre la mesita.

—Están asustados —explicó—. Asustados de que habitemos en casas particulares extendiendo así nuestro territorio. Comprenda; ya tenemos la independencia de todo el territorio dentro de cinco millas de nuestras cúpulas. Ese es un principio reconocido y aceptado por cada uno de los gobiernos del globo. Antes de la independencia eran cincuenta millas —en realidad fueron esas cincuenta millas el motivo de la Guerra de las Profundidades. Por esta razón, tan pronto estuvimos en una posición de poder, fue reducida— probablemente la última cosa de valor que realizó la Comisión del Fondo del Mar, pero falló. Ahora... ahora parece que no fue una idea demasiado feliz, nunca pudimos imaginar que habría batiscafos particulares, o que alguien pudiera desear poseer su casa privada fuera de las cúpulas.

Macklin recordó haber leído algo relativo a que Finletter había sido en un tiempo abogado. Podía creerlo. Todo lo que había podido deducir por la charla del hombre hasta aquel momento era que su visita estaba relacionada, de alguna manera, con las escaramuzas de los de tierra firme así como con el límite de las cinco millas. Sin embargo la conexión que pudiera existir entre ambas cosas no era tan ciara.

—Ninguno de los documentos concernientes a la independencia de las profundidades —prosiguió Finletter, señalan la medida mínima de una cúpula. En teoría, sin embargo, y según la ley internacional, una casa particular podría ser el fundamento de una zona de independencia o soberanía.

Macklin creyó comenzar a comprender.

—¿Por esto está usted aquí? —preguntó—. ¿Quiere usted emplear este lugar...?

—¡Por Dios, no! —respondió rápidamente Finletter. La soberanía, compréndalo, no es simplemente una ficción legal. Envuelve entre otras cosas, la habilidad y buena voluntad para defender aquel territorio cuya independencia se reclama. Por consiguiente, estaríamos obligados a defenderlos —a su zona— o perder el derecho que se reclama.

Macklin se sentía humillado. Había comprendido mal.

—Bien, no me preocupan demasiado —dijo, no muy convencido—. Y la posibilidad de que lleguen aquí no es mucha.

—Mientras no se declare la soberanía, puede que tenga usted razón —convino Finletter—. Pero, si usted reclamara la soberanía del terreno a su alrededor, y como ciudadano tiene perfecto derecho a hacerlo, aunque no estamos necesariamente obligados a hacerlo oficial. Pero si usted hiciera esto, los de tierra firme se negarían a reconocer su demanda. En realidad, lo considerarían un desafío, un desafío que no podrían permitirse el lujo de ignorar.

Macklin no se había entretenido nunca en intentar comprender a los políticos internacionales. Los actos de las naciones con frecuencia solían parecer que estaban basados en presunciones irracionales. Pero aquí, aparentemente, había algo que le afectaba directamente, y por lo visto era algo relacionado con la visita que Finletter le había dispensado.

—Temo que no comprendo bien —confesó.

Finletter bebió de nuevo y dejó el vaso.

—Han estado invadiendo zonas sin reclamar por nuestros ciudadanos —dijo— para desalentar a la mayoría de nuestro pueblo evitando así que salgan de aquí. Quieren evitar que reclamemos territorio basándonos en los derechos de las casas particulares, lo cual pondría a nuestro alcance el poder de reclamar tanto territorio submarino como nuestra Marina pudiera, justa y legalmente, controlar. Podríamos ejercer control en los movimientos de cada una de las naves que hubiera en el agua. Podríamos cercar sus cúpulas —dejarlas morir— y anexarlas a nuestra liga. Todo eso es lo que ellos temen.

¿Pero, qué motivos tienen para pensar así?

—preguntó Macklin. Era algo horroroso sólo imaginarlo.

—Si creyéramos que podríamos hacerlo, lo hariamos —le dijo Finletter positivamente—. Usted olvida que la única razón del éxito de

la Independencia de Mason fue porque las principales naciones de tierra firme dependían de nosotros en cuanto se refiere a sus materias primas. Podrían habernos destruido en cualquier ocasión. No lo hicieron porque tenía más sentido comerciar con nosotros. Pero ahora que tierra firme tiene de nuevo cúpulas propias, nuestra posición es más débil. Ellos tienen ahora sus propias fuentes de suministro. Y nunca se han mostrado totalmente de acuerdo con nuestra independencia nacional. Les gustaría reconquistarnos. Nuestra única defensa es que, mientras ellos se preparan para destruirnos, nosotros hagamos lo propio hasta llegar a poder destruirles. En consecuencia, tenemos un mate ahogado.

Era algo infinitamente desalentador, pensó Macklin, estar sentado tranquilamente en la paz de su hogar, oyendo hablar a aquel hombre fríamente la destrucción de las naciones. Y Finletter todavía no había dicho por qué estaba allí.

—Por consiguiente —dijo Finletter— no hemos hecho ningún intento de demanda de terreno sobre la base de las casas particulares. Mientras la situación actual continúe, no nos atreveremos a hacerlo. Los de tierra firme desafiarían cualquier intento de reclamación en este sentido —nos invadirían— tendrían que hacerlo. Y según la ley internacional, tendríamos el derecho de interceptar cualquier nave extranjera que penetrara en esta zona. Prácticamente hablando, tendríamos que hacerlo o bien perder el derecho a la demanda. Tendríamos una ventaja, naturalmente no habríamos de esperar a que ellos cometieran un acto de piratería antes de atacarles, como hacemos ahora. Pero los de tierra firme puesto que no reconocerían nuestra demanda, negarían nuestros derechos a ésta. Por cuanto a ellos concierne, esto sucedería en caso de que nuestras naves abrieran fuego contra las suyas, en alta mar, y sin provocación. Para exponerlo brevemente, pues, tendríamos en nuestras manos un serio incidente, que podría conducimos a la guerra. Y nosotros no deseamos la guerra.

Macklin trató de adivinar un ligero destello de humor en la situación.

—De acuerdo, pues —dijo—. «No reclamaré» las cinco millas que me rodean. ¿Es eso lo que usted desea?

Finletter sonrió.

—Sigue usted preguntándose el motivo de mi visita —señaló irónicamente—. No, no es eso, tampoco. No creemos que los hombres sean peones de ajedrez.

Levantó el vaso; los trocitos de hielo tintineaban al bailar dentro del vaso. Macklin se levantó, cogió el vaso v se dirigió al bar. Finletter

siguió hablando mientras él lo llenaba.

—Formo parte de la dirección de una delegación a Panamá —dijo —. Vamos a intentar hacer un trato con ellos, principalmente con la Unión Americana. Son los únicos que tienen el control en sus manos. Las demás naciones les siguen. Nuestras posibilidades de éxito no son muchas, pero vamos a intentarlo.

Hizo una pausa. Macklin regresó del bar con el vaso en la mano.

—Quiero que forme usted parte de mi plantilla —dijo Finletter.

Macklin concentraba toda su atención en no derramar la bebida. Entregó el vaso a Finletter y fue a sentarse en su silla. Su vaso estaba todavía a la mitad.

—¿Por qué yo? —quiso saber.

Finletter bebió un poco y dejo el vaso a un lado.

—Los mezcla usted muy bien —dijo. Se echó hacia atrás, con las manos en el regazo y los dedos entrelazados—. Ciudadano Macklin —dijo—, un hombre inteligente no pretendería tener una explicación detallada y minuciosa de todos los factores de la situación. Tal vez un hombre realmente grande podría tener esa liberalidad de forma de pensar, y el valor de actuar de acuerdo con ello, pero con todos los debidos respetos para el Director Luthuli, nosotros no tenemos un gran hombre al frente del gobierno de nuestra nación. Es un hombre competente, muy capaz, pero eso es todo. Por esto…

Hizo una pausa y observó intencionadamente a Macklin, como un gato que se prepara a saltar.

—El selecciona a los hombres que han de ayudarle —dijo—. Yo soy uno de esos hombres. Intelectualmente, nuestro trabajo es el mismo que el que haría un gran hombre. No lo es, claro está, pero es lo mejor que podemos hacer. Ahora pues, creo que tiene un conocimiento exacto y experiencia que puede sernos de utilidad. Por esto deseo que entre a formar parte de mi plantilla.

Macklin se sintió obligado a objetar:

—Yo no soy diplomático —protestó—. No sé nada de todo eso.

Finletter hizo un ligero gesto con la mano.

—Diplomacia —disertó— es como cualquier otra cosa, todos son muy educados, pero la gente se estrangularía entre sí igual que los demás. La única diferencia es que por lo general el dinero no interviene. Pero éste no es el motivo por el que le he escogido. No. Sino simplemente porque los de tierra firme insistirán en la falsedad de que sus invasiones sean debidas a que van detrás del contrabando, esas charlas envolverán asuntos de comercio. En realidad, por cuanto al público concierne, eso es todo lo que será —una conferencia de

relaciones comerciales entre nuestros países. Y sobre el campo del comercio, política de negocios, restricciones y problemas, su conocimiento de primera mano y su experiencia serán muy útiles para nosotros. No habría pensado en darle la autoridad para conducir por sí mismo las negociaciones, al menos no inmediatamente. Pero usted puede ayudarnos enormemente.

Macklin le escuchaba. Era algo que él podía hacer, de acuerdo. Como Finletter le había explicado era un trabajo para el cual había estado preparándose casi durante toda su vida.

Pero, lamentándolo, respondió:

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

Finletter quedó sorprendido, asombrado.

—No deseo una respuesta inmediata —protestó—. ¡Por favor! ¡Medítelo!

—No hay nada que meditar —dijo Macklin—. Si tuviera la oportunidad de hacerlo, lo haría… si usted creyera que podría serles de ayuda. Y me sentiría complacido por ello. Pero…

Finletter levantó la mano haciéndole callar.

—No se moleste —concedió—. Ya sé que ha estado ausente de su despacho la mayor parte de este mes. Es natural que desee dejar sus asuntos al día. Pero esas conversaciones no comenzarán hasta el mes de octubre. Por entonces, puede usted haber dejado todos sus asuntos en orden para poder alejarse de su despacho.

Macklin se levantó. Anduvo hacia la ventana y contempló el exterior en la oscuridad ligeramente salpicaba de luces.

—En realidad —dijo, volviéndose—, pienso dimitir. Mis ayudantes son capaces de seguir adelante sin mi presencia, pero será una buena oportunidad que tendrán para seguir sin mí, de nuevo. Ello crea una mala situación. Si yo supiera lo que hacer conmigo mismo, dejaría mi puesto mañana.

Finletter no habló, como si esperara que Macklin prosiguiera. El silencio se alzó entre los dos hombres. Crecía por momentos. Macklin tuvo la sensación que el hombre estaba observándole, esperando, hasta que se vio obligado a hablar.

—Supongo que debe saber que he estado enfermo —comenzó—. Estuve en el hospital tres semanas. —Regresó a la silla paro no se sentó. Cogió su vaso, pues se sentía mejor con el vaso en la mano.

—Soy hombre muerto —dijo.

Ni siquiera entonces, Finletter habló. Permanecía sentado allí, con sus delgados y musculosos brazos descansando en los brazos del sillón. Observaba a Macklin como un científico observaría un animal extraño,

nuevo.

Macklin señaló con el dedo su pecho.

—Esto me detiene —dijo—. Fundió un fusible. Ellos lo llaman fibrilación, algo que no marcha en los nervios. —Se encogió de hombros y dio un largo trago.

Luego volvió a hablar.

—Consiguieron ponerlo en marcha a tiempo —dijo—. Y no hubo ninguna lesión en el cerebro. Creo que fui afortunado. Y por ahora, todo marcha bien. Pero puede detenerse en cualquier momento. Colocaron una cosa ahí, que puede ponerlo en marcha de nuevo, pero me dijeron que no me fiara de esto. Se ponen en marcha algunas veces, pero otras, no.

—¿Un desfibrilador? —preguntó Finletter.

Macklin movió la cabeza afirmativamente.

—No hay manera de estar seguro de si el electrodo está en el lugar preciso. Si es así, funciona. Si no… —hizo un gesto vago—. Eso es todo.

Podían haberle puesto una especie de cronometrador, naturalmente, en lugar del desfibrilador. El doctor Kaunda le había dejado elegir. Pero un cronometrador habría mantenido un ritmo fijo en los latidos de su corazón, ochenta pulsaciones por minuto. Habría habido ocasiones en que él habría necesitado que latiera más de prisa, pero el cronometrador no habría cambiado su compás.

Su corazón hubiera continuado latiendo al mismo ritmo inalterable. Lo cual hubiera significado algo menos que una vida normal para él. Y en un momento dado, como tocios los aparatos después de un uso continuado, el cronometrador habría fallado. Cuando esto sucediera, tal vez su corazón deseara seguir latiendo, pero ya no le sería posible.

Había escogido el desfibrador. Había sido una elección difícil de hacer, y no había manera de estar seguro de haber escogido bien. Pero al menos, esto le permitía una vida normal hasta que tuviera lugar otro ataque, y entonces, si moría, al menos habría sido su propio cuerpo el que fallaría y no una máquina determinada. Una especie de mueca de orgullo iluminó su rostro al saber esto; no todos los hombres pueden escoger la manera de morir.

Finletter le observaba con los ojos semicerrados.

—Resumiendo —dijo— que está temiendo morir.

—No temo —le corrigió Macklin testarudamente—. Sé que puede suceder, hay una posibilidad de que suceda, pero no tengo miedo.

Educadamente, Finletter movió la cabeza.

Retiro lo dicho —expuso.

Pero Macklin supo que él seguía pensando lo mismo.

—No puedo permitir que nadie dependa de mí —explicó Macklin—. No puedo aceptar obligaciones. Por más importantes que fueran yo no podría aceptarlas. Por esta razón, temo que tendrá que buscar a otro para ir a Panamá.

Finletter levantó una ceja, pensativamente.

—Me sorprende ver que no se haya retirado.

Su voz sonaba dura, cáustica.

Macklin cesó de respirar por un momento. Estaba atrapado. No tenía una buena respuesta que ofrecer, no, ni inmediata. Disimuló su torpeza levantando el vaso. Su boca estaba seca. Sólo entonces habló.

—Sí, creo que esto debe parecer disparatado —admitió—. Pero no lo es. En primer lugar, porque es mi compañía. Yo la formé. Y yo ya la dirigía antes de… antes de que se presentaran complicaciones. Y estoy arreglando las cosas de manera que,. cuando llegue el momento, no se produzcan demasiados problemas. Algunos cambias aquí y allá, y ya nunca se me echará de menos.

—«Dejad que las aguas se cierren sobre él» —pronunció Finletter con voz sonora. Movió la cabeza—. Apenas la ambición que habría esperado encontrar en el hombre que ha hecho tanto para cambiar la manera de vivir, difícilmente hubiera supuesto que se lo tomaría así.

—¿Cómo habría de tomarlo, pues? —preguntó Macklin—. ¿Continuar como si nada hubiera sucedido? ¿Como si nada «fuera» a suceder? He dicho que fui afortunado, y lo soy. No todos los hombres tienen la oportunidad de dejar su casa en orden.

Finletter movió la cabeza, asintiendo.

—Pero… usted dice, ¿dejando su casa en orden? —Sus ojos tenían una mirada astuta—. Me gustaría saber a cuánta distancia obra usted.

Había pensado en otro argumento. El hombre estaba lleno de ellos. Era un hombre muy inteligente. Pero enojándose, pensó Macklin, no conseguiría nada.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—Pues, estaba pensando —dijo Finletter sencillamente— que hace veinticinco años, usted estaba en otra compañía de fabricación de acero. Luego comenzó a construir caparazones para las casas. Usted fue el primero en hacerlo en gran escala. Si usted no hubiera comenzado tal vez todo el movimiento suburbano no habría empezado.

Macklin rehusó tal idea.

—Habría sucedido —dijo—. Alguien lo habría hecho. El tiempo lo

lleva consigo, la corriente nos Hoyaba por ese camino.

—No estoy tan seguro —dijo Finletter lentamente—. Creo que tanto entonces como ahora un hombre puede variar el curso de las cosas. Un hombre. El... él toma el control. Creo que usted es uno de esos hombres.

Macklin se encogió de hombros—. La competición fue dura —explicó—. Tenía que encontrar un nuevo campo de explotación para mi negocio. Eso fue todo. Pero el mercado estaba ya allí. La gente deseaba sus propias casas.

—Me parece recordar —dijo Finletter suavemente— que sus ventas no eran demasiado buenas durante los primeros años. Tuvo usted que promoverlas intensamente.

—Me costó mucho convencerles —admitió Macklin—. Y casi me arruiné. «Tenía» que conseguirlo. Pero eso sucede con cada una de las intenciones que han tenido lugar en el transcurso de la historia.

—A veces me pregunto —prosiguió Finletter—. Si no hubieran sido estimulados...

Macklin se contempló los pies.

—Bien, tal vez ayudé un poco a que las cosas siguieran por el camino deseado. Pero eso tenía que suceder.

—Tal vez —dijo Finletter poco convencido—. Nunca lo sabremos. Pero si algún otro lo hubiera intentado, y renunciado, nadie más lo habría intentado durante unos años. Y entonces no se habrían creado esta serie de problemas con los que tenemos que enfrentarnos ahora.

Cuando Finletter dijo esto, Macklin se aferró al argumento planteado por aquél. Era difícil responder a su pregunta.

—De modo que usted opina que yo creé este mundo —concluyó—, y usted piensa que yo debo ayudar a resolver los problemas que ello le ha creado.

Hizo una pausa. Estaba de pie frente al diplomático, mirándole fijamente, observándole.

—Bien, no lo admito —dijo—. Tal vez yo haya planeado algunas de las cosas que ahora existen, pero eso es todo. Sólo algunas cosas. Una parte. Otras muchas personas han hecho otras también, los que construyeron las casas, para nombrar a alguien.

Finletter se levantó de su asiento.

—De manera que usted declina toda responsabilidad —dijo. Dijo estas palabras como confirmación de un hecho, pero la acusación era bien clara—. Pero, juzgue —prosiguió—. ¿No es justo y lógico que si usted tuvo parte en una de esas cosas, ahora se le pregunte para tomar parte en la resolución de los problemas surgidos de aquéllas? Ese

asunto suyo… de sus perspectivas. —Rechazó el pensamiento con un casual movimiento de mano—. Creo que podemos cuidar de esto eventualmente —dijo—. Pero no creo que sea necesario.

Macklin iba a responder, pero Finletter no le dio tiempo a hacerlo.

—Será mejor que no decida nada de manera definitiva —dijo—. Medítelo durante unos días, y luego póngase en contacto conmigo. Estaré en el Hotel Nautilus hasta últimos de esta semana. Después de esta semana podrá encontrarme en el despacho de la Cúpula McKinley: Hasta mediados septiembre podrá darme su respuesta.

Se dirigió al perchero y cogió su abrigo.

—Debo irme ya —anunció.

Macklin dejó el vaso en la mesa y fue con Finletter hacia el túnel. Finletter andaba despacio. No habló hasta que se detuvieron junto a la puerta tras la cual le esperaba su batiscafo.

—Me parece —4ijo entonces— que un hombre tiene que vivir penosamente en una casa que tiene estrictamente en orden. Y un hombre que está esperando la muerte— que no haga nadar— por cuanto al mundo se refiere, está ya muerto. Pero tal vez esté equivocado. —Movió la cabeza. Es duro de creer que usted no está vivo.

Macklin se encogió de hombros. Se tocó ligeramente la frente.

—Sólo es cuestión de tiempo —dijo débilmente.

—Sí —convino Finletter, mirándole a los ojos. Saludó con la mano y se alejó a través de la puerta—. Sólo cuestión de tiempo —repitió, pero no sonó igual, por la manera en que lo dijo—. Puede ser dentro de un mes, o tal vez dentro de años. El hombre no lo sabe jamás.

Hizo una pausa, con la mano en el pomo de la puerta.

—Le ruego medite en lo que hemos hablado —< dijo de nuevo, y cerró la puerta que les separaba.

Minutos después, Macklin permanecía de pie al lado de la ventana de la habitación observando cómo la nave de Finletter se alejaba en medio de la oscuridad hacia la cúpula Rickover. Se preguntaba qué clase de respuesta le daría, se preguntaba cómo decidirse.

III

Tassy llegaba tarde a casa. No era de extrañar. Excepto cuando iba a la escuela, acostumbraba permanecer fuera de casa hasta bien tarde, sin que Macklin se preocupara por ello. Normalmente, ni siquiera la esperaba levantado.

Pero aquella noche lo hizo. Se dijo a sí mismo que era para leer el informe que había llegado a su despacho, aquel que hablaba del depósito de magnetita que sus exploradores habían encontrado a seiscientas millas hacia el Sudoeste, al norte de Spitsbergen. Pero lo de la lectura del informe era sólo una excusa. Quería esperar hasta que Tassy llegara a casa.

El depósito era mayor de lo que se podía suponer según el proyecto, y el filón estaba junto a la superficie del fondo del mar. Si podía construirse el equipo necesario, podría practicarse la extracción del mineral. Macklin enarcó las cejas ante tal idea. Era algo completamente nuevo. Tomó nota para descubrir a quién se le había ocurrido tal idea. Un hombre en posesión de planes como aquél podía ser muy valioso.

Pero a pesar de tal idea, hacía falta saber si el depósito sería lo suficientemente importante como para ser provechoso el trabajar en él. A menos que el coste de la extracción del mineral fuera mucho menos de lo que él podía suponer, seiscientas millas era mucha distancia para tener que transportar el mineral. El precio del acero fabricado era sólo un ápice superior al precio de coste, y una factoría de extracción y fundición podía producir el producto más barato que uno que tuviera que comprar el mineral. La alternativa, construir una nueva cúpula, no era más atractiva. Sería una ciudad completa.

—tendría que serlo—, con apartamientos y establecimientos y una central eléctrica, atendida por un extractor de agua potente. Y el coste de un proyecto como aquel, en vista de la situación económica actual, era algo prohibitivo.

Sin embargo... se trataba de un depósito rico y extenso. Demasiado para desaprovecharlo. Incluso antes de leer las recomendaciones de la última página, Macklin sabía que iba a hacerlo. Tomó algunas notas en una hoja de su bloc para dar instrucciones a los exploradores para que examinaran toda aquella área, unas cien millas en todas direcciones. Dependería de qué otros minerales se podrían encontrar para hacer factible la idea de construir la cúpula.

No se trataba, naturalmente de una decisión. Lo sabía.

Simplemente deseaba tener una información más completa que le ayudara a decidirse. Era todo lo que se le ocurría hacer de momento.

En aquel instante llegó Tassy. El timbre de la puerta sonó, y luego, un minuto o dos después, oyó voces tenues en el túnel, luego el ruido de unos pies que subían las escaleras.

Llegaba sola. Se movía lentamente, como si el movimiento fuera una función de su cuerpo que no requiriera pensar. Su rostro estaba grave, y no se iluminó siquiera al verle a él. Se detuvo antes de llegar al último escalón.

—¡Papá! Creía que dormías ya. —Vaciló desconcertada—. ¿Estabas esperándome? —preguntó.

Macklin movió la cabeza.

—No —respondió. Le mostró el informe dejándolo caer luego al lado de la silla—. No. Tenía un poco de trabajo. ¿Te has divertido?

—¡Oh, sí! —exclamó—. Cena en el Arrecife de Coral, luego hemos visto «Bus Stop», ya sabes, lo de siempre. Papá, me gustaría que no permanecieras levantado hasta tan tarde. El doctor...

—Eso no me perjudica —le dijo, manteniendo la voz tranquila—. He superado la operación ya. Y cuando tenga que suceder lo inevitable, sucederá. —Luego después de una pausa, añadió—: ¿Te molestaría?

La muchacha terminó de subir los últimos tres escalones, quitóse su capa y la dejó en el perchero. Por un momento permaneció quieta, indecisa. Luego se dejó caer en el sillón, poniendo los pies encima.

—No sé lo que voy a hacer —confesó. Observaba fijamente el suelo, luego miró a Macklin—. Ted regresa a la escuela dentro de tres semanas. Y desea que yo le acompañe.

Trabajo rápido, pensó Macklin. Se conocían sólo desde hacía seis semanas, desde que él sufrió el ataque. Por ser un terrestre, ese tipo, Laurents, debía tener algo. Luego se avergonzó de aquella reacción propia de los que estaban en las profundidades. Había visto a Ted Laurents por dos veces cuando venía en busca de Tassy, y le había gustado el muchacho, le había gustado hablar con él respecto al trabajo que realizaba en Columbia en ingeniería ecológica. Pero nada importaba que para «mí» fuese igual que el muchacho fuera un terrestre, se dijo— pero sería tan extraño para Tassy... Se levantó y le dijo:

—No es mucho tiempo. —No estaba demasiado seguro de que era aquello lo que quería decir.

—Eso es lo que yo le dije —repuso la muchacha—. Creo que esto le ha defraudado, pero si no voy con él, tal vez no vuelva a verle nunca

más.

Macklin sintió la garra de la muerte en su interior. Había ocasiones en las que deseaba poder volver a ser joven, pero ésa no era una de aquéllas. No deseaba volver a vivir el tiempo en que cada momento era una crisis que determinaba el curso de toda su vida, cuando la realidad le abrumaba y aplastaba el mundo de sus esperanzas, de sus imperfectos sueños...

—Las cosas varían con el tiempo —dijo suavemente—. Lo que hoy te parece importante... mañana te causará risa ver la importancia que le has dado...

—¡Oh, por Dios! —exclamó Tassy impaciente.

A pesar de sí mismo, tristemente, Macklin sonrió. La muchacha tenía razón. Había pedido un consejo, no palabras huecas.

—¿Quieres irte con él, no es cierto? —preguntó.

La muchacha se estremeció y miró a lo lejos, luego contempló de nuevo a su padre.

—No lo sé —explicó—. Aquí está el problema. No lo sé.

—Quieres hacerlo —dijo él bruscamente—. Pero tienes miedo. ¿Por qué?

Ella movió la cabeza.

—No lo sé. No lo sé —repitió. Los puños apretados fuertemente. Los contempló y abrió las manos.

—Mírame, Tassy —dijo.

Le miró, manteniendo la vista fija en él. Deseaba otra vez que Therese hubiera vivido todavía. Ella habría sabido qué decir, y la manera gentil de decirlo.

—Tú quieres irte con él —dijo de nuevo, como si se tratara de una realidad. Bien, «era» una realidad—. Quieres irte con él, pero temes cometer una equivocación. Temes que las cosas que ahora te parecen sin importancia, se conviertan luego en importantes. Él es un terrestre, y eso envuelve muchas cosas. Su medio ambiente es muy distinto del tuyo, toda la forma de vida de ése muchacho es diferente. Y nuestros gobiernos no están, que digamos, en demasiadas buenas relaciones, hay mucha gente en el litoral que te odiaría. No lo sé, su familia puede... Y su padre está en el consulado americano aquí...

—Papá, prácticamente él ha crecido bajo el agua.

Macklin la hizo callar con un gesto.

—Has de correr ese riesgo si quieres ir con él —dijo—. No hay manera de evitarlo. Si quieres ir con él tendrás que arriesgarte.

—Pero si no voy... —comenzó a decir. Su voz se truncó.

Macklin movió la cabeza comprensivo.

—No sabrás nunca lo que hubiera podido pausar —comprendió.

Hizo una pausa.

—¿Bien, estás dispuesta a probar? —preguntó.

La muchacha se encogió de hombros.

—Creo que tendré que hacerlo —admitió—. No importa lo que decida. —Su rostro carecía de expresión, como algo esculpido e inmutable—. ¿Te… te importaría mucho que fuera con él? —preguntó.

—Si ése es tu deseo —dijo sencillamente—, hazlo. —Hizo una pausa y la observó.

Ella no se movió y parecía desconcertada. Deseaba que él le dijera lo que debía hacer, quería que él le dijera que se fuera con Ted Laurents, o que no lo hiciera. Ella quería que él tomara la decisión por ella.

Pero no podía hacer tal cosa. Debía escoger por sí misma.

Sin embargo, había algo que sí podía hacer. Habló de nuevo:

—Si no puedes decidirte —dijo lentamente—, debes considerar si esas dos alternativas son las únicas que tienes. He descubierto que casi siempre las cosas tienen más de dos soluciones para problemas como éste.

—¡Pero no la «hay»! —protestó ella—. Él se irá, y si yo no voy con él…

—Por lo menos hay otra cosa que puedes hacer —dijo Macklin tranquilo—. Según veo, tu problema estriba en que te gustaría ir con él, pero temes que eso sea cometer una equivocación. Sería mejor que aplazaras la decisión. Sería mejor que mantengas las cosas como están, al menos hasta que le conozcas mejor. ¿Tengo razón?

—Creo que sí —dijo ella, dudosa y a media voz—. No había pensado en esto.

—Así, pues, no es esto lo que tú habías pensado —preguntó.

—Pero no puedo hacerlo —protestó Tassy—. El regresa a la escuela. Se marcha. Yo no puedo.

—Claro que puedes —dijo Macklin. Hablaba tranquila, sosegadamente—. Tú has sabido, aprovechar tus estudios en la escuela por lo cual estás capacitada para ir a Columbia, o a cualquier otra escuela en aquella región, sin demasiada incomodidad. Un período de estudios en aquel sector puede incluso serte beneficioso.

Por un momento el rostro de la muchacha mostró él gran aturdimiento que la embargaba. Luego de pronto, se sintió feliz.

—¡Oh, papaíto, qué idea tan maravillosa! Nunca se me hubiera ocurrido. Esto lo resuelve todo.

—Bien, así pues, eso es lo que harás —dijo Macklin—. Veré qué

puedo hacer para arreglar las cosas, mañana por la mañana. Pero... no creas que esto sea la solución a todo. No lo es. Simplemente eso te evita tener que tomar una decisión definitiva.

Te da tiempo a tomar una determinación u otra,. Más pronto o más tarde, tendrás que decidirte. Y llegado este punto tendrás que decidirte por el sí o el no. No existe un tercer camino para aquella ocasión.

Esto la dejó pensativa, pero sólo por unos instantes. Se levantó del sillón y se acercó a su padre. Le besó ligeramente en la mejilla.

—Eres maravilloso, papá —dijo, feliz.

Dio media vuelta y se dirigió a las escaleras, subiendo al piso, mostrando sus piernas desnudas.

Macklin no se movió durante un rato. Había encontrado una solución al problema de su hija, pero aun así, no era más que una solución pasajera. Y teniendo en cuenta ¡la tirantez existente entre tierra firme y el pueblo de las profundidades, su última decisión, cuando ella tuviera que tomarla, sería difícil. No importaba cuál fuera, tendría que haber su lado desagradable y desgraciado.

Bien, tenía que encontrar una solución.

Era un pensamiento ridículo, pensó. Fantásticamente ridículo. Un ciudadano particular no podría posiblemente tomar el control de todas las fuerzas que regían naciones enteras. Ni tenía ningún derecho a hacerlo.

Sin embargo, él sabía que si él podía hacer algo, por pequeño que fuera, o simple, o fútil, lo haría.

Un hombre tenía esa obligación, hacer todo cuanto pudiera para conseguir que el mundo fuera un lugar de existencia mejor. Para la seguridad de sus hijos, para todas las futuras generaciones.

IV

Por la mañana, Macklin llamó a la agencia de «Aceros del Fondo del Mar» en Nueva York. Era todavía de noche en Norte América, y el robot del servicio nocturno tomó la llamada. Macklin le dio un mensaje para Winston Courdy, añadiendo la palabra clave que le daba prioridad antes de otras llamadas rutinarias. El mensaje era breve. Empezaba explicando que no acostumbraba pedir favores personales que no se relacionaran con el negocio, pero que Tassy deseaba trasladarse a Columbia, y él no estaba seguro de cuándo entraban en funcionamiento las escuelas en aquella parte. Luego solicitaba de Courdy viera de inscribir a Tassy tan pronto le fuera posible. Añadió unas observaciones para Mary y para el joven Henry y nada más.

Después de resuelto este punto, llamó al Hotel Nautilus y habló con el ayudante de Henderson Finletter, Vincent Nxumalo.

—Mr. Finletter no se encuentra aquí en estos momentos —dijo Nxumalo—. Tiene una conferencia con el mayor Del Toro. Pero ha dejado instrucciones por si usted llamaba. ¿Desea usted verle?

Macklin meditó un momento. Deseaba hablar con aquel hombre, pero no era imprescindible que estuviera frente a frente. Una conferencia telefónica bastaría.

Pero antes de que pudiera decirlo, Nxumalo añadió:

—Mr. Finletter prefiere siempre tratar los asuntos personalmente.

Macklin movió la cabeza. Podía comprenderlo.

—Sí —dijo—. Me gustaría verle.

—Le sugiero, entonces, reunirse con él a la hora del almuerzo en esta habitación —dijo Nxumalo—. Si a usted le parece bien.

No demasiado conveniente para él. El doctor Kaunda le había advertido encarecidamente ser muy cuidadoso respecto a su dieta. Sin embargo, un almuerzo pensó que no le perjudicaría.

—De acuerdo —dijo.

—A las trece horas, ¿le parece bien? —indicó Nxumalo.

Macklin no replicó.

—Le informaré de su visita —dijo el joven. Saludo con un gesto y la imagen desapareció.

El Nautilus estaba sólo a unos pasos de su despacho. La muchedumbre llenaba los paseos, pero Macklin avanzaba con la riada humana y llegó al hotel unos minutos antes de la hora prevista. Se detuvo cerca de la pecera en el vestíbulo, observando los bancos de peces en miniatura que se movían y agitaban en su medio ambiente.

Finalmente, poco antes de la hora fijada, se acercó al conserje. Este le dijo que podía bajar, pues le estaban esperando.

Vincent Nxumalo abrió la puerta dejándole entrar y tomando su capa. Guio a Macklin hasta la sala donde un miembro del servicio del hotel estaba preparando la mesa para tres comensales.

—Mr. Finletter estará aquí dentro de breves minutos —explicó Nxumalo. Hizo un gesto invitándole a tomar asiento en una de las tentadoras butacas que había en la sala. Macklin se retrepó. Nxumalo le entregó la minuta.

—Mr. Finletter ha pensado que tal vez usted preferirá escoger a su gusto —dijo.

Macklin repasó la lista. Decidió pronto.

—Pulpos y ensalada —dijo.

—¿Vino? —preguntó Nxumalo.

—No. Sólo café —dijo Macklin.

Nxumalo se acercó al hombre con chaqueta blanca que esperaba junto a la mesa. Habló con él brevemente. El hombre movió la cabeza y salió por la puerta de servicio. Nxumalo regresó y sentóse cerca de Macklin.

—Esperaba que llamaría —dijo—. Me alegro de que lo haya hecho. Ha sido difícil encontrar un hombre que pudiera aconsejarnos respecto a los asuntos comerciales.

Macklin sonrió, divertido por las palabras que el joven le dedicaba.

—Así, pues, no soy el primero a quien se han dirigido —concluyó.

—No —admitió Nxumalo—. Hemos intentado tratar con varios. Estaban demasiado atareados. —Instantáneamente su rostro negro se tornó colérico—. ¡Como a ellos les tenía sin cuidado lo que le sucediera a nuestra Liga!

Macklin tomó la observación sin hacer ningún comentario, pero aquello le estimuló. Comprendió, que él no era mejor que el restó.

—Debo decirle una cosa —dijo—. No he decidido definitivamente ir con ustedes. Y… supongo que debe saber que no sería capaz de hacerlo, en cualquiera de los casos.

—Mr. Finletter me lo ha dicho —convino Nxumalo—. Eso es algo que no podemos prever, haremos todo cuanto podamos para conseguirlo, pero… —hizo una pausa—. ¿No se ha decidido todavía? —preguntó tardíamente.

—No —repuso Macklin—. Deseo meditarlo… Depende de lo que su… de lo que Mr. Finletter diga.

—Espero poder persuadirle —dijo Henderson Finletter.

Macklin se giró en redondo. Finletter había entrado por la puerta

de una habitación interior. Iba vestido brillantemente con una blusa de color bronce y plata, y pantalones hasta la rodilla de bronce rojo. Nxumalo y Macklin se pusieron de pie.

Finletter se acercó.

—Lamento no haber estado aquí para recibirle —se disculpó—. Han llegado algunos papeles de McKinley y tenía que revisarlos antes de venir.

Nxumalo hizo un movimiento hacia la puerta. Finletter le detuvo con un gesto.

—Pueden esperar hasta después del almuerzo —dijo. Indicó a Macklin que podía sentarse y él hizo lo mismo.

—Y ahora —dijo—, veamos qué es lo que desea saber.

Macklin vaciló. Estaba a punto de dejar a un lado todo lo superfluo y acceder voluntariamente a prestar sus servicios sin ninguna condición previa. Pero decidió seguir al pie de la letra sus planes preconcebidos.

—Tengo una oferta que hacerle —dijo cuidadosamente—. Si está usted de acuerdo con ella, puede contar conmigo. De otra forma, no habrá convenio.

Le escucho —respondió Finletter, con precaución también.

Macklin sonrió. El hombre no se entregaba. Conocía realmente su trabajo.

Macklin se levantó.

—Durante años —dijo— he estado tratando de conseguir una licencia de su departamento para exportar caparazones residenciales. Cada vez, ha sido denegada mi petición. He intentado averiguar la razón, y todo lo que he conseguido saber ha sido que mi petición iba en contra de la política oficial —explicó—. No pretendo ser mal educado, pero mi opinión de tal explicación no era satisfactoria.

—Nos pareció imprudente —dijo Finletter tranquilamente— comunicar .al público los motivos y razones que determinan nuestros actos. Hay demasiado riesgo de una mala interpretación. Además, existen algunos objetivos que no deseamos lleguen a conocimiento de las naciones de tierra firme.

Macklin movió la cabeza, comprendiendo el buen sentido del argumento de Finletter. Pero dijo:

—Ahora solicito de nuevo esa licencia.

Finletter cambió una mirada con su ayudante. Sus rostros estaban pálidos. Finletter se encogió de hombros.

—No —respondió decidido—. A pesar de lo mucho que deseamos que se una a nosotros, de lo mucho que le necesitamos, no podemos

permitirle eso. Comprenda…

En aquel momento, unos ligeros golpecitos dados en la puerta anunciaron la entrada del servicio. Finletter cesó de hablar. Nxumalo se levantó para acerarse a la puerta y dar paso al camarero, que traía una mesita de ruedas con lo pedido.

Se acercaron a la mesa y se sentaron. El camarero estaba atareado con la mesa. Sirvió con muchos gestos y reverencias. Una vez terminada su tarea, se retiró de la habitación, preguntando antes:

—¿Está todo a su gusto?

—Excelente, Todd —repuso Finletter. Su voz sonó cariñosa al dar su asentimiento. El camarero saludó con la cabeza, y llevándose la mesilla de ruedas, desapareció por la puerta.

Finletter cortó un pedazo del raro bistec de ballena. Se detuvo con el tenedor en el aire, a medio camino de su boca.

—Estaba diciendo —prosiguió dejando el tenedor de nuevo en el plato— que no deseamos dar las pocas ventajas que tenemos sobre los de tierra firme, sin unas concesiones bien dispuestas compensadas por ellos. Permitir la exportación de sus caparazones residenciales sería hacer exactamente lo mismo, sin ganar nada a cambio.

Los pulpos de Macklin con salsa argentina estaban extraordinariamente sabrosos, pero él apenas se dio cuenta. Su propuesta valía la pena de haber hecho la prueba, pero no había resultado.

—Bien, entonces… —dijo abruptamente.

—Permítame explicarme —dijo Finletter. Cortó otro pedazo de su bistec, que dejó en el plato—. Estrictamente confidencial, desde luego…

—¿Piensa hacerlo? —avisó nervioso Nxumalo.

Finletter hizo tranquilizar a su ayudante con un gesto.

—Quiero hacerle comprender que este asunto de los caparazones residenciales es absolutamente crucial —dijo a Macklin. Nxumalo se tranquilizó y siguió comiendo—. Comprenda, si estuviéramos en guerra, nuestras ciudades son vulnerables. Los de tierra firme podrían destruirlas todas si quisieran. Se necesita sólo una bomba para destruir una cúpula, no existe una defensa adecuada. Nuestros suburbios, sin embargo son otros asuntos. Algunas casas al menos, no serían destruidas.

Macklin frunció el ceño. No le gustaba aquella manera de pensar.

—¿Cree usted que habrá guerra? —preguntó.

—La guerra —le dijo Finletter— es una posibilidad. Tiene que ser tenida en cuenta. —Se echó atrás y comió un bocado—. No —dijo—.

No creo que haya guerra. Por una razón, incluso desde los tiempos de Mason, nuestra política ha sido regida por los principios de que debemos evitar la guerra, que al hacerlo así favorece nuestros propios intereses que deben ser protegidos por encima de todo lo demás. Pero eso no es decir que la guerra es algo imposible. Podemos vernos obligados a tomar parte en ella, o podemos cometer una equivocación que nos conduzca a ella. Por consiguiente, debemos estar prevenidos por si acaso, por lo que, suceda lo que suceda, existe la esperanza de que no seremos destruidos por completo.

Macklin pensó en estas palabras mientras comía.

—Pero, ¿qué importancia tiene en este asunto el que los de tierra firme construyan casas particulares fuera de sus cúpulas? ¿En qué puede esto debilitarnos?

Finletter terminó de comer los últimos pedazos de bistec antes de responder.

—Podrían bombardear todas nuestras ciudades —dijo—. Podrían destruir todas las cúpulas. Pero esto no nos destruiría a nosotros, al menos por completo. Hemos calculado que, dando un aviso con una hora de tiempo, la mitad de la población podría salvarse. Al mismo tiempo, poseemos suficiente poder vengativo para colocar proyectiles en la mayoría de sus centros metropolitanos. En otras palabras, saldríamos de la guerra más o menos en las mismas condiciones que ellos. Pero existe otro factor, y éste nos da una ventaja: nosotros podemos destruir por completo cada una de sus cúpulas. Esto les dejaría a nuestra merced por la mayoría de sus fuentes de minerales. Sin embargo, no podemos permitirles que tengan sus suburbios residenciales fuera de sus cúpulas. Podemos destruir sus cúpulas; pero los suburbios sería otro asunto. Los suburbios no podrían ser fácilmente destruidos.

Con el ceño fruncido, Macklin bebió un sorbo. El café era espeso y dulce. Dejó la taza en la mesa.

—Supongo que ellos deben darse cuenta de esto.

—Serían locos si no lo comprendieran —dijo Finletter—. Esto también favorece nuestra ventaja. Les hace sentirse poco dispuestos a provocar una guerra.

—Entonces ¿por qué no promueven el desarrollo suburbano —preguntó Macklin—. No tienen que depender de nosotros para los caparazones residenciales, podrían fabricárselos ellos mismos tan fácilmente como nosotros lo hacemos, y usted no podría hacer nada para detenerles.

Finletter se encogió de hombros.

—Tendrá que preguntárselo a ellos —dijo—. No confían en nosotros. El hecho significativo es que no lo hacen. —Hizo otra pausa —. Sospecho, sin embargo —prosiguió— que es simplemente que no piensan tanto en sus cúpulas como nosotros en las nuestras. Para nosotros, una cúpula de las profundidades es el eje de la ciudad. Es el lugar donde vivimos. Para ellos, una cúpula es sólo una mina y la instalación de una factoría, una fuente de provisiones, una asociación de pueblos, como éramos nosotros antes de la independencia. La gente que las habita son sólo huéspedes incidentales. Además, como es natural, los de tierra firme no desean perder sus cúpulas a través de otro incidente semejante al de Mason. Es mucho más fácil controlar una población dentro de una sola cúpula que si estos estuvieran esparcidos en casas individuales.

Macklin terminó su plato de pulpos. Comenzó con la ensalada, sin pensar más en aquello.

—Luego su determinación es permanente —concluyó—. No hay licencia para la exportación de caparazones residenciales.

—Pues, no, permanente es una palabra de significado demasiado largo —dijo Finletter afable—. Tal vez algún día podamos permitirlo, pero... no aún en un futuro previsible; más adelante, sí. Temo que así sea. Sin embargo, continuamos deseando que nos acompañe en nuestra misión. Si hay algo dentro de los medios razonables a nuestro alcance, que podamos ofrecerle a cambio...

—No. No se moleste —dijo Macklin. Ahora que le habían negado lo pedido, estaba cansado de charlar—. No deseo nada más.

Finletter le contempló confundido, como si de pronto hubiera comprendido que Macklin no iba a negociar, que Macklin había hecho sus propuestas y se atenía a ellas.

—Bien, lo siento —dijo—. Si hubiera sido posible, nos sentiríamos muy felices de poder aceptar sus condiciones. —Hizo un gesto—. Pero debemos mantener la realidad en nuestra mente. El futuro de nuestra Liga está envuelta en todo cuanto hacemos. No podemos jugar con ello. Nos hubiera gustado contar con usted, «necesitamos» un hombre con su habilidad y conocimientos, pero en estos términos...

Macklin movió la cabeza.

—No tiene importancia —dijo.

Finletter se detuvo, aturdido. Trató de leer en el rostro de Macklin. Frunció el ceño.

—No comprendo —dijo al fin.

—He dicho que no tiene importancia —dijo Macklin—. Pueden contar conmigo, iré con ustedes. Soy su hombre.

Con el rostro pálido, y aturdido, Finletter no sabía qué decir. Cuando lo hizo, fue para repetir lo que había dicho antes.

—No lo entiendo —dijo. Su entonación fue muy distinta en esta ocasión. Parecía desorientado—. ¿Cuáles son sus condiciones?

Macklin se encogió de hombros.

—Un peso y los gastos —dijo.

Nxumalo le miró con una especie de admiración.

—Estábamos dispuestos a ofrecerle una paga mucho más espléndida —dijo.

Macklin tocóse el pecho significativamente.

—Tengo todo el dinero que pueda necesitar —dijo—. Y todo el que pueda necesitar también mi hija. Pero…

No terminó. No añadió que había otras cosas que la muchacha necesitaba. Cosas tales como la felicidad y una vida sin problemas. Posiblemente, cosas por las cuales ellos no podrían hacer nada, ni contra las reglas que rigen las naciones, pero existía siempre una posibilidad.

Finletter se apoyó en el respaldo de la silla, olvidando su comida. Estaba pensativo.

—Usted ha venido aquí con el firme propósito de aceptar nuestra propuesta —decidió al fin, hablando lentamente—. Tuvo este propósito desde un principio.

Macklin afirmó con un movimiento de cabeza.

—Al mejor precio posible. —admitió tranquilamente.

Pero Finletter no se sentía todavía satisfecho.

—¿Era eso lo único que deseaba? —No podía creerlo—. Podía habernos pedido cualquier otra cosa, lo que fuera, y posiblemente se lo hubiéramos concedido.

—Eso era todo lo que deseaba —dijo Macklin—. Puesto que me ha convencido de que no puede ser…

Se encogió de hombros.

—¿Pero, por qué? —preguntó Finletter. Se sentía verdaderamente desorientado—. ¿Por qué?

—Porque era algo que hubiera querido hacer —dijo Macklin—. Yo… —Se encogió de nuevo, de hombros.

Era algo que no podía explicar.

V

El autobús del aeropuerto salió a la superficie junto a la isla. Vista desde abajo, la isla era una forma oscura moteada de brillantes luces. Bruscamente, el agua salpicó los cristales de la ventana y se escurrió. Entonces Macklin pudo ver claro.

Se remontó contra el cielo crepuscular, blanco, como mármol pulido, sus flancos intachablemente lisos. Las luces brillaban en su cima, con el brillo semiapagado por el ocaso. El agua a sus pies estaba oscura, negra como la muerte. Macklin trató de pensar en su hogar, a más de dos millas de profundidad bajo aquella negrura. No parecía posible.

El autobús le condujo por la oscura agua hacia el extremo más alejado de la isla. Allí, los focos de luces proyectaban una gran iluminación que se esparcía como tembloroso fuego en el agua. Más lejos las moles de hielo, de blanco color, inanimado, llenaban todo lo que podía ser el horizonte. A su derecha, Macklin divisó el brillo de un buque lanzallamas que se ocupaba de fundir las moles de hielo, continuando el interminable trabajo para mantener abierta la laguna en la que estaba anclada la isla de hielo sobre el agua. Las luces de una aeronave iban acercándose por el cielo. Su contorno oscuro brillaba a través de los focos que rodeaban el edificio terminal. Luego quedó fuera de la vista. Aún a través de las espesas paredes del autobús, Macklin podía oír el ronco zumbido de sus motores.

Entonces el autobús se acercó al extremo de la isla. Entró en la rampa. Se fijaron las guías que tendidas y empalmadas a los lados de la pista, permitían el descanso de ¡los viajeros. El autobús quedó firmemente sujeto en su sitio. El portón se cerró tras él. Los oídos de Macklin chasquearon cuando la puerta de la cabina se abrió. Desabrochó el cinturón de seguridad y se unió a los demás pasajeros en el pasillo, saliendo poco a poco hacia la plataforma.

El aire era frío, pero incluso cuando Macklin pisó el muelle, los ventiladores completaban su trabajo de renovación del aire. Se convirtió en algo verdaderamente confortable. Macklin se quitó la capa.

Siguió con el grupo a través de las puertas y a lo largo de un corredor que conducía a las escaleras mecánicas que subían a la terminal. A pesar del impulso de andar más de prisa, deliberadamente mantuvo su paso indolente. No se molestó en prestar atención a las flechas indicadoras. Conocía de sobra su camino. Había estado allí

muchas veces anteriormente.

La última fue un mes atrás, cuando Tassy salió para Nueva York. Era de día en aquella ocasión, e] sol reinaba en el cielo. Ahora era el crepúsculo, la larga noche iba a empezar.

Se preguntó cómo le iría a su hija en la escuela. Las pocas cartas que había recibido no dejaban este punto demasiado claro. Estaba todavía muy excitada y maravillada por el extraño mundo en que se encontraba de pronto.

Pero al menos era feliz. Esto era bien claro. Y esto, en realidad, era una cosa ciertamente importante.

Y, además, su joven amigo estaba allí. Macklin supuso que ello también debía ser un factor importante.

Deseaba que su hija pudiera ser siempre feliz. Sabía que era una esperanza loca, puesto que en este mundo no era posible tal cosa, con los problemas que surgían a cada paso, pero aun así, lo esperaba.

Las escaleras automáticas le dejaron en la terminal. El alto techo tenía forma de bóveda, se arqueaba en una estructura entrelazada que aturdía la vista de uno. La luz que iluminaba la estancia surgía producida por lámparas invisibles, iluminando a la gente que se amontonaba en sus puestos, en el extenso piso. Cuando pasó al mostrador, la tabla de horarios anunciaba en aquel momento que el avión para Chicago y Panamá estaba tomando ya sus pasajeros. Se detuvo en el mostrador sólo el tiempo imprescindible para que la muchacha comprobara su billete.

—¿Ha enviado su equipaje directamente desde la cúpula? —preguntó la muchacha después de echarle un vistazo.

Macklin movió la cabeza. Mostró la cartera:

—Esto, lo llevaré personalmente.

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza sonriéndole amable.

—Ya puede dirigirse al avión —le dijo—. Pista 39, en la confluencia verde.

El avión estaba lleno sólo en sus dos terceras partes. Macklin encontró un asiento bastante adelante. Desde allí podría disfrutar de una buena vista, una vez volaran por encima del país, que era lo que valía la pena de ver. El asiento contiguo estaba todavía vacío cuando la puerta fue cerrada. Al momento siguiente el avión comenzó a moverse lentamente.

La azafata indicó la necesidad de ponerse los cinturones de seguridad, deteniéndose en cada uno de los asientos ocupados. Macklin abrochó su cinturón, para que cuando la azafata llegara junto

a él viera que ya lo llevaba puesto.

—¿Desea poner su reloj en hora? —ofreció.

Macklin observó su reloj de pulsera. Marcaba todavía la hora local, la de Greenwich.

—Sí, por favor —decidió—. Panamá.

De uno de los bolsillos de su uniforme sacó un impreso múltiple, que le entregó. En él estaban indicadas las horas en Tokio, Rickover, Chicago y Panamá. Macklin puso el reloj a la hora deseada y devolvió el impreso a la muchacha. Esta lo guardó de nuevo en su bolsillo, y prosiguió con su tarea. Macklin se apoyó en el respaldo esperando el despegue.

No tuvo que esperar mucho. El avión se arrastró a través del portal hacia el campo. Por un momento, cuando el aire frío tocó el aparato, la ventana de Macklin quedó empañada. Después volvió a quedar clara. El avión rodaba lentamente a lo largo de la pista girando y deteniéndose.

Nuevamente, Macklin sintió la fuerte tensión que sentía cada vez que iba a emprender un vuelo. Era un temor irracional, lo sabía. A menos que las estadísticas mintieran, estaba tan seguro en un avión como podía estarlo en su propio batiscafo.

Pero aún no había transcurrido un mes desde que los periódicos publicaron la noticia de otro accidente aéreo. No le gustaba pensar en lo que sucedía a la gente en tales accidentes.

Entonces recordó la otra, la otra muerte más cierta, que llevaba agazapada dentro de él, dormida, inherente en el defecto de los nervios que impulsaban al corazón a latir. Aquella era la muerte que tendría, sin duda alguna, hoy, mañana, o pasado.

Había aprendido a convivir con aquella muerte, con el anuncio de ella. ¿Era, al fin y al cabo, una muerte distinta a las demás?, se preguntaba.

Bruscamente, se rió, se rió en voz alta, y se dio cuenta de que algunos ojos se fijaban momentáneamente en él. Pero en aquel instante despegó el avión.

Fue como la sacudida de una ola, un momento de crecida, y después la fija e inflexible potencia contra su espalda. La blanca pista iba quedando atrás e iba empequeñeciéndose por momentos a medida que el avión ascendía más y más hacia el cielo.

Entonces la fuerza del avión quedó estabilizada. Avanzaba en línea recta y Macklin observó abajo el blanco y esfuminado mundo que se extendía bajo el sol que se deslizaba hacia el horizonte. Deberían estar a unos sesenta o setenta y cinco mil pies de altura, supuso. El cielo

tenía un tono azul oscuro. Podía ver algunas estrellas, y pensó que tal vez podría divisar la curva de la tierra. Pero eso no era más que una ilusión.

Dejó de mirar por la ventana, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la cartera. Conocía los planes de Finletter casi a, la perfección. Había estudiado aquellos papeles durante varios días, intensamente, pero habría aprendido desde hacía tiempo que no importaba lo bien que se aprendiera una cosa, puesto que el repetir el estudio aumentaría sus conocimientos sobre el particular.

El propósito de la Liga al solicitar una conferencia había sido, naturalmente, poner fin a las invasiones de los de tierra firme. Sin embargo, esto no iba a ser admitido así como así. En cambio, el ostensible propósito de la conferencia sería esclarecer las relaciones comerciales entre las dos naciones participantes, haciendo especial referencia a las mercancías prohibidas. Si bien cada uno de los presentes sabría muy bien la verdad, se mantendría aquella ficción hasta el final.

Al comienzo de las conferencias, Finletter propondría que las naciones hicieran un convenio de libre comercio, sin restricciones ni tarifas. Todos les puertos estarían abiertos a todas las mercancías.

Naturalmente, los de tierra firme no estarían de acuerdo con esto, ni Finletter esperaba que lo estuvieran. Tan deseable como éste sería el objeto final, que Finletter mencionaría en propuesta, sólo como punto a partir del cual pudiera establecerse un pacto y hacer las concesiones necesarias.

Después los planes de Finletter eran más complejos. Había una lista de propuestas alternativas cada una de ellas con su correspondiente lista de concesiones, que ofrecerían a cambio de las que brindaran los de tierra firme. Sería expuesta toda nuestra argumentación, y se esperaba que los de tierra firme presentaran sus correspondientes objeciones. Había una lista de las propuestas que plantearían dos de tierra firme, y junto a cada una de ellas, las razones por las que la Liga se veía obligada a rechazarlas. Estaba calculado y era descarriado, pero a Macklin le gustaba.

Pero bajo todo este plan estaba el límite tras el cual Finletter no cedería. Los de tierra firme no podrían seguir invadiendo las casas de los ciudadanos de la Liga. Si esto podía conseguirse, Finletter estaría dispuesto a olvidar todas sus objeciones, estaría incluso dispuesto a ceder alguna de las ventajas presentes de la Liga a cambio de aquello.

Sobre el noroeste canadiense, el avión disminuyó la velocidad y descendió un poco para repostar, volviendo a ascender en seguida.

Macklin guardó los papeles dentro de su cartera, y se apoyó contra el respaldo del asiento para contemplar la tierra firme a sus pies. Parecía una miniatura maravillosamente realizada, increíblemente detallada.

Las carreteras y las vías del tren atravesaban el terreno pareciendo desde aquella altura simples trazos de un dibujante en un plano. Manadas de caribúes pacían pareciendo desde allí cosas muy pequeñas. Minas agotadas, que llenaban la Tierra como si fueran pequeños huecos.

Más al Sur, las nubes cubrían la Tierra, blancas y rizadas, suaves, bajo el brillante sol de la mañana. Macklin pensó en volver a estudiar un poco el programa, pero dejó la cartera cerrada. Repasó mentalmente todos los planes, repitiéndose las propuestas y argumentos que se presentarían a su conocimiento del comercio internacional, alerta por los nuevos atisbos y accesos, así como los nuevos argumentos que plantearía la Liga.

Finletter tenía razón, decidió. Al fin y al cabo la diplomacia no era tan distinta de los negocios.

El avión descendió para aterrizar en Chicago, emergiendo las ruedas de entre su panza, atravesó las nubes aterrizando en picado en el campo de aviación. Sus ruedas tocaron el suelo, haciendo sacudir todo el aparato por la velocidad que llevaba.

La lluvia caía con fuerza contra los cristales de la ventana. Azotaba el pavimento en un picado siempre variable. El avión recorrió lentamente el campo hacia la pista frente al terminal. En la parte posterior del avión algunos pasajeros estaban ya soltándose los cinturones de seguridad, preparándose para el momento en que la puerta fuera abierta.

Macklin permaneció en su asiento, contemplando la lluvia a través de la ventana. Había estado en tierra muchas veces y había visto llover en otras ocasiones. Pero no por esto dejaba de fascinarle aquello. Se dio cuenta, de que la tierra firme, era tan extraña para él como pudiera serlo cualquier otro planeta.

La azafata anunció que el avión permanecía en tierra durante una media hora, y que aquellos pasajeros que viajaran hasta Panamá podían descender del mismo si lo deseaban durante aquel rato.

Macklin se levantó del asiento y se unió al gentío que se aprestaba a salir. Después de más de dos horas en el aire, sintió la necesidad de estirar las piernas.

Casi fue el último en descender del aparato. Saludó con un movimiento de cabeza a la azafata, y descendió por la escalerilla. Fuera, la lluvia caía abundantemente, en forma de gruesas gotas Se

puso la capa sobre sus hombros y se metió bajo el aguacero.

Había olvidado lo fría y mojada que podía ser la lluvia. Sus ligeras ropas quedaron empapadas en los pocos metros que separaban el avión del vestíbulo. Se preguntó por qué no habrían construido una extensión que uniera la salida del avión con el vestíbulo, pero cubierta, o bien hacer entrar al avión en lugar cubierto, como ellos hacían en Rickover.

La actitud de los de tierra firme hacia la lluvia era algo que no podía comprender.

Frío y mojado permaneció en la entrada del vestíbulo durante varios minutos, apretándose con los brazos el cuerpo para tratar de reanimarse. Ráfagas de viento llegaban hasta él, pero no sentía deseos de volver a salir a la intemperie.

Finalmente, dándose cuenta de que si se movía entraría en calor, empezó a recorrer el tramo que separaba él vestíbulo de la terminal...

Se detuvo ante el gesto del aduanero.

—Un momento por favor, rostro pálido —dijo el guardia, señalando la cartera de Macklin—. Tengo que ver lo que lleva ahí.

Macklin se enderezó. Finletter le había avisado de no dejar ver a nadie los papeles que llevaba consigo. Tendió su pasaporte al empleado para que lo revisara.

—¿Diplomático, eh? —gruñó el hombre—. Pero aquí no estamos en Panamá.

—¿No es todo el mismo país? —preguntó Macklin, pero él sabía que cuando los Estados Unidos unieron a las Américas, habían mantenido en vigor algunos de los derechos y prerrogativas de una nación independiente.

—Ya lo veremos —dijo el empleado. Apretó un timbre en el mostrador.

Otro hombre, va mayor, con el uniforme de los aduaneros, salió de una habitación contigua.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada importante —dijo el guardia—. Este tipo acuático que quiere pasar de largo.

—Tengo un visado diplomático —dijo Macklin.

—Para Panamá —rectificó el guardia.

—Veámoslo —dijo el otro hombre.

El guardia le entregó el pasaporte de Macklin. Lo examinó como si hubiera podido ser moneda falsa. Finalmente, lo devolvió a Macklin.

—Puede usted pasar —dijo de mala gana—. Lamento las molestias que hayamos podido ocasionarle, pero hemos de ser muy cuidadosos.

Hay tanto contrabando.

Macklin siguió su camino. Se preguntaba si todos los diplomáticos de la Liga tenían que pasar por trances tan desagradables como aquél.

Se sentó en una de las sillas del mostrador del restaurante y tomó una taza de café. No pudo tomar moka, sino que hubo de conformarse con el pálido brebaje que bebían los americanos. Parecía agua teñida.

Estuvo sentado allí hasta que el café se enfrió, con la cartera sobre sus rodillas. Sus ropas estaban ya casi secas, pero él seguía teniendo frío. Sus ropas no eran las adecuadas para usar en tierra firme en pleno mes de octubre. Bien, estaría mejor en Panamá.

Así lo esperaba por lo menos. El aparatito que llevaba en el pecho era una protuberancia fría, dura. A pesar de que los doctores hicieron todo cuanto pudieron, no habían podido aislar por completo el desfibrilador de los cambios de la atmósfera.

El incidente con el empleado de la aduana todavía le molestaba. No había sido necesario que aquel obrara de aquella manera. Lo había hecho deliberadamente, le había señalado como hombre de las profundidades del mar y se había propuesto ponerle en un aprieto. Más que nada, esto le hizo recordar a Macklin la actitud de los hombres de tierra firme hacia los de las profundidades del mar. Esperaba que Tassy no tuviera que encontrarse con demasiada frecuencia con incidentes de aquella clase.

El café estaba ya lo bastante frío para poder bebérselo. Consultó su reloj. Todavía le quedaban veinte minutos antes de tener que regresar al avión. Se preguntaba qué sucedería si muriera antes de llegar a Panamá. ¿Qué sucedería con sus papeles? Finletter debió haber asignado a alguien para que viajara con él, para evitar que sus documentos cayeran en manos de los hombres de tierra firme.

Bebió el café y salió al vestíbulo principal. Faltaban todavía quince minutos para que el avión partiera. Ociosamente estuvo recorriendo los distintos establecimientos, observándolos, y contemplando los libros tan baratos que mostraban sus escaparates. Se detuvo junto a los teléfonos, sorprendido per el aviso que allí había:

«¿Quiere decir a alguien dónde se encuentra usted?»

Cambió en el mostrador de periódicos y depositó dos monedas en la ranura, buscando en la guía de Nueva York. Pidió el número de Tassy un poco trémulo. Al solicitar que le pusieran la conferencia, la telefonista le indicó que depositara otro medio dólar. Así lo hizo, y la imagen de Ted Laurents apareció en la pequeña pantalla del teléfono. Se sorprendió al ver a Macklin.

—Oh, Mr. Macklin —dijo—. Aguarde un minuto. Tassy está aquí.

—Se separó de la pantalla, dando la impresión de que atravesaba una espesa pared.

Un momento después, Tassy apareció en la pantalla en el lugar de Ted. Llevaba un suéter de manga larga y pantalones ajustados, de color castaño, los pantalones de tono algo más oscuro. Aquellas ropas la hacían parecer más esbelta, más delgada de lo que él la recordaba.

Estuvo contenta de verle.

—¡Papá! ¿Dónde estás?

—En Chicago —dijo, dándose cuenta de que no tenía mucho más por decirle—. En escala. El avión se ha detenido y...

—¿Hacia Panamá? —preguntó ella.

Le había contado algo respecto a su viaje, no mucho, pero ella sabía que lo hacía.

Movió la cabeza afirmativamente. Se le ocurrió, el verla ataviada con ropas a la usanza de los habitantes de tierra firme, que ella debería necesitar comprarse casi un equipo completo de ropa. Las ropas que usaba en el fondo del mar no eran adecuadas para las estaciones de tierra Arme. Tal vez útiles para el trópico, pero en Norteamérica...

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Quiero decir...

La muchacha se rió.

—Estoy estupendamente, papá —dijo—. ¿Y tú? ¿Te encuentras bien?

—Sí. claro... no estás preocupado?

Movió la cabeza.

—No, hija. No lo estoy —le aseguró. Consultó su reloj. El avión saldría dentro de ocho minutos—. ¿Marcha todo bien en la escuela?

—Me encuentro estupendamente en ella —dijo—. Y en cualquier otra parte, también. Todo marcha bien. No es como yo temía que fuera. Quiero decir, que la gente es maravillosa, la mayoría. No me preocupo demasiado por el tiempo, que a veces llega a ser terrible, y no sabes nunca qué va a hacer. Pero... —se encogió de hombros—. Estoy muy contenta de estar aquí.

El reloj de Macklin señalaba que sólo faltaban siete minutos.

—Tendré que dejarte ya —se disculpó—. Se me ha ocurrido en este preciso instante llamarte. Mi avión...

Ella pareció lamentarlo.

—¿Tan pronto? —preguntó.

—El avión no espera... —dijo él realista.

—Papá... cuídate mucho.

—Lo haré, descuida —dijo—. Si algo sucediera, no será porque yo

lo haya querido…

Se encogió de hombros. Era duro pensar que tal vez aquella fuera la última ocasión en que pudiera ver a su hija. Pero el avión no esperaría, ni él moriría…

—Hasta pronto —dijo, haciendo un gran esfuerzo para que su voz sonara tranquila.

—Hasta monto, papá —respondió ella.

Su voz era suave, ansiosa. Le mandó un beso con la punta de la mano, v se desvaneció.

Recogió su cartera del suelo v salió de la cabina. Tenía seis minutos. Anduvo de prisa, sin correr, atravesando otra vez la aduana, llegando al vestí bulo y al fin atravesó bajo la fría y copiosa lluvia, hacia las escaleras que conducían al interior del avión.

La delegación de la Liga se hospedaba en una mansión situada en la colina que rodeaba la ciudad de Panamá. En las noches claras, Macklin podía divisar por lo menos un millón de pequeñas lucecitas en la metrópolis, cada una de ellas brillando con la misma intensidad de una estrella. Ninguna ciudad bajo el agua podía igualar la vasta grandeza parecida a una constelación estelar que ofrecía aquella escena.

Por las mañanas, había las sesiones para discutir los asuntos que habían motivado su viaje, en la delegación. Hablaban sobre nuevas ideas que se les habían ocurrido durante la noche, y hacían planes definitivos para las negociaciones del día. Después tenía lugar el recorrido en coche por la ciudad, seguido de un almuerzo en la embajada de la Liga. Algunas veces los miembros de las delegaciones estaban invitados a comer en cualquier otro lugar, en cuyo caso había otro coche esperándoles en la embajada.

Las conferencias comenzaban, casi invariablemente, a las doce en punto del mediodía. A veces, la sesión duraba menos de dos horas. A veces más de cuatro. Finletter fue quien llevó la voz cantante por el lado de la Liga, dirigiéndose a éste o aquél para hacer una pregunta o requerir una opinión. A veces algún asesor pasaba una nota a Nxumalo, que se sentaba al lado de Finletter. Este dejaba la nota encima de la mesa, frente a Finletter que leía su contenido mientras seguía hablando sin interrumpirse.

Cuando la sesión del día se daba por terminada, la delegación regresaba a la embajada. Entonces, haciendo un detalle completo, se discutía todo lo que había sucedido durante aquel día. Se hacían los planes para el siguiente. Se descubrían nuevos peligros o trampas. Se buscaba la necesaria información.

Luego, llegaba la noche. A veces la cena se celebraba en una u otra delegación como invitados unos de otros.

En ocasiones los comensales eran bien pocos, uno o dos como huéspedes del otro. La pretensión de relaciones cordiales entre hombres civilizados era dominante, por más que las conferencias fueran mortalmente serias.

Finletter tuvo que abandonar su proyecto de libre comercio por completo. En cambio consiguió una concesión importante, aunque no inesperada. La reafirmación del principio de libertad de los mares. Pero, como Finletter había esperado, los de tierra firme cubrieron el principio con tantas reservas y calificaciones que en realidad casi no significaba nada.

En particular, insistieron en el derecho de interceptar naves portadoras de contrabando fuera de sus propias aguas territoriales. Finletter discutió este punto, señalando que hasta el momento en que las mercancías entraran en aguas territoriales nacionales, no podían legalmente definirse como contrabando. Pero los de tierra firme, se mantuvieron en sus trece, y al final Finletter tuvo que permitirles dejar el asunto de lado.

Después de esto, las conversaciones siguieron durante varias semanas. No tuvo lugar mucho más, si bien se estableció un nuevo convenio comercial de mayor ámbito, un convenio por el cual deberían mantenerse las tarifas en vigor, al nivel actual, sujetas a una revisión posterior a través de los tratados comerciales recíprocos negociados independientemente.

Finletter consiguió que su petición a la concesión para que las tarifas no fueran aumentadas o bien extendidas para incluir nuevas mercancías, fuera aprobada. Las naciones estuvieron también de acuerdo en que —con la única excepción de las cúpulas de tierra firme todos los puertos quedarían abiertos a las naves de todas las naciones.

Finletter no se sintió feliz por este convenio. No significaba un gran avance, y no proporcionaba a la Liga unas ventajas demasiado considerables. Simplemente, había hecho todo cuanto había podido.

Pero la mayor contrariedad estuvo en cuestiones de detalle. Algunas veces, Finletter trató de traer a colación el sujeto de la evasión de tarifa y de mercancías prohibidas, y la cuestión del cumplimiento de la ley. Fue rebatido. Los de tierra firme no deseaban discutir aquellos asuntos. Preferían continuar con la situación actual, definiciones vagas y sus métodos para hacer cumplir la ley, libres.

Desesperadamente, Finletter rogó que por lo menos la Liga tuviera el derecho de tener a uno de sus miembros presente como observador

en la casa del ciudadano invadido. Incluso esto fue denegado.

Finletter había hecho lo que había podido. Por esta razón rehusó discutir nada más.

Las conversaciones finalizaron.

Posteriormente, Macklin no supo cómo ni cuándo se dio cuenta de que la mayor parte del verdadero trabajo no se realizó en la cámara donde se sostuvieron las conversaciones. Poco a poco, sin embargo, comprendió que las charlas formales o no durante las cenas o almuerzos no eran tan vulgares como parecían, que los comensales fingían y se examinaban unos a otros entre sí. Estaban alerta para descubrir la debilidad del otro, y hacían las averiguaciones que podían para saber qué líneas y proyectos tenían los demás.

Fue en estas comidas, entre vinos y cafés —donde una propuesta era examinada, y donde se sacaba una u otra conclusión sobre la misma.

En ellas, donde los duros e inflexibles límites de objetivos mínimos eran estudiados, y fue allí también, donde una vez finalizadas las conversaciones, toda la atmósfera formal y civilizada se convirtió en algo rígido y frío.

Fue entonces cuando Macklin se encontró como huésped de mesa de Jason Aldridge, uno de los miembros de la delegación americana. Se reunieron en una de las salas privadas de uno de los grandes hoteles de la ciudad. El camarero les sirvió la habitación. Una tenue música se filtraba al interior de la sala procedente de un quinteto, el de Castelnuovo Tedesco, de guitarras y algún otro instrumento de cuerda.

El bistec que comía Macklin sabía a algo parecido a la ballena. Era tierno y sabroso, y muy rojo en el medio. Pero lo comió lentamente, sin apetito, abrumado por el conocimiento de que las conversaciones estaban próximas a su fin.

Había esperado tanto. Demasiado.

Apartó la vista del plato. El americano estaba observándole. Se preguntó qué debería querer aquel hombre de él.

Entonces Aldridge habló:

—Lamentaré ver que estas conversaciones terminen —dijo. Era un hombre de mediana estatura, de cabello oscuro, delgado. Su complexión ligera le señalaba como hombre del Norte. Macklin creyó adivinar que debía estar cerca de los treinta.

—Opina usted que van a interrumpirse —dijo Macklin, con voz neutral e inflexible.

—No veo ninguna otra posibilidad —respondió Aldridge—. Su

pueblo quiere proteger a sus ciudadanos en la zona abierta, y personalmente, no puedo decir que les culpe por esto, pero yo no soy político. Y el ministro Bordus no se arriesgará a darse por vencido. Una ruptura es lo único que puede resultar de todo esto.

Era un aviso, naturalmente. El hombre se había dado cuenta de que los de tierra firme no retrocederían, a menos que la Liga retrocediera también, y las conversaciones se darían por terminadas.

—No deseo que tal cosa suceda —dijo Aldridge, y su voz expresaba sencilla y claramente el pensar de un hombre que se da perfecta cuenta de que la realidad no va siempre paralela a los más entrañables deseos de uno. —Pero si alguien no intenta arreglarlo, eso es lo que sucederá.

Macklin sabida lo que debía decir. Se sentía frío y pétreo. Pero tenía que decirlo. No podía hablar en nombre propio. Debía hablar en nombre de Finletter de la delegación y de la Liga. Pues tenía la impresión, sin que se hubiera mencionado aquello, que él servía de intermediario, y el destino y el honor de las naciones podía depender de su forma de responder.

—No sé que podríamos hacer nosotros por remediarlo —dijo, sintiéndose impotente y desvalido, cazado entre unas fuerzas superiores a las suyas—. Hemos procurado ser tan razonables como nos ha sido posible. Tenemos el derecho de proteger a nuestros ciudadanos. Si ustedes no nos permiten este derecho, no hay razón para seguir discutiendo cosas mucho menos fundamentales.

Aldridge sonrió tenuemente.

—Bien dicho —convino—. Se apoyó en el respaldo de su silla y puso la mano sobre la mesa—. Nuestra posición oficial es que los asuntos de cumplimiento de la ley son puramente asuntos de orden interno, por consiguiente no están abiertos a discusión alguna. Sin embargo, hablando según mi opinión particular, yo me siento inclinado hacia su punto de vista. Pero yo no soy político. No tengo siquiera voz ni voto en esto. En realidad, puede decirse que soy el hombre menos útil de nuestro servicio.

Macklin tenía que pensar antes de hablar. Se preguntaba qué sería lo que Aldridge estaba intentando decirle. En medio del silencio y la tranquilidad que reinaba en la habitación, la música que brotaba de las guitarras parecía una anhelante plegaria de nobleza.

Macklin frunció el ceño. Aldridge parecía estar ofreciendo algo. Pero también había puesto bien en claro que no hablaba por los de tierra firme, ni en nombre de la delegación americana, sino por sí mismo, por sí solo. Macklin no lo entendía.

¿Cómo podían dos simples ciudadanos, sin que ninguno de los dos poseyera poder alguno, cómo era posible que pudieran afectar el curso y destino de las naciones?

No... las fuerzas eran demasiado poderosas. Era inútil pensar que ellos pudieran hacer algo.

Sin embargo, Aldridge hacía una propuesta. Iba a presentar unos planes o a hacer una proposición, para que Macklin pudiera hacerla llegar a Finletter. El, Barret Macklin, tenía que ser el intermediario.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Macklin.

Aldridge estaba cortando un pedazo de carne. Dejó el cuchillo en el plato e hizo un gesto de amplio desamparo.

—No lo sé —confesó—. No sé si «puede» hacerse algo. Quisiera ver estas conversaciones a salvo, tendrían que estar a salvo. Pero... —se encogió de hombros—. No veo la manera de conseguirlo.

Macklin estaba más desconcertado que nunca. Indudablemente el hombre le había dado un aviso, una advertencia. Había dicho que las conversaciones se interrumpirían sin haber concertado nada, y había dejado entender que tal rompimiento podía conducir a un inesperado desastre. Ahora debería estar ofreciendo una salida, una solución, y en cambio no decía nada. Decía que no había «salida» alguna.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Macklin. Después con precaución añadió—: Usted sabe que no soy el hombre con quien debe hablar. Yo puedo llevar un mensaje a Mr. Finletter, pero no puedo hacer nada más que eso. Y no creo que un simple mensaje pudiera resolver muchas cosas, siendo así que su delegación no desea discutir...

Aldridge movió la cabeza.

—Lo sé. Lo sé —concedió débilmente—. Había esperado que... —Se interrumpió.

—Lo siento —dijo Macklin—. Espero que pueda comprender nuestro punto de vista.

—Lo comprendo y estoy completamente de acuerdo con ustedes —dijo Aldridge—. Pero no sucede lo mismo con el ministro b, y yo no tengo ninguna influencia.

—Ya me lo ha dicho antes esto —dijo Macklin más secamente de lo que hubiera deseado.

—Deseo poner bien en claro que estoy hablando personalmente —dijo Aldridge—. No en nombre de la Unión americana. Ellos me pidieron que acudiera a estas conversaciones porque pretendían que nuestros intereses debían tener un representante. Pero el ministro Bordua no ha velado por nuestros intereses. Por esto...

—Debe usted comprender que yo no puedo hacer nada —le recordó Macklin—. Luego haciendo una pausa, añadió—: Pero usted es americano —dijo aturdido—. ¿De qué intereses…?

—Soy americano, sí —convino Aldridge—. Pero soy también un hombre de las profundidades. Soy el ministro general de la Cúpula Stefanson.

—Ah… —dijo Macklin. Trató de recordar dónde estaba situada Stefanson. Pensó que debía estar al norte de la isla Jan Mayen. En el mar de Groenlandia. Productora de cobre, si la memoria no le engañaba.

—Yo soy de Rickover —dijo Macklin—. Creo que esto nos convierte casi en vecinos.

—Mil doscientas millas no es precisamente el apartamento del lado.

Pero Macklin no le escuchaba. Estaba empezando a comprender, muchas cosas. Sí. La gente de las cúpulas de tierra firme tenían un especial interés. Casi estaban en las mismas condiciones y situación que las cúpulas de la Liga antes de la Guerra de las profundidades. Si tenía lugar una guerra, no es que fueran vulnerables, sino que estarían condenados a muerte.

Atados por las mismas cadenas que había estado la Liga, habían ido siguiendo su curso, evitando a toda costa una guerra. Aldridge casi lo había dicho así. Macklin comprendió que debía haberse dado cuenta antes de lo que sucedía.

—¿Qué desea usted? —preguntó cautelosamente—. Ya sabe que no puedo prometerle nada.

—Lo sé —dijo Aldridge, hizo una pausa para después proseguir hablando—. Si estas conversaciones terminan y si ustedes y el ministro Bordua no llegan a un acuerdo que les satisfaga a los dos, habrá guerra. Probablemente no será en seguida, y es posible que no dure mucho. Pero mientras no se establezca un convenio, nosotros correremos el riesgo de una guerra. El ministro Bordua desea correr ese riesgo, puesto que cree, y tal vez tenga razón, que ustedes no pueden arriesgarse a lo mismo, pudiendo así hacerles bailar a su antojo. Pero nosotros, los de las cúpulas no deseamos que llegue la guerra. Sea lo que sea lo que ustedes puedan hacer en una guerra, tienen el poder para destruirnos por entero. No vacilo al creer que ustedes lo harían, si llegara el caso. Nosotros no queremos que eso suceda.

—Y nosotros tampoco —dijo Macklin—. No saldríamos muy bien parados tampoco.

Aldridge lo comprendió así.

—Nuestra Marina podría seguramente bombardearles la mayor parte de sus cúpulas —admitió—. Pero muchos de ustedes podrían salvarse. Ustedes tienen sus viviendas particulares fuera de las cúpulas. Haría falta una cantidad enorme de bombas para destruirlas todas. Nosotros por el contrario, no poseemos casas particulares. Con una bomba bastaría para destruirnos.

Macklin pensó en sugerirle la idea de que construyeran casas particulares. Parecía ser una buena solución. Pero Finletter le había explicado el motivo por el cual no deseaban exportar caparazones residenciales a Tierra firme, y por esa misma razón se contuvo de sugerir tal idea.

Pero mantener aquel silencio le hacía sentirse corno un asesino.

—Si llegara una guerra —preguntó— ¿qué harían ustedes?

—Tratar de escapar —dijo Aldridge sencillamente—. Y si no pudiéramos conseguirlo, moriríamos —Se estrujó las manos—. Es la única posibilidad que tenemos —dijo débilmente.

Macklin no pudo replicar nada ante estas palabras. Poco había por decir. Ni siquiera podía decir que lo lamentaba, puesto que sería su propio pueblo quien haría tal cosa, si llegara a suceder lo temido.

Miró el pedazo de carne. Se había enfriado, y su jugo había quedado congelado en pequeños círculos grasientos. Bueno, no importaba, no tenía hambre, y no sabía qué diría el doctor Kaunda de aquellas comidas tan poco frecuentes.

Había otras cosas más importantes.

Patéticamente, deseaba poder hacer algo, decir algo que sirviera de ayuda. Pero era bien poco lo que él podía hacer para ayudar a Aldridge y a su pueblo, sin perjudicar a la Liga. Al menos, al pensar en ofrecer su ayuda, dijo:

—Nosotros nos encontramos una vez en una situación similar. Conseguimos solventarla y continuar viviendo.

—Usted se refiere a la guerra de las profundidades —indicó Aldridge—. Y al golpe de Estado de Mason. —Movió la cabeza débilmente—. Sí. Eso dio resultado… una vez. Pero precisamente por esto no daría resultado si se intentara de nuevo.

Macklin arrugó la frente. No pretendía tentar pero al pensar en ello de nuevo, creyó que podía ser una solución.

Sin embargo, el hombre rehusaba tal idea.

—¿Por qué no? —quiso saber.

—Usted no ha estado nunca en nuestras cúpulas —indicó Aldridge.

—No. Evidentemente —respondió Macklin.

Aldridge sonrió salvajemente.

—Naturalmente que no —repitió—. Ellos no le dejarían entrar. ¿Sigue queriendo saber por qué?

Macklin hizo un gesto de ignorancia.

—Por la misma razón que no podemos mandar nuestros buques de carga directamente —explicó decidido—, Quieren mantenernos separados.

—Temen que ustedes nos convenzan para romper nuestras ataduras con Tierra firme —le explicó Aldridge—. Están haciendo lo que pueden para evitar que estemos en contacto con ustedes. Recuerdan muy bien lo que hizo Mason. Y están decididos a que no vuelva a repetirse aquello.

Tenía sentido. Macklin creyó que él haría lo mismo, si estuviera al mando de una Unión.

—Tienen una guarnición que nos mantiene en orden —explicó Aldridge—. Una guarnición considerable. Todas las cúpulas la tienen. Guardias por todas partes. Ellos nos han contenido de formar nuestras casas al exterior, y no nos permiten tener armas. Si no fuera por esto todavía tendríamos algunos derechos, han encontrado también el medio de evitar que poseyéramos nuestros propios batiscafos convirtiéndolo en algo así como un deporte para quien puede permitirse tal lujo.

—¿Creen realmente que ustedes se revelarían? —preguntó Macklin.

—¿Por qué no? —quiso saber Aldridge—. Mason lo hizo. Y hay varias armas que han pasado a través de la vigilancia aduanera, cuchillos, bombas, armas, todo cuanto se le ocurra. Pero tal vez ellos tengan razón. Yo sé una cosa en la cual ellos tienen razón. Al menos algunas de estas armas han venido a través de ciudadanos de la Liga. Tal vez crea usted que nuestras fuerzas han estado invadiendo las casas de sus ciudadanos para persecución, pero no es así. Están tratando de evitar el tráfico de armas.

Macklin estaba sorprendido.

—¿Está usted seguro de que nosotros...?

—Yo no sé si la Liga está enterada de esto —dijo Aldridge—. Pero algunas de las armas que han podido pasar a través de nuestras vigilancias, han llegado procedentes de manos de ciudadanos de la Liga. Personalmente, no me importa. Si ellos nos hubieran dejado tener armas en primer lugar... —Hizo un gesto ambiguo—. Esto no varía las cosas. No podemos levantarnos en revuelta. Nos vencerían sin tiempo a comenzar. Las guarniciones son demasiado fuertes.

Macklin estaba viendo un nuevo aspecto del conflicto entre las dos naciones, por primera vez.

—Supongo que debemos dar alguna clase de garantía —sugirió vacilante—. Una garantía de que las armas…

Aldridge movió la cabeza.

—Es ya demasiado tarde para esto —dijo—. No serviría de nada. Todavía siguen entrando armas, y aunque no hubiera pruebas de donde proceden…

Dejó la frase sin terminar.

Macklin volvió a observar el pedazo de carne fría en su plato.

—Así pues cree que no hay gran cosa que nosotros podamos hacer —dijo.

—No. Nada —respondió Aldridge—. Si viene una guerra… —Se encogió de hombros—. Creo que todo lo que podemos hacer es esperar, y dejar que las cosas sigan su curso.

Vaciló entonces, como si hubiera dicho todo lo que había que decir. Luego, súbitamente, volvió a empezar.

—Pero queremos que sepan —dijo— que… nosotros los de las cúpulas, si las cosas fueran distintas, seriamos sus amigos.

Macklin le observó, y vio la sinceridad en sus ojos, en el gesto de sus cejas e incluso en la boca.

Y se dio cuenta de que aquel hombre sentado frente a él, era a su manera, otra sombra de la muerte como él mismo. Los dos estaban condenados a morir.

—Lo siento —dijo Macklin—. Esto no cambia las cosas en absoluto. No. No podemos hacer nada.

VI

No había anochecido por completo cuando Macklin regresó a la mansión. Finletter no estaba allí. Macklin entró y se sentó en la salita situada al lado del vestíbulo, dispuesto a esperarle. Para pasar el tiempo, se entretuvo hojeando un ejemplar del Panamá Tribune, algo muy curioso parecido al periódico que editaban ellos, pero impreso en tinta en lugar de ser tele-producido como el de ellos.

Estaba lleno de noticias para leer. Según una de las noticias que pudo leer en la quinta página, Finletter y la Liga estaban poniendo deliberadamente obstáculos a las conversaciones comerciales. El informe decía que Finletter estaba insistiendo en insensatas estipulaciones y tratando de interferir los asuntos internos de la Unión Americana. Sin embargo, más inquietante era el comentario de un hombre en el informe, que si, como parecía probable, la Liga abandonaba las conversaciones, tal vez las otras naciones participantes pudieran conseguir algo terminándolas.

En las últimas páginas del periódico había otro informe que llamó la atención de Macklin. Un grupo de ciudadanos de la Liga arrestados acusados de contrabando, habían sido puestos en libertad por falta de pruebas. Habían estado prisioneros durante tres semanas. No se decía nada respecto a las circunstancias en que habían sido arrestados.

La lectura de aquello puso a Macklin de mal humor. Se preguntaba qué clase de periodicucho era aquel que permitía una tergiversación tan fantástica de los hechos. Dobló el periódico y lo arrojó sobre la mesa.

Entonces recordó algunas de las cosas que Aldridge había dicho, y de pronto se preguntó si había alguien completamente cuerdo o totalmente equivocado. Era una cosa digna de meditar.

Llegó Finletter. Su coche se deslizó suavemente hasta delante de la puerta. Finletter saltó al suelo y entró en el vestíbulo, pasando al interior.

Macklin se levantó para salirle al encuentro, pero no fue necesario,' Finletter se dirigía a la puerta de su habitación.

—Míster. Finletter —comenzó Macklin.

Finletter movió la mano.

—Luego —dijo.

—He averiguado algo —insistió Macklin.

—De acuerdo —concedió Finletter de mala gana—. Hable.

Macklin se acercó más a él.

—Los americanos están divididos —dijo—. Su pueblo de las profundidades está con nosotros.

—¿Eso es todo? —preguntó Finletter.

—¿No es bastante? —preguntó Macklin.

Finletter dio un bufido.

—Mi querido amigo —dijo—. Hace años que sabemos esto. Y no tiene ninguna importancia.

—Pero... —vaciló Macklin.

—Si tuvieran algún poder político, la cosa sería distinta —dijo Finletter—. Pero no lo tienen. Prácticamente hablando no son más que prisioneros, peones de ajedrez. No hacemos nada con poseer sus simpatías.

Había sufrido un desengaño, una deshinchadura, había creído que, de una manera u otra, Finletter hubiera podido hacer uso de tal hecho para salvar las conversaciones, convirtiéndolo en una ventaja a favor de la Liga. En cambio, Finletter lo sabía desde hacía tiempo y había llegado a la conclusión de que no tenía ninguna utilidad.

Macklin se encogió de hombros. Se sentía como si hubiera estado loco, pero... no era el fin del mundo. Comenzó a andar alejándose de Finletter.

Este le detuvo poniendo la mano en su brazo.

—Espere —ordenó—. Quiero que oiga lo que voy a decir.

Dio un paso para entrar en la habitación y miró a su alrededor. Casi la mitad de los miembros de la delegación se encontraban allí.

—Caballeros —anunció— nos vamos a casa. Mañana por la mañana partiremos.

En el silencio que siguió a estas palabras, nadie osó hablar. Y por un momento, nadie se movió. Todos ellos sabían que las conversaciones estaban a punto de suspenderse. Durante la última semana habían estado esperando que aquello sucediera, como quien vela a un moribundo en sus últimas horas de agonía. Ahora había sucedido, tan de súbito e inesperado como la misma muerte.

—Díganselo así a los demás —ordenó Finletter, dando la vuelta para salir de la habitación.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Macklin, aturdido.

Finletter se detuvo. Se encaró a Macklin, vacilando indeciso. Los hombres eme llenaban la habitación fueron saliendo al vestíbulo. Luego, bruscamente, Finletter hizo entrar a Macklin en la habitación.

—He comido con el ministro Bordua —dijo—. Y con Harkness Lithebe de la delegación sudafricana. Son los jefes. Si ellos están de acuerdo en una cosa, las demás naciones la aceptan. Les hice mi

última oferta.

—No creía que pudiéramos ofrecerles nada más —dijo Macklin.

—Siempre es posible hacer otra oferta más —le explicó Finletter—. Naturalmente, cuando uno está decidido a no declarar sus propósitos, esto es difícil. Pero en esta ocasión tenía algo para ofrecerles.

Macklin trató de imaginar qué podía ser. Se levantó.

—¿Qué fue? —preguntó.

—Ofrecí ceder en todo lo que habíamos pedido a cambio de una sola concesión de la parte de ellos —dijo Finletter—. Les pedí reconocer como territorio de la Liga todo el terreno deshabitado que rodea nuestras cúpulas. Todavía he estimulado qué no podríamos reclamar territorio excepto donde hubiera territorio consolidado dentro de las cinco millas de la casa en la que la extensión se basa.

De momento. Macklin quedó confuso, pero al reflexionar, comprendió.

Era una buena idea. Le gustaba. No sólo significaría el alivio a los temores de los de tierra firme de que la Liga pudiera reclamar todo el fondo del mar, sino que permitirla también, que los suburbios de las cúpulas se extendieran indefinidamente, siguiendo protegidas por los derechos territoriales.

—¿Pero no han aceptado? —dijo Macklin.

—Se han negado incluso a considerarlo —confesó Finletter amargamente—. Les puse en un callejón sin salida, estaban atrapados. No podían rebatirme. Se basaba de manera demasiado firme en aceptar la ley internacional. Pero no han querido aceptar. Sin embargo, han dicho que esto quedaba al margen de nuestra conferencia. No han querido siquiera hablar de ello.

Macklin meditó un momento antes de decir:

—Bien, al fin y al cabo, tal vez sea cierto, ¿no?

—¿Qué es cierto? —preguntó intensamente Finletter.

—En realidad se trata de algo que no puede decidirse en unas conferencias comerciales —explicó Macklin—. Quiero decir que, no se supone…

Finletter exclamó:

—Si hubieran deseado acceder, lo habrían hecho. Cualquier clase de trabajo entre naciones puede firmarse en cualquier lugar que se desee. No. Simplemente, no deseaban aceptar. Quieren continuar con sus invasiones y escaramuzas. Creen que estamos demasiado asustados y temeroso de que empiece una guerra para defendernos.

—¿Y no lo estamos? —preguntó Macklin.

—Hay un punto tras el cual no podemos permitirles que vayan

empujándonos —expuso Finletter, serio—. Si les permitiéramos que continuaran empujándonos, podríamos muy bien cesar de ser una nación independiente. En realidad, no seríamos independientes. Sin embargo, suceda lo que suceda, estamos decididos a no permitirles que nos empujen demasiado.

Se detuvo entonces, estudiando el rostro de Macklin como ansiando asegurarse de que Macklin estaba verdaderamente impresionado. Macklin movió la cabeza. Era algo difícil de digerir, pero movió la cabeza. Tenía la garganta seca.

No podemos hacer nada más aquí —siguió Finletter—. Sin embargo, haré unas declaraciones a la prensa, mañana por la mañana, y luego tomaremos el avión de regreso a McKinley. Contempló unos momentos la silla y suspiró profundamente.

—Un gran hombre tal vez hubiera sido capaz de conseguir algo aquí —confesó—. Un gran hombre habría sabido hacerse cargo de la situación y les habría dominado. Pero yo... yo no soy un gran hombre. No tenemos ningún gran hombre. Temo que nuestro país... nuestra Liga...

Sacudió la cabeza, como queriendo alejar de sí el pensamiento. Era algo que no deseaba creer.

—Tal vez suceda algo —dijo, pero su voz sonó dudosa. Era un hombre sin esperanzas ni ilusiones.

—Nuestro avión partirá a las diez —dijo, cambiando bruscamente de conversación—. Usted vendrá con nosotros. Es importante que marchemos todos juntos. En grupo. A efectos de impacto psicológico y para las relaciones con la prensa. Habrá un avión en McKinley que le conducirá hasta Rickover. Espero que todo vaya bien.

Aquellas palabras sonaron como si se tratara de un viaje extra, pero Macklin asintió.

—Sí. Naturalmente —murmuró.

Luego al ver que Finletter no decía nada más, se levantó de la silla.

—Será mejor que vaya a preparar mis cosas —dijo.

—Sí. Claro —repuso Finletter, ausente.

Macklin dejó al hombre allí, con la barbilla apoyada pensativamente en la mano. Si Finletter le vio salir, no lo demostró.

El avión volaba a unos setenta mil pies en dirección al Caribe. Macklin se levantó de su asiento y se dirigió hacia la parte de delante.

Se sentía como si el fracaso de la conferencia fuera un fracaso personal. A pesar de saber que aquella misión estaba condenada de antemano al fracaso, no podía evitar sentir de aquella manera.

Y vendría una guerra. Eso era lo más duro de aceptar, pero no veía

la manera de evitarla. Mientras la Liga y ¡la Unión Americana no cambiaran de actitud, no podría evitarse.

Y Jason Aldridge y su pueblo —de todos los americanos los que menos deseaban la guerra— serían los que más daños recibirían.

Y Tassy. Si se casaba con Ted Laurents, y Macklin estaba casi seguro de que lo haría, ¿dónde vivirían? Ella había dicho una vez que él había crecido bajo el agua, y que estaba cursando unos estudios que le permitieran luego trabajar y emplearlos en las profundidades. Y dudaba de que ella pudiera jamás encontrarse realmente como en casa en un lugar que no fuera el fondo del mar. Vivirían, supuso, en una de las cúpulas de tierra firme.

Por consiguiente, la guerra les perjudicaría también a ellos.

Finletter se hallaba descansando en una silla extensible en la parte delantera del avión. Delante sólo había el cielo casi negro y el horizonte.

—¿Puedo hablar con usted? —preguntó Macklin.

Finletter levantó los ojos del informe que estaba leyendo.

—Desde luego —consintió.

Descruzó los tobillos y se levantó. Miró a su alrededor. La silla más próxima estaba a varios pies. Movió la suya hasta dejarla frente a la otra y haciendo un gesto a Macklin le indicó que se sentara.

—¿Que desea?

Macklin se sentó en la silla pero no se echó atrás.

—He estado pensando —dijo lentamente, sabiendo con terrible certidumbre que tendría que persuadir al hombre a acceder a una cosa a la cual era contrario.

—El pueblo de las cúpulas de tierra firme —siguió— si tuvieran alguna oportunidad en caso de guerra, estarían de nuestro lado.

Tenía que proseguir pero Finletter movió la cabeza.

—No es así exactamente —corrigió—. Ellos temen lo que podríamos hacerles, lo que les haremos, si llega una guerra. Querrían que nosotros creyéramos que son nuestros amigos, pero eso no es cierto. No sienten mucha simpatía hacia nosotros. Se trata simplemente de que ellos no desean una guerra porque saben que nosotros les destruiríamos si tuviera lugar. No deben tener miedo de la gente de la orilla, somos nosotros quienes les destruiríamos, si llegara una guerra. Por consiguiente, pretenden estar de nuestro lado.

Macklin pensó en estas palabras. Probablemente fueran ciertas, pero esto no variaba las cosas.

—¿Sin embargo, no podemos servirnos de ello?

—¿Servirnos de qué? —quiso saber Finletter.

—Dice usted que nos temen —explicó razonable mente Macklin—. Bien pues, si llega una guerra, no sería necesario en realidad bombardear sus cúpulas Si simulamos estar a punto de hacerlo, se rendirán. Creo que debemos darles esta oportunidad.

—Ya habíamos pensado en esto —dijo Finletter—. Por desgracia no es tan sencillo como parece. En primer lugar, las guarniciones militares, son las que tendrían que rendirse, es decir, sí la rendición fuera a significar algo. Pero ellos no representan la actitud general. Con toda probabilidad, preferirían luchar. En segundo lugar, este acercamiento no satisfaría nuestras exigencias estratégicas. Recuerde, nuestra única esperanza de ganar una guerra, o por lo menos de sobrevivir a ella, depende continuar siendo sólo la mayor fuente de aprovisionamiento de mineral básico para tierra firme. A menos que esta condición exista desde el mismo comienzo de la guerra, prácticamente hablando, no hay nada que pueda impedir que nos bombardeen y destruyan todas nuestras cúpulas. Por consiguiente, en el momento de estallar la guerra, debemos destruir las suyas antes de que ellos lo hagan con las nuestras. Si nos limitáramos a capturarlas, los de tierra firme podrían esperar recapturarlas prácticamente intactas, y las tendrían de nuevo en orden completo en el plazo de una semana.

Macklin quería discutir. Deseaba protestar. Pero no podía. El hombre tenía razón. Todo lo que podía hacer era regresar.

—Bien, por lo menos podría dejarme usted que les vendiera caparazones residenciales —dijo—. Al menos podríamos dar esa oportunidad al pueblo.

Pero mientras lo decía, sabía lo que Finletter replicaría.

—No —dijo Finletter—. Ese pueblo, la mayor parte de él, son personal muy bien preparado. Tienen experiencia en el funcionamiento y mantenimiento de la cúpula, y son los únicos de tierra firme que poseen tales conocimientos. Son tan valiosos para los de tierra firme como para las cúpulas en sí. Sin ellos, la reconstrucción les costaría a los de tierra firme el doble o el triple de tiempo que ellos emplearían. Tal vez, con el paso del tiempo dependerán de nosotros, podremos exigirles ciertas condiciones. Tal vez podamos conseguir un control absoluto sin discusión, de todo el fondo del mar.

Hizo una pausa, meditando aquella posibilidad.

—Además, como es natural, los de tierra firme, no permitirían levantar casas particulares en su territorio submarino. Prefieren mantener a su pueblo bajo un control absoluto.

—¿Lo mismo si son de ellos que nuestros? —concluyó Macklin.

—Temo que sí —afirmó Finletter—. Cuando esto se convierte en un asunto de estado, compréndalo, no queda lugar para los instintos humanos. No hay lugar para ellos.

Desilusionado, Macklin se levantó.

—Creo que tiene razón —dijo admitiéndolo a pesar suyo.

Bien, lo había intentado. Al menos lo había intentado. Si su corazón cesaba de latir al próximo latido, si el aparato que llevaba en el pecho fallaba con el corazón al intentar ponerlo nuevamente en marcha, al menos podría morir con el pleno conocimiento de haber hecho todo lo que pudo, que sin la autoridad que sólo pueden tener los gobiernos, no había podido hacer nada más, y que, si el mundo no era un lugar mejor donde poder vivir bien, no sería porque él no lo hubiera intentado.

Regresó a su asiento en la parte posterior del avión.

VII

De modo que Macklin regresó a la cúpula Rickover, y a su oficina en «Aceros del Fondo del Mar».

El fracaso de las conversaciones pesaba sobre él, pero apenas parecía haber estado ausente. El primer informe sumario que había en su mesa la mañana de su regreso era el que se refería al depósito de acero al norte de Spitsbergen.

No había buenas noticias. La situación no había cambiado. La intensiva búsqueda de otros minerales en aquella región no habían dado como resultado nada de valor. Una cúpula construida únicamente para la extracción del mineral costaría más de lo que la riqueza y abundancia del depósito pudiera justificar.

Sólo podía hacer una cosa. Sentidamente, escribió: «Desechar», en una hoja de papel que prendió con un alfiler en él informe.

Y aquél sería el fin del asunto.

La rutina diaria le absorbía. Cada mañana se levantaba en la quietud de su casa vacía. El cocinero le había preparado el desayuno que había pedido la noche anterior, comía y se vestía. Conducía hasta la ciudad, recogía su correo, en la estafeta de correos, luego se dirigía a su oficina. Permanecía allí todo el día, tomando el almuerzo allí mismo, y regresando a casa al anochecer.

Era una vida monótona e invariable. Incluso su trabajo había perdido todo atractivo. A veces sospechaba que su vicepresidente se encargaba de la mayor parte del trabajo más pesado, que los demás tomaban las decisiones más difíciles. Pero no estaba seguro, por esto no decía nada. De todas formas, pronto sería todo suyo.

La segunda semana de diciembre, recibió otra carta de Tassy. Había ido escribiéndole k.o. razonable fidelidad cada dos o tres semanas, y según la mayor parte de las cartas, era muy feliz y no tenía ninguna dificultad en la escuela ni con la gente de allí. El tiempo, desde luego, era lo que la molestaba algo. No podía acostumbrarse a la lluvia, a la fría humedad y al aguanieve del pasado año en New York. Se quejaba de que el tiempo fuera de una dureza indigna y debía ser abolido.

A excepción de esto, lo único que la preocupaba era la salud de Macklin. Se preocupaba por él. Apenas parecía necesario, pensó Macklin. Su corazón no le había vuelto a atormentar desde su estancia en el hospital, y gradualmente iba sacando la conclusión de que todavía le quedaba algo de vida. Al contestar sus cartas, trataba

cariñosamente, de convencerla. Era difícil conseguirlo.

Pero en ninguna de sus cartas, le decía nada verdaderamente importante.

Hasta entonces. Esta vez era diferente. Esta vez tenía algo que decir.

«… de manera que hemos decidido casarnos», concluía. Su escritura era clara y las líneas bien espaciadas y paralelas. Como si, pensó Macklin, lo hubiera decidido tranquilamente y no le preocuparan ya las consecuencias.

«… pero no pienses que es porque debamos hacerlo —seguía su carta—. Estuvimos hablando de ello, pero no es por esto. Es porque queremos hacerlo. Simplemente.»

Su carta seguía. Explicaba que Columbia les daría dos semanas de vacaciones, que ellos aprovecharían para regresar a casa. Entonces se casarían en Rickover, antes de regresar.

Ella no lo decía, pero Macklin lo comprendió así. Le correspondía a él arreglar lo del enlace.

Dejó la carta sobre la mesa. Estaba contento de cómo habían marchado las cosas. Se sentía aliviado. Ahora, cuando su corazón dejara de latir, su marcha no dejaría un vacío en la muchacha. Aquello le agradaba.

Tras un momento de vacilación, abrió el teléfono privado. Se puso en contacto con el consulado americano. Apareció un recepcionista.

—Mr. Laurents, por favor —dijo Macklin.

—¿De parte de quién?

Macklin dio su nombre.

—No sé si me conocerá —dijo—. Pero se trata de un asunto particular. Si prefiere llamarme él…

—Un momento, por favor —dijo. Su imagen se hizo borrosa, y desapareció, apareciendo en su lugar un hombre.

Este era calvo, con algunos cabellos grises a ambos lados de la cabeza. Macklin apenas se dio cuenta de nada más. Sólo la suave y reluciente calva y los oscuros y profundos ojos que le inspeccionaron, primero, rápidamente, luego con atención, con la tranquilidad de un simple espectador.

—¿Es usted Barret Macklin? —preguntó el hombre. Y añadió—: Recuerdo su nombre de ¡algo. Yo…

—Temo que no nos hayamos presentado —empezó Macklin—. Pero… usted debe ser Mr. Laurents, ¿no es cierto?

—El mismo —aseguró el hombre confidencialmente—. Harold Laurents. Vice cónsul de aquí. ¿Qué puedo hacer por usted? Supongo

que debemos habernos visto con anterioridad. Yo…

Bruscamente hizo chasquear los dedos.

—Ahora recuerdo —dijo contento y satisfecho de su memoria—. Hemos recibido una llamada telefónica relacionada con usted desde Panamá. Estuvo en la conferencia comercial que tuvo lugar allí. —Movió la mano en señal de despreocupación—. No tiene por qué preocuparse, nada de esto es asunto de informe público. Sin embargo me sorprende que se haya enterado de ello. Tendrá que creerme…

Era como tratar de hablar al viento.

—El motivo de esta llamada no tiene nada que ver con eso —dijo Macklin—. He recibido una carta de mi hija esta mañana, y…

Laurents le interrumpió.

—¿Su hija? —repitió. Se dio una ligera palmada en la frente—. ¡Naturalmente! —exclamó—. Nunca se me hubiera ocurrido relacionarles, ¿sabe usted? ¡Es con su hija con quien desea casarse mi hijo!

Macklin movió la cabeza.

—Me gustaría hablar con usted respecto a este asunto.

El americano abrió las manos en gesto de bienvenida.

—No faltaría más —dijo.

—¿Cuándo podría verle? —preguntó Macklin.

Laurents meditó unos instantes, mirando a lo lejos.

—¿Esta noche? —sugirió—. Estoy seguro de que Alice se alegrará de conocerle, lo estará. Es mi esposa —explicó.

—Esta noche, pues —confirmó Macklin—. ¿A las siete?

—A las seis y media, si le parece bien —ofreció Laurents—. Aquí, naturalmente, en mi apartamento.

—Allí estaré —prometió Macklin.

Se saludaron entre sí con un gesto, y Macklin cerró la conexión. La imagen de Laurents desapareció de la pantalla, y el espacio donde él había estado se tornó claro y vacío.

En su mesa encontró otro informe del mercado. No era muy halagador por cierto. Las ventas de caparazones residenciales habían disminuido y seguiría disminuyendo. Y la mayoría de ciudades de la Liga tenían muy poco espacio libre dentro de sus respectivas zonas residenciales.

«Era posible», decía el informe, «que las ventas mejoraran a través de anuncios diseñados con el propósito de aumentar los precios en desuso. Pero tales ideas no eran muy prometedoras. Por el presente, al menos, los valores del comercio interior eran demasiado altos».

El informe señalaba como otra posibilidad la construcción de

cúpulas de apartamentos, con lo cual podría aprovecharse mejor el espacio disponible dentro del límite de las cinco millas. Pero las pocas pruebas que se habían hecho en construcciones de aquel tipo no habían dado muy buenos resultados. Si uno vivía en un apartamento de una cúpula no debía tampoco tener que salir de la ciudad-cúpula, en primer lugar.

El futuro no se presentaba muy halagüeño, y no mejoraría hasta que los de tierra firme aflojaran la presión que ejercían sobre la Liga. Todo se resumía en esto.

Los de tierra firme debían ser detenidos.

VIII

Foco antes de las seis y media, Macklin llegaba al consulado americano.

Quedaba algo apartado del paseo, con una alta verja y un amplio jardín en la parte delantera. Mostraba muchas flores de raras especies. Hojas lozanas que se alzaban lujuriosas. Dos árboles que se alzaban al cielo con sus magníficas ramas extendidas. El paseo hasta la entrada estaba hecho con tierra de verdad.

Las puertas del consulado estaban abiertas, los entrepaños a cada lado. Eran gruesos y macizos, como si los constructores los hubieran diseñado así para que resistieran contra los embates de la gente.

Puede que alguna vez tuvieran que comprobar su eficacia, pensó Macklin, mientras penetraba en el vestíbulo. Un guardia uniformado y armado, se alejaba en aquel momento del mostrador del conserje, donde había estado apoyado hasta entonces. Observó tranquilamente a Macklin, como si fuera un sospechoso, pero guardándose su opinión para sí. En el techo una lámpara difundía una luz fría, suave, que al entrar de fuera parecía pálida. En mármol negro, en la pared situada detrás del mostrador de la recepción colgaba un friso bruñido que sugería en amplias y bien señaladas líneas los contornos de la forma de los dos continentes unidos entre sí y que era la Unión Americana.

El mostrador estaba desierto.

Macklin girándose se dirigió al guardia.

—¿Podría usted ayudarme? —preguntó—. Estoy aquí para ver a Mr. Laurents.

—Sí, señor —dijo el guardia, con voz ligera—. Se dirigió al mostrador—. Ya me lo ha dicho. —Se inclinó sobre la mesa. Había una pequeña pantalla particular, que reducía el sonido de su voz en un murmullo. Después de un momento, la pantalla se apagó.

—Ahora mandará a alguien —dijo el guardia.

Esperaron. El silencio era embarazoso. Intentando aliviar aquella situación momentánea, Macklin preguntó:

—¿Le gusta estar aquí?

—Tengo que ir donde me mandan, señor —respondió el guardia, y su voz era tan carente de expresión como un muro.

Macklin desistió de hacer ningún otro comentario. Alguien llegaba. La pared situada a la izquierda de la recepción quedó abierta hasta el suelo dejando paso a una muchacha, que salió del interior.

Esta se le acercó. Era joven, no debería tener más que dieciséis

años y era muy bonita. Y para su sorpresa, iba vestida según la moda de las profundidades, es decir, faldita corta y un bolero. Le sentaba muy bien.

—¿Es usted Mr. Macklin? —preguntó. Luego, antes de que él tuviera tiempo de responder, añadió—: Soy Carol.

Macklin permaneció quieto allí, aturdido, completamente confundido.

—Lo siento —dijo, suavemente—. Temo no…

Su confusión divirtió a la muchacha. Se rió.

—Ted es mi hermano —explicó—. Me ha hecho venir para que le guíe hasta nuestro apartamento.

Se apartó y dando la vuelta se detuvo, mirándole.

—¿Viene?

—Oh, sí —dijo Macklin, recuperándose.

Sabía que no debía estar tan sorprendido. Era algo muy razonable que un muchacho joven tuviera una hermana. Pero tal descubrimiento le había dejado aturdido al darse cuenta de lo poco que sabía con respecto al joven con quien Tassy deseaba casarse.

Siguió a la muchacha a través de la abierta pared y penetró en el bien alfombrado pasillo hacia el ascensor. Descendieron varios pisos, y salieron a un corredor que parecía casi igual al que habían pisado antes. La muchacha le condujo a una esquina del pasillo junto a una puerta que fue abierta cuando ella llamó. Entrando, le indicó que pasara.

El hombre y la mujer que les estaban esperando se levantaron y se acercaron a él. El hombre uno o dos pasos delante. Contrariamente a la muchacha, vestían trajes a la usanza de tierra firme. El hombre, con pantalones hasta los tobillos y un pañuelo atado bajo el cuello de la camisa. La mujer envuelta en varios metros de tela multicolor, en un traje que parecía un sari, aunque no lo era.

Harold Laurents saludó rozando con la mano la cabeza.

—Me alegra tenerle en nuestra casa —se congratuló. Alargó una mano para tomar la capa de Macklin. Este se la entregó, y aquél se alejó unos pasos para ir a dejarla en el perchero.

Mientras Laurents se ocupaba de esto, la mujer dio un paso hacia Macklin diciéndole algo gentil y gracioso, pero dicho en voz tan floja que apenas fue audible. Macklin lo tomó como una cariñosa bienvenida, y sonriendo se llevó la mano a la cabeza en señal de saludo. Parecía que le había caído simpático.

Entonces regresó Laurents.

—Esta es Alice, mi esposa —informó orgulloso a Macklin, con su

mano en el brazo de la mujer. Y señalando a Carol—. Esta es Carol... ¿O ya se lo ha dicho?

—Si en efecto, ya me lo ha dicho —dijo Macklin, ligeramente triste. Ella se reía de su mirada.

—¿Su hija? —preguntó.

Laurents se esponjó como un pavo real. Fue toda la respuesta que le dio, y todo lo que Macklin necesitaba. Laurents le hizo pasar al salón.

El salón era agradable y estaba bien iluminado. Ventanas figuradas dejaban ver a través de sus cristales hermosas vistas de montañas de picos nevados y valles resplandecientes que se extendían junto a cantarines riachuelos entre la arena y las piedras. Salpicado de cosas verdes bajo el esplendoroso cielo. A ambos lados hermosos cortinajes cubrían parte de la pared. Una pequeña alfombra mostraba las huellas del tiempo.

Se sentaron. Macklin estaba sorprendido al descubrir que su silla, igual que las de los demás, de una materia rígida de aspecto similar al plástico, era suave y confortable a la vez.

Cuando levantó la vista, vio a Laurents que estaba observándole. Le hizo pensar en un gato alerta, por la manera silenciosa en que Laurents le miraba, esperando que empezara a hablar.

—Esta mañana he recibido carta de mi hija —dijo, decidiéndose a empezar.

Laurents seguía observándole todavía y esperaba que añadiera algo más.

—En ella me cuenta que va a casarse con su hijo —dijo Macklin.

Laurents movió la cabeza, como confirmando aquella noticia.

—Eso dice Ted en su cable. Espero que no tenga nada que objetar.

Macklin movió la cabeza.

—No... Nada —dijo rápidamente—. Pero... bien, no estoy muy seguro de lo que usted opina al respecto.

—Encantados de que entre a formar parte de nuestra familia —le aseguró Laurents, cariñosamente—. Ted la trajo a casa en varias ocasiones y nos gustó. Vaya que sí. De haber sido veinte años más joven, y de no estar Alice aquí... —Hizo un gesto señalando a su esposa y pareció muy contento.

—Vamos, Hal —reprendió ella suavemente, con un brillo de divertida coquetería en sus ojos.

Incluso ahora, dentro de sus cincuenta años, sin duda, era una mujer hermosa.

Laurents le dio unas cariñosas palmaditas en la mano.

—Estoy tratando de decir —dijo, afable— que tiene usted una hija encantadora. Nos encanta tenerla con nosotros.

Era agradable oír tales palabras, pensó Macklin, pues sonaban sinceras y francas. Había temido mucho que ellos no estuvieran de acuerdo con aquella unión. Pero no había nada de eso, más bien estaban sorprendidos al ver eme él había sido quien había llevado el asunto a colación.

—No tiene por qué preocuparse —le dijo Laurents.

Bruscamente, entonces, se enderezó haciendo chasquear los dedos.

—Casi lo había olvidado —dijo, extrañado. Girándose hacia la muchacha añadió—: Abre el armario, Carol.

Esta se levantó de la silla. Era el centro de la atención, y parecía saberlo. Cruzó rápidamente la sala en dirección al armario, inclinándose para abrir los paneles del mismo. Al hacerlo, quedó a la vista un mueble bar, con la bandeja a punto.

—Canadiense —decidió Macklin—. Y agua.

—¿Hielo? —preguntó.

Macklin movió la cabeza afirmativamente, y la muchacha depositó unos cubitos de hielo en el vaso llenándolo y entregándoselo. Permaneció a su lado mientras lo probaba.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Estupendo —aseguró.

Anteriormente le gustaban las bebidas fuertes pero el doctor Kaunda le había dicho que debía dejar de tomarlas, pero... bien, por un vaso no iba a morirse.

La muchacha regresó al mueble bar y preparó las bebidas para sus padres, preparando luego otra como la de Macklin para ella y regresando a su silla.

Macklin dejó el vaso a la mitad en la mesilla.

—Hay algo más que desearía saber —dijo, sin saber cómo hacerlo. Se sentía incómodo. Eran demasiadas las cosas que quería saber—. ¿Qué va a ser de ella? —preguntó—. Quiero decir...

Laurents le contempló aturdido. No parecía comprenderle. Haciendo un esfuerzo, un intento para seguir sus pensamientos dijo:

—Ted es un buen chico. No tiene que...

—¡Oh! —Laurents estaba asombrado—. ¿Se refiere usted al hecho de que Ted es americano?

—Bien, en parte sí, eso es —dijo Macklin con cautela—. Hay...

—No tiene por qué preocuparse por nada —le aseguró Laurents—. Ella se convertirá automáticamente en ciudadana americana. No podrá votar, naturalmente, a menos que tenga los papeles en regla. Pero

aparte de esto, será exactamente igual como si hubiera nacido allí.

Todo aquello le pareció demasiado rápido, sencillo y claro a Macklin.

—¿Y esto qué importancia tiene? —preguntó críticamente. No pretendía ofender, desde luego, pero al pensar en la manera que los de tierra firme, especialmente los americanos invadían las casas de los ciudadanos de la Liga, sin pensar siquiera en los más remotos principios y derechos humanos, fue el motivo de su entonación.

—En efecto la tiene —respondió Laurents, sin poder ocultar la sorpresa que le había producido aquella pregunta—. Significa que ella tendrá todos los derechos de que goza cualquier ciudadano según consta en nuestro Tratado de Naciones, su propia «Convención de Derechos del Ciudadano» está basada en gran parte en ese tratado.

—¿Funciona bien en la práctica? —interrumpió Macklin.

—Claro. Naturalmente —dijo Laurents. Por ejemplo, mi gobierno querría prohibir la propiedad de batiscafos particulares, que contribuyen en mucho al tráfico de armas de contrabando. Pero los estatutos de propiedad privada no lo permiten. Sí, hace unos años, incluso los impuestos especiales fueron declarados confiscados y tuvieron que ser suprimidos.

Macklin movió la cabeza. Había oído algo de eso. Se había cuadriplicado el mercado potencial de batiscafos en la Unión Americana. Pero...

—¿Y qué me dice de las invasiones? —preguntó—. ¿Invaden las casas de su propio pueblo como hacen con las nuestras?

Laurents se encontraba violento.

—Lamento este asunto —dijo—. Creo que cometen una equivocación; están seguros de que pueden causar serios quebraderos de cabeza otro día. Si yo pudiera dar mi opinión, ya les hubiera detenido.

—Esa no es la respuesta que yo he solicitado —le recordó Macklin.

Laurents le miró fijamente, pálido, por un momento.

—¿Pues qué...?

Pero entonces comprendió.

—Un ciudadano americano posee unas garantías contra la búsqueda y detención ilegal.

También contra el arresto en tales circunstancias. No tiene que preocuparse por nada relativo a su hija en este aspecto. Como ciudadana, estará protegida por la ley, la mejor ley en los dos continentes. La razón que mi gobierno perdone la práctica en atención a los ciudadanos de la Liga, y como ya le he dicho antes, creo que

están equivocados, es que nuestro Tratado de Naciones no dice nada respecto a los derechos de los extranjeros. Nosotros no hacemos extensivos nuestros derechos y privilegios al pueblo de otros países. Ni, estrictamente hablando tendríamos porqué hacerlo.

Macklin vaciló, y decidió no insistir en el mismo asunto.

—De acuerdo —dijo—. Estoy satisfecho.

—¡Magnífico! —sonrió Laurents—. Pero hay otra cosa que tal vez deba usted saber. La Liga no reconocerá su ciudadanía en la Unión. Por lo que a esto concierne, ella seguirá perteneciendo a la Liga.

—¿Es posible? —preguntó Macklin incrédulo.

—¡Oh, sí! Absolutamente posible —le informó Laurents—. Naturalmente, mi gobierno no reconocerá su posición legal de la Liga, de la misma manera que la Liga no admitirá que ella sea americana. Pero mientras ella no renuncie formalmente a una de las dos nacionalidades, tendrá la ciudadanía en ambos países.

Macklin bebió un poco. Necesitaba tiempo para pensar.

Era duro tener que pensar de aquella manera. Siempre había creído que la ciudadanía envolvía la lealtad de uno, la clase de lealtad que no podía ser dividida. En cambio, según parecía, la ciudadanía era algo que un gobierno ponía sobre uno, como la marca de una fábrica, lo mismo si lo querías como si no.

—¿Podría verse en algún lío a causa de esto? —preguntó, muy desconcertado.

—No es muy probable —le dijo Laurents—. Si se viera envuelta en algún trabajo sucio, supongo que podría ser acusada de traición, pero no creo que eso llegue a suceder. Depende de tantas cosas que son improbables, y ella podría evitar todo esto en cualquier ocasión renunciando formalmente a la Liga. Lo peor que sucederá —estoy seguro— es que Ted quedará excluido de lo que llamamos posiciones delicadas. Y creo que él ha visto lo suficiente del servicio gubernamental, a través mío, por lo que esto no le importará. En ciertos aspectos, es un trabajo muy poco remunerado. Además, está estudiando para ser un ingeniero ecológico, que están muy solicitados para ser clasificado para posiciones delicadas.

Macklin tomó nota de esa información. En su mayor parte era tranquilizadora. Pero si Ted estaba cursando aquellos estudios...

—Probablemente vivirán bajo el agua —concluyó.

—Es muy posible —convino Laurents—. Podrían ir a la Luna, o a cualquiera de las estaciones de Venus. Pero no es probable. Ted es más bien hombre amante del líquido ambiente, como yo. Probablemente ocupen una de nuestras cúpulas.

—No estoy seguro de que esta idea me guste —dijo Macklin. Pensaba en lo que podía suceder a las cúpulas americanas si estallaba la guerra—. No me gusta en absoluto.

—¿Por qué no? —preguntó Laurents—. Nuestras cúpulas no son lugares terribles donde habitar. No hay tanta libertad como en su casa, naturalmente, están siempre los vecinos en quienes pensar Pero eso carece de importancia, creo yo.

Macklin se preguntaba si el hombre estaba burlándose deliberadamente de los problemas que tendría Tassy, y de los peligros a que estaría expuesta.

—Eso no es exactamente a lo que yo me refería —dijo—. Estaba pensando…, bien, ¿qué pasaría en caso de guerra?

Inmediatamente, Laurents se puso serio:

—Hubiera deseado que no sacase este asunto a relucir —dijo, sintiéndose incómodo—. Siempre he deseado que nuestros países vivieran pacíficamente unidos, más por desgracia, hay conflictos de intereses por medio. Son conflictos muy serios, y puesto que hasta el momento no se han puesto de acuerdo, es posible que estalle una guerra. No puedo negarlo.

—¿Cree usted que habrá guerra? —preguntó Macklin.

No estaba seguro del motivo de su pregunta, tal vez por ansiar que Laurents con sus palabras le devolviera la esperanza perdida. Quizás Laurents conocía algún hecho, alguna razón, para recuperar la esperanza, desconocida para él.

Pero Laurents se .limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué puedo decir yo? —preguntó—. No deseo que estalle una guerra. Si yo pudiera hacer algo por impedirlo, lo haría. Como lo haría usted. Pero ni usted ni yo tenemos este poder. Todo cuanto podemos hacer es esperar, alerta, y verla llegar, y esperar que llegue.

Era desalentador, pero era la verdad. Debía hacérsele frente. Macklin bebió un sorbo de su vaso.

—Si estalla —dijo— y ellos habitan en una cúpula, ¿qué posibilidades tendrán?

—Ninguna —admitió Laurents—. En absoluto.

Alice Laurents rozó el brazo de su marido.

—Hal —protestó—. Eso no es cierto.

—Lo siento, querida —dijo—. Pero sí lo es. Si viven en una cúpula, tendrán que arriesgarse. No existe una defensa práctica que pueda proteger una cúpula. Una sola bomba puede destruirla. No hay ninguna clase de defensa que sea lo bastante buena para detenerlo todo.

Ella deseaba negar todo aquello. Macklin lo vio en su rostro, pero no dijo nada. Alice sabía que su esposo tenía razón.

—Correr riesgos forma parte de la misma vida —dijo Macklin. Sus palabras sonaron más duras de lo que había pretendido. Duras e implacables—. Uno no puede vivir sin correr ciertos riesgos. Se arriesga diariamente. —Levantó de nuevo el vaso, bebiendo de un trago el resto del líquido que quedaba en él.

—Si pudieran tener una casa propia fuera de las cúpulas —prosiguió Laurents—, entonces tal vez sería diferente. Entonces tal vez tuvieran alguna posibilidad, como sucede con el pueblo de la Liga, Pero tampoco eso es posible. Mi gobierno no permite la construcción de casas particulares dentro del territorio submarino de su país.

Macklin ya lo había oído antes, pero dijo.

—Yo me había formulado esta pregunta. Pero, ¿por qué no?

Laurents hizo un gesto de desamparo y se encogió de hombros.

—No pretendo conocer todas las razones que se esconden tras cada uno de los actos de mi gobierno y su política —dijo—. Oficialmente, las casas particulares son poco seguras. Hace unos años hubo una compañía que se dedicó a la construcción de caparazones residenciales, a pesar de que la ley prohibía la colocación de éstos en territorio americano, pretendieron levantarlas fuera de inspección, estrictamente en interés de la seguridad pública, y la compañía tuvo que cerrar sus puertas. Y no me cabe la menor duda que el tener gente viviendo fuera de las cúpulas, produciría un terrible problema de tráfico.

—Estas no son las verdaderas razones —dijo Macklin.

—Tal vez no —admitió—. Creo que se trata simplemente de que mi gobierno está decidido a evitar que nuestras cúpulas se separen de la Unión. Recordamos muy bien lo que sucedió con sus cúpulas bajo las órdenes de Mason. Y una población que habita dentro de una sola cúpula es mucho más fácil de controlar. Naturalmente, si les permitieran levantar sus propias casas en el exterior, nuestro pueblo tal vez no se sentiría tan rebelde, puesto que la prohibición es lo que más incentivo da a las ansias de hacer lo que uno quisiera. Pero mi gobierno no quiere arriesgarse a correr el albur de dejar ocupar casas particulares en el exterior. Una revuelta promovida por gente que ocupara casas situadas fuera de la cúpula sería prácticamente imposible de detener.

Macklin movió la. cabeza. Esto estaba de acuerdo con lo que Aldridge le había dicho.

—¿Cree usted que se sublevarían? —preguntó.

—¿Quién sabe? —indicó Laurents—. Podrían intentarlo. Pero mientras sigan dentro de las cúpulas, no creo que puedan. Al menos con éxito.

Macklin cogió su vaso y vio que estaba vacío. Volvió a dejarlo. Necesitaba unos momentos para meditar lo que tenía en la mente.

—Si vivieran fuera, ¿cree que se sublevarían?

Laurents arrugó la frente.

—Pero es que no pueden vivir fuera —objetó—. Mi gobierno no les dejaría, y el de usted no le permitiría exportar caparazones residenciales.

—Lo sé —dijo Macklin—. Pero si pudieran, ¿qué pasaría entonces?

Laurents meditó unos instantes antes de responder.

—Lo más posible —decidió— es que no se sublevaran. Por lo menos, con fuerza. Mi gobierno perdería el control que ejerce sobre ellos y sus intereses están más en consonancia con los suyos que con los de tierra firme. Tal vez pasaría algún tiempo, pero a la larga llegarían a separarse de la Unión. Mi gobierno no podría evitarlo.

Macklin movió la cabeza afirmativamente.

Aquello encajaba. Sí, encajaba. Todo encajaba.

—Pero —le recordó Laurents— mi gobierno no va a permitir que eso suceda.

—¿Y usted lo aprueba? —preguntó Macklin.

—¿Qué importancia tiene que yo lo apruebe o no? —preguntó Laurents—. Estoy aquí como agente de mi gobierno. No hago política. Ni tengo voz ni voto en ella. Al propio tiempo, se supone que debo ayudarles.

—Creía que usted había dicho que era hombre de las profundidades —dijo Macklin, haciendo presión en la pregunta—. ¿Cuál es su actitud personal? ¿Cómo siente usted, dejando de lado su posición oficial?

Laurents parecía incómodo y reacio.

—Es mejor que no lo diga —respondió.

Macklin se apoyó en el respaldo de la silla graciosamente.

—De acuerdo —concedió.

Volvió a coger su vaso, pero estaba vacío aún. Carol se acercó al armario, trayéndole otro refresco, que le entregó. Era tan fuerte como el primero, tal vez más. Lo dejó sobre la mesa, dispuesto a tomárselo poco a poco como hacía con todo.

Aprovechó la interrupción para variar de tema.

—Por lo que Tassy me cuenta en su carta —dijo— creo que confían en que nosotros nos cuidemos del enlace.

—Estoy satisfecha de que usted no se oponga —le dijo calurosamente la madre de Ted.

Pasaron la mayor parte de la velada hablando de la boda.

Salió tarde. La muchacha fue a acompañarle hasta el vestíbulo, dejándole allí. La pared se cerró tras él.

Saludó con un movimiento de cabeza al guardia y salió al iluminado jardín.

Había sido una larga jornada. Tendría que sentirse fatigado, fatigado en carne y huesos, pero no lo estaba. Se sentía estupendamente.

Tal vez era el efecto de las bebidas, pero, no, no lo creía. Más bien, era la violenta excitación de saber que podía poner fin a los conflictos creados y crecientes entre la Liga y las naciones de tierra firme. Las naciones de tierra firme tal vez no se mostraran muy contentas por la manera de resolverlo, pero eso no importaba. Podía hacerse.

Tendría que hablar con Finletter, o con alguien del Departamento de Asuntos Exteriores, antes de actuar. No tenía derecho de hacerlo por sí mismo. Tendría que dar una serie de argumentos y explicaciones, lo que exigiría de la Liga correr ciertos riesgos al permitirle actuar. Pero les convencería de que era una cosa que debía ser intentada..., que era algo que valía la pena probar...

Pensaba en "ello ansiosamente. Debía hacerse. Era una cosa que él podía hacer, y él sabía que lo liaría.

Andaba con el deliberado y acompasado paso más bien lento de un hombre que tal vez ha bebido un trago de más, pero eran los pensamientos e ideas los que encendían su sangre y su cerebro, eran éstos los que le intoxicaban.

Y debía pensar también en Tassy. Sí. Tassy. Aquello sería la solución para que ella tuviera una vida feliz, cómoda y esperanzadora. Para Macklin, aquel conocimiento era como el conseguir salir de una larga y espantosa oscuridad, de una terrible noche.

Apresuró el paso.

Nunca supo de dónde había salido el hombrecillo, pero de pronto estuvo allí, frente a él, bajo y de anchas espaldas, bloqueándole el camino. Macklin se dispuso a pasar por su lado para seguir adelante. El hombre levantó una mano.

—¡Alto! —dijo, con voz llena de autoridad.

Macklin se detuvo y se le quedó mirando fijamente. No lo comprendía.

—¿Qué...?

El hombrecillo le hizo callar con un gesto.

Sacó una cartera de bolsillo, y abriéndola con el pulgar, ¡la mantuvo así para que Macklin pudiera ver su contenido. Dentro había una insignia y una tarjeta de identidad con un sello de aspecto oficial.

—Será mejor que me acompañe, Mr. Macklin —dijo el hombrecillo.

La sorpresa y susto tenían todavía paralizado a Macklin.

—¿Pero, por qué...? —comenzó a protestar.

—Estaba ahí —dijo el hombrecillo, señalando con un gesto del dedo pulgar el edificio del consulado—. Y usted sabe una serie de cosas que no pueden favorecerle, —Su mano se clavó en el brazo de Macklin—. Será mejor que me acompañe.

Las ideas de Macklin eran caóticas, llenas de rabiosa e imponente furia. Sí, el hombre estaba diciendo que él...

Aquello era una traición, como haber sido acusado de crímenes desconocidos por un extraño a quien no se ha visto nunca en la vida. Quería derribar al hombrecillo, aplastarle contra el pavimento.

Pero la muerte llegó primero. La sintió dentro de sí. como una repentina debilidad en su corazón, como si le faltara la vida. Se sintió flotar en un nebuloso vacío, con los sentidos entorpecidos y sus desvanecidos pensamientos estaban llenos de fiero y enconado terror por todas las cosas que estaban sucediéndole.

Entonces de pronto, sintió un dolor, un dolor que nacía de debajo de los huesos del pecho como la explosión de una estrella. Sintió un nuevo brote de sangre en su cráneo, notó como una sofocación en el rostro debido al aumento de la tensión arterial.

Y recobró la noción, estaba todavía inclinándose hacia adelante, y el hombrecillo estaba haciendo ímprobos esfuerzos para evitar su caída. Macklin agarró de las muñecas al hombrecillo arrojándolo contra el pavimento, después de golpearle salvajemente con el puño. El hombrecillo quedó desmadejado en el suelo, como arcilla mojada.

Temblando, Macklin se enderezó. Estaba vivo, todavía. El pequeño objeto artificial que llevaba oculto en su pecho en el lugar que antes había ocupado una costilla, acababa de reintegrarle a la vida. Por un momento había estado como muerto. Una parte de su cuerpo había querido morir... desvanecerse... no ser nada, ni saber siquiera que no era nada.

Un entorpecido terror anidaba en su mente y, contemplando al hombrecillo que respiraba con dificultad en el suelo, sintió de nuevo aquel dolor que había brotado en su pecho y que había conseguido que su corazón latiera acompasadamente, dándose cuenta de que no tenía tiempo para discutir con Finletter, puesto que podía ser víctima

de otro ataque en cualquier momento dado. Y además su gobierno tal vez le tenía vigilado, tal vez nunca llegaron a creer demasiado en él, y ahora, con la acusación del hombrecillo y lo que acababa de hacer, se convertía en un fugitivo. No podía acercarse a Finletter, y todo cuanto pudiera sugerirle a Finletter sería rechazado.

No podía esperar convencerle, ni persuadirle que aquella idea valía la pena de ser tenida en cuenta, arriesgándose por ella, convencerle de que él podía ser capaz de poner fin a la presión que las naciones de tierra firme ejercían sobre la Liga.

Pero se dio cuenta, también, de que no necesitaba para nada, el permiso de Finletter. Era totalmente posible llevar a la práctica su plan sin más autoridad que la que ya tenía.

A la primera esquina, cambió de dirección. Había un tramo de escaleras que conducían al nivel inferior. Jadeante, entonces, se detuvo. Su corazón le golpeaba locamente en el pecho Este se movía a consecuencia del cansancio. El dolor que le había reintegrado a la vida, había desaparecido va, dejando en su lugar un dolorcillo profundo bajo los huesos del pecho.

Mientras permanecía quieto allí, esperando recuperar las fueras necesarias para seguir su camino, comprendió que no debía haber corrido, no con un corazón como el suyo. Era sólo gracias a la suerte de los locos que él seguía con vida.

Empezó a andar, de prisa, como si temiera que alguien fuera tras él. Sus piernas parecían no tener ya fuerza. Las obligaba a andar. Una y otra vez, se giraba para comprobar si le seguían o no. Hasta entonces, no vio señales de persecución. El hombrecillo debía estar solo. Sí, solo y desatinado.

Pero él debía salir de la cúpula. El hombrecillo se recuperaría pronto y él podía ser descubierto. Entonces empezaría su busca.

Tenía que salir de la cúpula. Dentro de ella le buscarían y atraparían. La cúpula era una ciudad, pero demasiado pequeña para ocultarse en ella. Podían registrarla enteramente. Dentro de la cúpula le atraparían, y entonces todas las cosas que debía hacer no serían hechas nunca.

Se dirigió hacia el canal de Mason, Su batiscafo estaba, allí, en el aparcamiento cercano al despacho central de los «Aceros del Fondo del Mar».

Sus piernas estaban débiles y temblorosas, y andaba con el cuerpo invadido de un sudoroso terror, el terror de la muerte en el alma.

Aquel chisme... aquel aparato que los doctores habían puesto en su pecho. Le había salvado. Pero si se paraba, si su corazón se paraba de

nuevo ahora, no podría volver a salvarle. El doctor Kaunda se lo había especificado bien claramente. Antes de que el desfibrilador pudiera ponerse de nuevo en marcha, el electrodo tendría que ser cambiado de punto de contacto. Si su corazón se detenía de nuevo, estaría en manos de la muerte.

Se dijo para sí que no debía seguir pensando en aquello. Debía dejar de pensar en ello, debía...

¡Tenía que salir de la cúpula! Tenía...

Se detuvo, al darse cuenta de pronto de que no tenía ningún lugar en la Liga donde poder ir. Ningún refugio le sería abierto.

Cuando aquel hombrecillo recuperara el conocimiento, empezaría la caza. No cesaría hasta haberle atrapado.

Siguió andando. Tendría tiempo más que suficiente para pensar cuando estuviera fuera de la cúpula. Eso era lo primero que tenía que hacer. Si no lo conseguía, no tendría ocasión de hacer nada más.

Siguió atravesando la ciudad, forzando sus exhaustas piernas a conducirle hacia adelante, andando porque no podía atreverse a correr; y haciéndolo de prisa, porque no podía atreverse a ir demasiado despacio.

A ciegas, pasaba de una calle a otra, siempre avanzando hacia el Canal de Daniel Mason; hacia la laguna de aparcamiento frente al despacho central de los «Aceros del Fondo del Mar».

Levantando la vista del pavimento por el que andaba, se encontró en el centro de un distrito de establecimientos. Los paseos estaban vacíos, y las tiendas cerradas y a oscuras.

Era como una caverna inanimada, bien iluminada. Una parte ilógica de su cerebro pensó que era extraño que aun estando la ciudad casi en el polo, y siendo las horas regidas por Greenwich, y aun cuando dos millas de profundidad en el mar les aislaba de las definiciones planetarias de tiempo, aun así, la gente había elegido seguir el patrón convencional de un día seguido por una noche.

Continuó avanzando, viendo sólo algunas personas extrañas. Ninguno de ellos pasó cerca de él, y apenas les miró. Se había dado cuenta de su presencia, pero se olvidaba de ellos tan pronto desaparecían de su campo de visión. Estaba solo, y temía la persecución; ellos no le importaban.

Llegó al canal. Anduvo a lo largo del mismo, junto a la pared. Observó el agua, quieta, que reflejaba las cosas como un espejo. Tal vez pudiera ocultarse allí debajo, si la persecución le pescaba allí. Se preguntaba cuanto tiempo podría resistir debajo.

Sus piernas parecían muertas. Se forzó a sí mismo a seguir

adelante. Avanzó por una curva, viendo frente a él el sector donde se alzaban las oficinas de los «Aceros del Fondo del Mar».

Cruzó el canal por un puente para peatones. Formaba una ligera subida en el centro, como un suave arco, pero a pesar de no ser muy pronunciada la cuesta, el esfuerzo le dejó jadeante. Se preguntó cómo le sentaría aquel esfuerzo a su corazón, pero él no podía detenerse. No podía arriesgarse.

Se acercó a la laguna de aparcamiento donde había dejado su batiscafo. La recorrió con la vista para localizar su nave. Allí estaba.

Allí mismo, medio oculto por la sombra que proyectaba la pared que rodeaba la laguna, había otro hombre esperando. Delgado, ataviado con una ropa rara.

Macklin procuró avanzar con cautela por la fachada ocultándose. Era un pobre escondrijo, pensó, para él y su capa de color esmeralda.

Pero aquel hombre estaba esperándole a él. No había otra razón por la que pudiera estar allí. Tan apretado como podía contra la pared. Macklin le observó. El hombre no se movía.

Macklin retrocedió. No podía acercarse a su batiscafo. Tendría que salir de alguna otra manera. Se metió por la primera puerta que encontró. Trató de abrirla y lo consiguió. Entró.

Era un viejo y destartalado apartamento, amplio antes de haber sido convertido en pequeños despachos. La luz del corredor era tenue, y a través de las puertas se filtraba la luz del interior de cada uno de los despachos.

En el extremo del corredor, había otra puerta por la que salió a la calle. Se detuvo, permitiéndose medio minuto de reposo mientras decidía lo que debía hacer acto seguido. Entonces, a pesar de sus doloridas piernas, y de que todo su cuerpo se negaba a ello, dirigió sus pasos al distrito fabril.

Fue un largo y fatigoso camino. No recordaba cómo había podido encontrarlo, ni a través de qué calles y sectores había pasado.

Arrastrando prácticamente las piernas, había ido atravesando las calles del barrio de las fábricas. El ruido que salía de allí interrumpía sus ideas. El calor febril que salía de ellas, disipaba su voluntad.

Se dio cuenta de dónde estaba.

Encontró un pasadizo a través del canal. A su extremo, se encontró junto a la valla de acero caliente de una fábrica y desde allí observó la laguna, de aparcamiento que se extendía ante él. Allí, frente a los despachos administrativos de «Aceros del Fondo del Mar», planta número 1, había una media docena de naves de la compañía aparcadas junto al muelle.

Abriendo la valla atravesó el paseo hacia la entrada de las oficinas. Un empleado metido en una especie de jaula, levantó la cabeza al oírle entrar.

Macklin acercándose a la ventanilla, dijo:

—Necesito un batiscafo de la compañía, —haciendo un gesto indicando las llaves que colgaban en la pared, dentro de la garita.

El empleado le observó, sin que su rostro expresara nada. Esperó un momento, sin hablar, como si esperara que Macklin añadiera algo más. Al ver que no era así, dijo:

—¿Trae usted la hoja?

En aquel momento, fatigado hasta los huesos, Macklin tuvo ideas venenosas por todas las normas y reglas, que lo comprendió casi en el acto, eran sólo precauciones lógicas.

—Deme una en blanco —dijo Macklin.

El hombre todavía vacilaba.

—No tengo autoridad para…

—Esta vez, tiene esa autoridad —dijo Macklin con tal claridad y firmeza, que quedó asombrado. Sacó su cartera para mostrarle su identidad como personaje de los «Aceros del Fondo del Mar». Dejó que aquel empleado lo mirara tanto rato como quisiera. Luego aquél levantó la cabeza para observarle, pálido y tembloroso.

—Lo siento —exclamó—. No le había reconocido…

—Deme una hoja en blanco —repitió Macklin, implacable.

—Sí, señor en seguida —respondió el empleado, muy asustado. Se giró abriendo un cajón del que extrajo la hoja deseada.

—Mi batiscafo no funciona bien —dijo Macklin—. Y además no tenía combustible…

—Si me lo hubiera dicho… —dijo el empleado disculpándose.

Le entregó la hoja en blanco.

—Gracias —dijo Macklin—. El paseo me ha venido bien.

Cogió la hoja y la pluma que el empleado le entregaba. Sus manos estaban temblorosas. Le fue casi imposible poder llenar la hoja.

—No parece encontrarse muy bien —indico el hombre atentamente—. Tal vez sería mejor que permaneciera en la cúpula.

—Me encuentro bien —dijo Macklin, temblando de pies a cabeza por la fatiga que sentía. Trató de que su voz sonara normal—. Un poco fatigado, eso es todo.

Le tendió la hoja debidamente rellenada.

El empleado la recorrió con la vista, luego girándose cogió una de las llaves de la pared.

—El número 9 es la mejor que tenemos aquí —dijo, alargándole las

llaves para que Macklin pudiera cogerlas.

Macklin miró la tarjeta que llevaba la llave, y pudo comprobar que en efecto él número 9 era una nave nueva, con muy pocas horas de recorrido.

—Estupenda —dijo.

El empleado hizo unas anotaciones en la hoja. Cortando una sección de la misma, se la devolvió a Macklin.

—Es para devolver junto con la llave, Mr. Macklin —dijo—. ¿Tomo nota en los libros?

—Claro que no —dijo Macklin, sin pensarlo. Tenía la mente abotargada. Gíróse dispuesto para salir.

—Un momento, Mr. Macklin —dijo el empleado.

Macklin se detuvo. Mirando al hombre, preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Qué hacemos con su batiscafo? —quiso saber el hombre.

Macklin suspiró impaciente. Estuvo a punto de gritarle:

—«Al diablo mi batiscafo».

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Podríamos enviar un hombre para que lo arreglase —ofreció el empleado gentilmente—. Lo tendría listo antes de mañana.

Macklin empezó a andar hacia la, puerta. Parecía que no podía salir de allí.

—No se moleste —respondió—. Por la mañana…

Por la mañana, podía estar muerto. O entre rejas.

Pero no tenía por qué decirlo. No tenía por qué decir nada más. Una vez fuera, cruzó el paseo, Descendió al muelle donde estaba anclado el batiscafo número 9.

La electroturbina zumbó suavemente cuando salió hacia el canal de Mason. A aquella hora avanzada, el agua estaba bastante libre de tráfico. Pisó el acelerador. El agua salpicaba con fuerza los cristales de las Ventanas. Frente a él, la puerta de McKinley apareció al tomar la curva.

Dio más velocidad al batiscafo. Sólo quedaba un último obstáculo, el portal, y sería libre. Aminoró la marcha hasta que el batiscafo produjo sólo una suave estela a su paso. Estudió atentamente la escena con la mente alerta y despierta.

Tenía que atravesar. Tenía que hacerlo.

La puerta estaba abierta. La luz era verde. El puesto del vigilante de tráfico vacío.

«¡Soy un hombre libre!», pensó Macklin.

Pisó de nuevo el acelerador. El batiscafo avanzó por el agua. El

agua golpeaba con furia en los cristales de las ventanas por la velocidad en que avanzaba la nave, casi privándole la visibilidad. La excitación hacía hervir su sangre y su cerebro. Su cuerpo estaba agotado por las emociones y esfuerzos soportados durante todo el día, y sus reacciones eran lentas. Pero eso no importaba ahora. Estaba vivo, y dentro de unos momentos libre y a salvo.

El portal iba acercándose más y más. Se precipitó hacia él; le pareció ver una mancha a través de la empañada ventana. Vislumbró la vaga forma de la caseta del vigilante muy cerca. Trató de observarlo bien, pero le fue imposible. Una ola de agua empañó los cristales.

De pronto, en el semáforo apareció la luz roja como un apremiante aviso de peligro y vio al mismo tiempo cómo el macizo portal comenzaba a cerrarse. Lento, fantásticamente lento. Sus ojos midieron la distancia y la velocidad, y sabía que no tenía tiempo suficiente para detenerse. Dio un profundo suspiro y apretó el acelerador al máximo.

Por un instante, mientras el portalón iba descendiendo para cerrarse, no sucedió nada. Luego, la turbina cogió velocidad y rugió, y el batiscafo se lanzó por el agua como si tuviera vida propia.

Le atraparía debajo, sin tiempo a salir del canal, mientras veía con histérico horror cómo el portal iba cerrándose en el agua como una gigantesca mandíbula.

Estaba bajo aquella mandíbula, debajo de ella.

¡Gran Dios! ¡Qué suerte para un hombre muerto! ¡Debajo de ella! Y tan cerca que podía ver su sombra. Pasó justo a tiempo. Ahora ya estaba atrás...

Bruscamente, la nave se estremeció. Oyó un extraño y seco ruido, como si algo hubiera estallado, y luego el batiscafo se movió de forma alarmante.

No pudo evitar un grito de temor, pero entonces, como si al quedar libre de la mandíbula gigante hubiera pasado ya todo, el batiscafo se movió rápidamente hacia adelante. Se movió locamente, como si estuviera fuera de control.

El batiscafo se estabilizó. Macklin aminoró la marcha de la turbina y ajustó los propulsores. El batiscafo avanzaba ahora suavemente. Comprobó los controles. Funcionaban bien, y pudo ver que toda la instalación estaba en orden.

Dio un profundo suspiro de alivio. Él estaba bien.

Pero no estaba fuera todavía. Todavía le quedaba otro portal. Lentamente, preparado para parar, fue acercándose. Era algo en lo que no había pensado.

Pero el portalón se levantaba en aquel momento, se abría con la

precisión de la maquinaria diseñada para seguir siempre un mecanismo previamente fijado. Atravesó, acelerando la velocidad. La primera puerta se había cerrado tras él, y la siguiente se abría.

Así fue atravesando cada una de las restantes puertas, cerrándose una tras suyo y abriéndose la siguiente dejándole paso libre a lo largo del túnel. Una tras otra, las fue atravesando. Era como si la ciudad, vencida, le dejara marchar. Por fin llegó a la última puerta, y una vez atravesada ya estaba fuera... fuera en medio de la resplandeciente oscuridad.

Debería haberse sentido mejor. Debería haber sentido alguna excitación. Pero no sintió nada. Ante el conocimiento de que había conseguido salir, que había conseguido escapar, su mente volvía al embotamiento.

Se olvidó de conectar las luces.

Casi al instante, como escualos dispuestos a matar, dos naves de la policía cruzaron frente a él, con las luces de emergencia brillando rojas. Por un es tupido momento, Macklin pensó que era porque se había olvidado de encender sus luces. Dio la vuelta al conmutador.

Entonces comprendió mejor.

La alarma sonó en su cerebro. Ya le habían pescado. Le rodeaban por todos lados. Otro momento más, y sus potentes imanes le dejarían desamparado y a su merced.

Pero de pronto, su mente recuperó toda su lucidez, e inclinándose dio toda la potencia a la turbina, dirigiendo el batiscafo hacia abajo, hacia las iluminadas casas privadas del pueblo. Pasó rozando prácticamente los tejados de las residencias y luego, bruscamente tornó una amplia y acentuada curva, enfilando la nave hacia el cielo.

La nave volaba hacia arriba, tomando da curva a una velocidad vertiginosa.

Sólo entonces se atrevió a mirar atrás. No se veía ni rastro de sus perseguidores.

Les había despistado. Pero siguió ascendiendo, en forma de espiral muy de prisa hacia arriba, hasta que pudo ver el reflejo de las luces de la ciudad a través de da mole de hielo.

Aminoró la marcha y avanzó más despacio. Miró abajo, y pudo ver la cúpula y sus suburbios muy abajo, con sus luces semidiluidas por el agua, y que lo cubrían todo en muchas millas a la redonda.

La policía había desaparecido, se habían perdido en su persecución por cualquier parte, y pensó con aliviada satisfacción que allí cerca del hielo, sus aparatos de sonar no le encontrarían.

Lo había conseguido. Había conseguido salir.

Se apoyó en el respaldo del asiento, meditando qué debía hacer ahora.

No podía volver a casa. Lo había comprendido así desde hacía tiempo. La policía tal vez esperaba que él acudiera allí. Quizá, estaban esperándole allí. Y aunque su casa quedaba fuera de los límites territoriales de la ciudad, y la policía no tenía jurisdicción sobre ella, había en cambio la ley para perseguirle.

Si regresaba a casa, le cogerían.

Los tecnicismos legales serían dejados para más tarde.

No, no podía regresar.

Ni podía ir a ninguna otra parte.

Y sentía la mente tan embotada, demasiado agotada por la fatiga de los acontecimientos que se habían ido sucediendo en tan corto espacio de tiempo, que no se veía capaz de afrontar el problema debidamente. No podía pensar.

Hizo descender la nave a unos mil pies debajo de la superficie de hielo. Perdió de vista su fría y brillante superficie. Elevando la tensión de la turbina fue alejándose de la ciudad siguiendo aquella dirección.

Poco a poco, la ciudad fue quedando atrás. Las luces fueron desapareciendo hasta convertirse en un diminuto resplandor en el agua.

La fatiga entorpecía su cerebro, mezclando sus ideas, y sabía que no podría continuar así mucho rato. Bien, ya se había alejado bastante.

Puso el batiscafo en una marcha lenta haciéndole descender. Vigilaba el indicador de profundidad de mil pies. Escudriñó en medio de la oscuridad que le rodeaba, tratando de ver rastro de algo. Cuando el indicador señaló el paso de las dos millas, encendió las luces. Proyectaban mucha luz en el agua, pero no pudo distinguir nada. Continuó bajando.

A las dos millas y tres cuartos, los focos de luz mostraron por fin el fondo. Era difícil de descubrir, formas oscuras en medio de la misma oscuridad, y además estaba medio adormecido. Pero gradualmente, según iba descendiendo, comenzó a ver más claro.

Era un terreno salvaje, de afilados riscos y precipicios. Picos y riscos aserrados parecían querer rozarle al pasar por encima de ellos. Debajo de la nave se extendían profundos cañones, cuyas negras profundidades quedaban fuera del alcance de sus luces. Aminoró la marcha y dio una amplia vuelta para observar con atención a su alrededor. Un risco se alzaba en medio de la oscuridad, como en actitud atacante, brotando desde abajo y alcanzando casi una altura

prohibida. Su aspecto era ruinoso, viejo y desastrado. Negros sedimentos cubrían sus paredes.

Viró alejándose de allí. No era un lugar adecuado para descansar, pero tenía que hacerlo en alguna parta. Estaba demasiado fatigado para proseguir. Escogió lo que parecía ser el cañón más amplio, y casi sin velocidad, dejó que el batiscafo se posara en él.

Las paredes le rodeaban. Sus afiladas puntas limitaban el lugar maniobrable convirtiéndolo en un estrecho pasadizo. Descendió poco a poco, guiando cuidadosamente el batiscafo hacia abajo por entre aquellos riscos. Aquellos salientes amenazaban atraparle. Fue sorteándolos.

Tuvo que recorrer un buen trecho, con muchas dificultades antes de que sus faros iluminaran el fondo. Luego, de pronto, surgió allí. Entre las afiladas rocas, el suelo del cañón era un río de lodo y fango tan dúctil y suave como debió de ser en el principio del mundo. Macklin lo observó. Se preguntó qué profundidad tendría aquel lodo. No pudo contestarse.

Soltó los botalones. Estos presionaron dentro del lodo desapareciendo en él, produciendo burbujas que enturbiaban el agua. Luego uno de ellos tocó algo sólido, y después el otro, quedando el batiscafo peligrosamente inclinado. Rápidamente, Macklin cerró los controles, y el batiscafo recuperó la posición normal. Cerró el reactor. La. turbina cesó de roncar.

Ya estaba abajo.

Soltándose ¡las correas que le sujetaban ¡al asiento del piloto, se sintió viejo. Como si tuviera miles de años. Se sentía muerto, inanimado, como si ya nunca más volviera a tener fuerza ni voluntad para mover su cuerpo. Y se dio cuenta de que por alguna lógica sensible, tendría que haber muerto. No habría podido ser capaz de sobrevivir al castigo que se había infligido él mismo.

Pero su corazón seguía latiendo. Sus pulmones todavía respiraban.

Era ridículo, de acuerdo. Como si su cuerpo poseyera remotas fuentes dé resistencia de las cuales nunca hubiera tenido la más remota idea. De no ser así, se preguntaba, ¿cómo habría podido realizar todo ¡lo que había hecho?

Pero, si era así, ¿por qué se sentía ahora tan desalentado, tan agotado, sin fuerzas y desfallecido?

El simple hecho de tener que levantarse del asiento requería un esfuerzo realmente superior, Y luego una vez de pie, permaneció quieto, esperando que la fuerza apareciera de nuevo para poder alcanzar los conmutadores y apagar la luz. No podía comprender

cómo había desaparecido su fuerza.

Pero se hacía difícil meditar las cosas, en especial cosas de aquella índole. Era demasiado complicado. Su mente no estaba para eso. Otra pregunta ocupó entonces su mente. Quiso saber dónde debía encontrarse y qué iba a hacer, pero casi al mismo tiempo de pensar en ello, tales ideas desaparecieron también de su mente.

Tropezó en la oscuridad, cayendo cuan largo era en los asientos de pasajeros. No eran confortables, pero apenas se dio cuenta de ello. Era más fácil soportar la falta de comodidad que tener que moverse.

La tela imitación cuero que cubría el asiento se apretaba contra su rostro. La oscuridad era tan profunda que no podía asegurar de si tenía los ojos abiertos o cerrados. Se preguntó si, en caso de dormirse, podría esperar despertar de nuevo.

Pero no le importaba demasiado.

Por fin llegó el sueño.

IX

Cuando al fin despertó, tenía frío, tenía frío y estaba cubierto de una especie de humedad. Se envolvió con su capa, mientras se tendía en el asiento, tratando de calentarse un poco mientras procuraba despabilarse del todo.

No había manera. El frío había penetrado en su carne haciendo mella en los huesos. Se levantó al fin, sentándose en medio de la oscuridad, frotándose los ojos. Tanteando a su alrededor encontró el conmutador de la luz, y la encendió. El brusco resplandor hirió sus ojos, y se sentó de nuevo en el asiento de pasajeros con los ojos fuertemente cerrados, ocultando el rostro en sus manos. Permaneció así un buen rato.

Poco a poco, su mente fue recuperando la claridad habitual, y recordó dónde estaba y cómo había llegado allí. Se puso en pie, teniendo que agacharse para no tocar con el techo de la cabina. Sentía los músculos envarados y los huesos doloridos. Su boca sabía mal.

Se dirigió al lavabo en la parte posterior de la cabina. Se lavó lo mejor que pudo y bebió agua con las manos.

Aquello le refrescó un poco. Se pasó la lengua por toda la boca, enjuagándose bien, para quitarse el mal sabor.

Lo que debía hacer a continuación era ocuparse de comer algo. Buscó en los compartimentos de provisiones hasta que encontró unas raciones de emergencia. Había suficiente para pasar una semana.

Abrió uno de los paquetes envueltos en plástico, y dio un buen mordisco al producto concentrado en cuestión. Era suave y debía masticarse bastante. Tenía un sabor agradable, salado.

Mientras comía, inspeccionó los mandos del aparato. El sistema de aireación funcionaba bien, y el depósito estaba casi lleno. Magnífico; no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer oculto. Comprobó el reactor. Todo en orden. Sólo se movía para recargar la batería. Todavía le quedaban buenas provisiones de combustible. Estupendo. Todo estaba bien.

Fijó su atención en el equipo de navegación. Se trataba de un modelo del llamado «Amigo del navegante» con el indicador a punto muerto aumentando por un detector de movimiento de inercia y un autopiloto. Era un mecanismo facultativo, y Macklin se preguntó si el departamento de compras de los «Aceros del Fondo del Mar» no estaría malgastando demasiado en cosas inútiles; tendría que averiguar si todas las naves de la compañía estaban equipadas como

aquélla.

Pero en su caso se alegraba de que estuviera equipada así. Trató de situarse para saber su posición. Debía hallarse en las colinas de Lomonosov Ridge, a cuarenta y siete millas entre oeste y noroeste de Rickover, a una profundidad de catorce mil doscientos pies. Y con aquella clase de equipo, ¡podía encontrar el camino para dirigirse a cualquier lugar del mundo. Podía ir a cualquier sitio.

Con tal pensamiento, de pronto, supo lo que iba a hacer de inmediato. Sabía a dónde iría.

Cuando terminó de comer, arrojó el envoltorio de plástico que vació en un dispositivo especial, en el lavabo. Las raciones que quedaban las volvió a guardar en la despensa. Registró los demás compartimentos, pero, como había supuesto, no había mapas de ninguna clase. Ni siquiera una guía para ir a la cúpula Rickover.

Bien, tendría que adivinarlo, decidió. Y tal vez hacer algunas indagaciones. Sería difícil, pero no imposible.

Se colocó en el asiento del piloto, abrochándose los cinturones de seguridad. Abrió las luces de los faros. Apagó las de la cabina.

Fuera, con el brillo de los faros, nada había cambiado. El agua tenía cierta opacidad debido precisamente a la intensidad de la luz que se proyectaba en ella. Las paredes del cañón se alzaban afiladas hacia el cielo, dando la fantástica impresión de ser gigantescas fauces preparadas para tragarse a su víctima. Le ¡pareció ver una forma escurrirse entre las sombras.

Macklin puso en marcha el reactor, la electroturbina empezó a funcionar. Puso el batiscafo en movimiento dando potencia a los mandos. Los botalones se agitaron en el lodo, luego, cuando Macklin movió la palanca hacia arriba, quedaron libres. Las paredes del cañón parecían rozarle a medida que iba avanzando, como garras amenazadoras que iban desapareciendo en la oscuridad. Desaparecieron. Continuó ascendiendo, rodeado de oscuridad, sin ver más que el resplandor de los faros del batiscafo reflejados en el agua. El batímetro señalaba todavía tos miles de pies y el desnivel de, su horizonte artificial era toda la señal que tenía dé su ascenso.

Ascendió hasta tres mil pies por debajo de la capa de hielo. Incluso a aquella profundidad, reinaba la oscuridad, pues la mole de hielo ocultaba el cielo, y en aquella estación la única luz del cielo eran las estrellas. Aminoró la marcha del motor a una velocidad regular, para que siguiera moviéndose poco a poco. Fijó su atención en el «Amigo del Navegante».

Como toda la maquinaria complicada, era un invento de uso muy

simple. Todo lo que hacía falta era poner los diales en la latitud y longitud de su destino. El «Amigo del Navegante» haría el resto.

Macklin rezongó disgustado.

Sabía dónde se hallaba la cúpula Stefanson, en rasgos generales. Bajo el mar de Groenlandia, algo al sur entre Spitsbergen y la costa de Groenlandia.

Pero no conocía ni su latitud ni su longitud.

Trató de pensar. Encontró un pedazo de papel y dibujó una especie de mapa conteniendo todo aquello que recordaba. No era mucho. El meridiano de Greenwich atravesaba el mar de Groenlandia, al oeste de Spitsbergen y al este de la cúpula Stefanson y Groenlandia. La distancia desde da cúpula Rickover a Stefanson debería ser algo así como de unas mil doscientas millas y Rickover no estaba a más de doscientas millas del polo norte.

Trazó una línea entre la cúpula Rickover y Stefanson. Según pudo apreciar, la línea pasaba cerca del polo Norte. Lo cual situaba la cúpula Stefanson en algún sitio cercano a unas mil millas del polo.

Rápidamente hizo unos números en el papel y con la circunferencia del mundo sirviéndole de base, decidió que Stefanson debía estar a unos quince grados al sur del polo: a 75 grados N.

Había sido más fácil de lo que suponía. Se sentía mejor. Pero todavía le faltaba calcular la longitud y eso sería más difícil. Inscribió la latitud en el «Amigo del Navegante»; luego, al azar, puso la longitud a cinco grados al norte. El «Amigo del Navegante» lo registró.

Invalidó aquella orientación, probando ahora a diez grados al oeste. De nuevo, el «Amigo del Navegante» no objetó nada. Volvió a invalidarla. Intentó entonces quince grados, y sorprendido, vio que obtenía el mismo resultado.

Observó preocupado el mapa improvisado y repasó sus números. Todo estaba bien. Se rió para sí.

¡Naturalmente! Tan cerca del polo, las líneas de longitud están casi juntas.

Probó con veinte grados. Esta vez el «Amigo del Navegante» rehusó la orientación con un zumbido y encendiendo una luz roja.

De modo que la costa de Groenlandia estaba entre los quince y veinte grados al oeste de Greenwich. Siguió probando, tanteando en la memoria electrónica del «Amigo del Navegante». Al fin, llegó a la conclusión de que la costa de Groenlandia estaba ligeramente al este del meridiano veinte. Lo marcó así en su mapa.

Se sentó y arrugó la frente. Aquel mapa era rústico y él lo sabía. Trató de imaginarse un mapa de verdad. Le parecía que la cúpula

Stefanson estaba más o menos a la mitad del meridiano de Greenwich y las costas de Groenlandia, pero su memoria era muy confusa.

Bien, decidió, no tendría más remedio que probar suerte. No podía hacer nada mejor. Colocó el piloto automático con un destino de 75 N y 10 O, puso la turbina a una velocidad para navegar y dejó que el «Amigo del Navegante» se hiciera cargo de la nave.

El batiscafo se movió hacia adelante. La turbina zumbó con suavidad.

Para bien o para mal, ya estaba en camino.

Fue un viaje largo. La turbina zumbaba incansable. La velocidad se mantenía a unos 45. El «Amigo del Navegante» mantenía el batiscafo fijamente a unos tres mil pies. De no haber sido por los seres submarinos que una y otra vez iluminaban los faros de la nave en su camino, y por las ligeras sacudidas que sufría la nave al pasar de una corriente a otra, no habría estado seguro de moverse.

Una vez en camino, se levantó del asiento del piloto. Se tendió en el de pasajeros tratando de descansar. No había dormido bien, y lo que le había parecido lasitud al despertar era, ahora se daba cuenta, la misma debilidad y fatiga que sentía cuando se había puesto a dormir.

Evitar fatigarse, le había dicho el doctor Kaunda. Evitar fatigarse. Comer lo adecuado y evitar agotamientos nerviosos innecesarios. Pensó en todo ello, sonriendo.

¡Como si se pudiera escoger!

Bueno, por lo menos seguía vivo. Tenía que alegrarse por ello. Se tocó la cicatriz por donde habían colocado en su pecho el desfibrilador. De no haber sido por éste, ya estaría muerto, extinguido. En cambio, todavía vivía, seguía respirando.

Pero su corazón le había traicionado dos veces, ya. Podía fallar otra vez. Y entonces, hasta que el electrodo fuera cambiado de posición, no tenía protección alguna.

Entonces moriría.

Era una amarga ironía, pensó, que ahora, en una ocasión que era absolutamente necesario vivir, era cuando en mayor peligro de muerte estaba.

Había cosas que debían hacerse, que debían ser hechas.

Trató de descansar, tendido y sin moverse. Era difícil, imposiblemente difícil. No podía alejar de su mente la obsesionante idea de que podía morir.

Trató de pensar en otras cosas. Pensar en las cosas que iba a hacer, ir meditándolas y examinándolas cuidadosamente. Fue modelando detalles y clasificándolos. Pensó en si podía afectar o no la estructura

general de su idea. Esto le irritó. Tenía que estar absolutamente seguro de que no se olvidaba de nada. Una equivocación, un descuido, lo echaría todo a perder.

Y aquello significaría no sólo el fracaso, sino el desastre.

Bien, no importaba, se dijo, que tuviera que correr aquel riesgo. Valía la pena. El desastre llegaría tanto si actuaba como si no.

Pero antes que nada, debía seguir viviendo, vivir lo suficiente, al menos, para ver las cosas en marcha, y para asegurarse de que su trabajo seguiría adelante.

El batiscafo seguía avanzando en medio de una oscuridad interminable. Apenas se daba cuenta. No había nada por ver fuera. Era como si estuviera rodeado por nada, nada en absoluto, en los caminos al confín del universo. Como si el mundo entero hubiera dejado de existir, y él estuviera solo.

Al fin se durmió.

Pasó mucho tiempo.

Dormía, se levantaba, comía otra ración. Se sentaba, impasiblemente en el asiento del piloto, sin hacer nada, dejando transcurrir el tiempo.

La ociosidad le entontecía. Escudriñaba ciegamente en las oscuras aguas. Al final se dormía otra vez.

El insistente zumbido del «Amigo del Navegante» le despertó bruscamente. Por un instante casi imperceptible, se preguntó qué era lo que no iría bien. Pero entonces miró hacia abajo y vio el fondo del océano.

¿Allí arriba?

Las cimas de las montañas que se alzaban contrahechas, con sus picos afilados parecían querer destrozar la nave.

Rápidamente, tomó el mando del batiscafo, ascendiendo hasta quedar sólo a unos mil pies de la superficie del hielo, dejando de nuevo el control de la nave al «Amigo del Navegante».

No para mucho rato. Minutos después, el zumbido sonó de nuevo, y los faros del batiscafo mostraban una serie de riscos y rocas que bloqueaban su camino. Volvió a tomar el control y ascendió todavía más, hasta que las luces de los faros reflejaban la plana superficie de hielo. Vigiló hasta haber pasado las crestas de la montaña. Una vez quedaron éstas tras él, volvió a descender. Pero allí enfrente se alzaba otra montaña. Tal vez más alta que la que acababa de sortear. Y detrás de aquélla, más y más picos se alzaban hacia la mole de hielo.

Durante más de seis horas estuvo luchando denodadamente para sortear todos aquellos obstáculos, a una velocidad muy reducida,

ascendiendo o bajando según viera posibilidad de poder sortear los picos por encima, o en caso de ser prácticamente imposible, por su altura, los bordeaba por debajo.

Fue un tiempo a prueba de nervios, haciendo un esfuerzo violento para tratar de ver más allá de la muralla de oscuridad que le rodeaba, para saber qué obstáculos tenía frente a sí. Tenía las manos sudorosas aferradas al volante, los ojos alerta, y la boca seca. Le dolía la cabeza. La garganta también. Trató de no pensar en el latir de su corazón.

Pero entonces se terminó su angustia. El último pico acababa de quedar detrás, desvaneciéndose en la oscuridad. Ante él quedaba sólo el resplandor de los faros del batiscafo y la oscuridad. Durante una hora más, permaneció al mando de la nave, manteniendo la velocidad reducida, en espera de ver aparecer nuevos obstáculos.

Nada emergía en medio de la noche que le rodeaba. Al fin, volvió a dejar los controles y regresó al asiento de pasajeros. Se tendió allí, durmiendo espasmódicamente. El zumbar de la turbina le molestaba. Tenía momentos de insomnio e incomodidad, y una vez se despertó bruscamente, aterrado sin saber por qué. Se sentó en medio de la penumbra y miró a su alrededor. Poco a poco fue recuperándose del susto hasta suspirar aliviado al ver que todavía seguía con vida.

Después de esto, la tensión desapareció, y se puso a dormir de nuevo, profundamente esta vez, sin darse cuenta, de nada. Cuando despertó, había llegado...

Pero aquello no era ningún lugar. Aquello era ninguna parte. El mar que le rodeaba era oscuro como sólo puede ser en las profundidades del mar oculto por el hielo en la noche que termina con la llegada de la primavera.

Allí no había ni rastro de la cúpula Stefanson. Ni siquiera a lo lejos se divisaba la difusa luminosidad de sus luces.

Macklin consultó su reloj, pero se había parado había tiempo. Le molestó, pensando descorazonado en lo que debería hacer ahora. Tenía que encontrar la cúpula, tenía que buscarla. No sabía lo que le costaría, pero había que conseguirlo.

Estudió de nuevo el mapa que él mismo había hecho. No servía de nada. De donde estaba ahora, la cúpula Stefanson podía encontrarse en cualquier dirección. Trazó un plan de búsqueda en el mapa, una serie de líneas rectas y ángulos, en espiral hacia fuera, con intervalos de cinco millas entre un circuito y el siguiente. Disponiendo sólo de los controles manuales, habría sido algo imposible de seguir, pero con el «Amigo del Navegante» no habría problemas.

Colocó la primera parte de su plan de búsqueda, en la máquina,

cinco millas en línea recta hacia el Sur. Este era el único inconveniente del plan de búsqueda. El «Amigo del Navegante» sólo aceptaba una orden cada vez; tendría que ir probando las diferentes situaciones una tras otra, separadamente. Y tendría que ir con mucho cuidado de no equivocarse en sus movimientos, a fin de no fallar en su plan.

El batiscafo se orientó por sí solo y emprendió el camino. Macklin apagó las luces, de manera que nada le impidiera divisar las luces de la cúpula, por lejanas que estuvieran.

La oscuridad que le rodeaba era terrible y absoluta. Se sentó en el asiento del piloto, alerta, esperando una señal.

La primera vuelta, cerca del centro, la completó en menos de una hora. Pero después de ésta, fueron más y más largas. Después de diez horas estaba todavía dentro de las veinticinco millas del punto de partida, faltando todavía más de una hora para terminar aquella vuelta.

La monótona pasividad de las horas le entorpecían. Estaba medio dormido. Comió otro paquete de provisiones; no le reanimó.

Al final, al término de una de las vueltas, puso el batiscafo en descenso hacia el fondo del océano y una vez allí dejó que el sueño llegara a él.

Al día siguiente —algún nombre había que darle— la búsqueda llevaba dos horas para cada vuelta completa, luego tres. Después de más de diez horas, se encontró con una instalación que señalaba una ruta con tres pisos, con brillantes pilones luminosos, que se veían a una milla a lo lejos. Treinta millas al norte y al sur de aquellos, habían otros pilones iluminados, mostrando un paso suspendido para ser recorrido por las naves de las profundidades.

Pero no significaba nada para él. Eran construcciones de la Liga conservadas por ésta y no tenía nada que ver con las cúpulas de tierra firme. Ni podía recordar a qué dado del paso suspendido se encontraba la cúpula Stefanson.

Lo único que podía servirle de ayuda, era que él sabía que posiblemente aquel paso no podía pasar dentro de las cinco millas de límite territorial de la cúpula de tierra firme, y por esta razón podía esperar que la línea que estaba siguiendo ahora había sido ya recorrida. Siguió más allá antes de girar al norte para su próxima intentona.

Al tercer día descubrió que sus provisiones habían desaparecido en sus dos terceras partes. Hasta entonces, había abierto un paquete cada vez que había sentido hambre; ahora se daba cuenta de que tenía que

conservar los que le quedaban. Se trazó un plan según el cual, comiendo poco tendría provisiones para seis días más. Esperaba que fuera tiempo suficiente para encontrar lo que buscaba.

Se preguntaba si aquella reducción de dieta podía afectar a su corazón.

Ahora se sentía perpetuamente fatigado. No dormía bien. El asiento de pasajeros no había sido bien diseñado para dormir, fíe prometió a sí mismo que si vivía lo suficiente, cuidaría de que la división de batiscafos de «Aceros del Fondo del Mar» hiciera algo para remediarlo.

Tenía hambre todo el día, lo mismo que al día siguiente. Lo primero que hizo al ver los pilones iluminados, inconfundibles de la cúpula de Stefanson, fue comerse todo un paquete entero de alimento.

X

Los pilones estaban situados bordeando todo su territorio, la mayoría de ellos espaciados una media milla unos de otros. Daban unas indicaciones de tráfico que a Macklin le fueron totalmente desconocidas e indescifrables. Moviéndose con cuidado, se deslizó en su interior, manteniéndose cerca del fondo del mar, con las luces apagadas.

La cúpula en sí era una enorme y redonda protuberancia que surgía del fondo, con su superficie totalmente iluminada y con las luces colocadas de manera que le daban el aspecto de una enjoyada corona. Fue acercándose, pero cuando aún estaba lejos viró un poco para rodearla. Lo hizo por dos veces, buscando el camino para entrar en ella. Todo lo que pudo ver fueron dos amplios y bien iluminados pasos por donde entraban das naves de carga submarinas. Iba a dar la tercera vuelta alrededor de la cúpula cuando se detuvo a meditar qué era todo lo que una cúpula de tierra firme tendría.

Descendió hasta el fondo desde donde podía observar la puerta del Este. Presumiblemente, puesto que los de tierra firme poseían sus propios batiscafos, tenía que haber un camino de entrada. Observó detenidamente la puerta, tratando de comprender su funcionamiento. No veía nada que le pareciera seguro.

Así, pues, no le quedaba más remedio que esperar.

Cuando sucedió, no hacía mucho que esperaba. Faltaban unas horas para que la negra figura descendiera de la oscuridad, con las luces encendidas, como estrellas de colores. Se movió lentamente, vacilando, en el campo de luz que rodeaba la entrada. Se detuvo, permaneció unos momentos inmóvil, a pocos pies del fondo. La puerta se abrió. Se dirigió con cuidado hacia la abertura, deslizándose por el paso que conducía al interior de la cúpula y poco a poco desapareció en su interior.

Macklin alzó un poco su nave del fondo y le siguió.

Ya estaba dentro. El vasto y amplio espacio se ofrecía libre a su alrededor. La puerta estaba cerrada tras él. Se movió acercándose a la nave de carga que había entrado antes. El depósito era muy amplio y daba cabida a dos naves de carga más junto a la primera. El no impedía el paso en absoluto.

La otra nave se detuvo de nuevo, moviéndose un poco pero entonces el curvo techo de la cúpula se apartó a un lado, y los macizos engranajes echaron un puente algo separado. El agua se agitó

haciendo espuma, luego volvió a aclararse. Macklin observó la superficie. Parecía un espejo. Brillaba como el cristal.

La otra nave, salió. Macklin dejó que ascendiera junto a él. Luego la siguió, asegurándose de no colocarse debajo de ella. Vio los dientes de las puertas submarinas que empezaban a cerrarse cuando él pasó a su nivel. Quedaron cerradas bajo su quilla y entonces salió a la superficie. El agua se deslizaba de su ventana, dejándole los cristales empañados e imposibilitándole de ver nada a través de ellos. La movida agua de la laguna sacudía y mecía el batiscafo suavemente.

Miró alrededor.

La laguna era lo bastante amplia para que una nave pudiera dar la vuelta en ella, pero no mucho más. Tras él, la pared externa de la cúpula era un complejo tejido de macizos barrotes de acero, y a cada lado, se alzaban unas paredes provistas de ventanas, hasta el techo bajo de los estrechos paseos. Directamente frente a él, dos canales divergentes, en forma de una amplia V que entraba al interior de la cúpula. Sus orillas parecían llenas de gigantescas máquinas. Todo estaba pintado de brillantes y variados colores, lo cual daba al lugar un aspecto, legre, festivo y mecánico a la vez.

Ya, los hombres hormigueaban en el muelle de descarga, haciendo oscilar hacia arriba la nave amarrada.

Mientras Macklin les observaba, uno de los hombres se enderezó señalándole. Algunos de sus compañeros dejaron de trabajar para mirarle. Una canoa muy rápida, fue puesta en marcha en seguida dirigiéndose hacia él. Dos hombres uniformados iban sentados en los asientos de popa.

Macklin cerró el reactor. La turbina fue cesando de zumbar hasta quedar en silencio. Se levantó del asiento del piloto y se dirigió a la escalerilla. Abrió la portezuela y subió. Cuando salió, el bote estaba arrimado al lado de la salida.

—¡Eh, usted! —gritó uno de los hombres. El mundo se llenó de pronto de extraños ruidos, el ruido de las agitadas aguas y el roncar de las máquinas en aceite—. ¿Usted… usted es de la Liga? ¡Queda arrestado por haber invadido nuestro territorio!

Macklin sabía que le acusarían. Sin embargo, la violencia de la acusación le dejó aturdido. Vaciló.

—¡Vamos, baje de ahí! —le gritó uno de los hombres—. Nosotros cuidaremos de su nave. Queda confiscada.

Macklin permaneció quieto donde estaba.

—Busquen un doctor —les dijo—. He sufrido un ataque cardíaco.

Los dos hombres del bote le miraron, momentáneamente

estupefactos. Luego, inmediatamente pusieron manos a la obra.

De prisa.

Su habitación en el hospital era más bien pequeña, pero era para él solo. Una ventana simulada dejaba ver unas vistas de altas torres contra un cielo moteado de blancas nubes.

Afuera, al lado de la puerta, un policía montaba guardia, y tan pronto como los doctores opinaran que podía viajar sería deportado, o así lo habían dicho. Pero nada de esto le preocupaba. Todo lo que le preocupaba era que llevaba allí un día y medio desde que los doctores cambiaron los electrodos a un nuevo punto de contacto, y no había sucedido nada.

Esperaba. Era todo lo que podía hacer. Esperó mucho. A última hora de la tarde, cayó en una especie de letargo. Al oír voces en el corredor se despertó. La puerta fue abierta y Jason Aldridge entró en la habitación.

El residente general de la cúpula Stefanson, cerró la puerta tras sí y permaneció unos minutos silencioso. Luego, lentamente, avanzó hacia la cama.

—De manera que es usted —dijo.

Macklin se incorporó un poco apoyado en las almohadas.

—¿Creía usted que podía ser alguien más? —preguntó.

—No lo sé —dijo Aldridge—. Acabo de descubrirlo.

—He estado esperándole —dijo Macklin. Contaba con ello. Yo...

—Un momento —interrumpió Aldridge. Regresó junto a la ¡puerta y estuvo un momento quieto allí, con el oído pegado a la puerta escuchando. Finalmente, volvió al lado de la cama. Alcanzó una silla y se sentó.

—De acuerdo —dijo, con vos baja—. Pero no hable demasiado alto. ¿Han enviado un mensaje a través de usted, verdad? ¿Y cómo se le ha ocurrido fingir ese ataque cardíaco? Ha llevado a los doctores de cabeza.

La curiosidad animaba su rostro.

—No ha sido fingido —le explicó Macklin—. Ha sucedido de verdad. Estuve a punto de morir.

Aldridge arrugó la frente.

—Entonces no le han... —Bajó la cabeza—. Pero usted ha dicho...

—Nadie me ha enviado —dijo Macklin—. He venido por propia iniciativa. Por mi solo impulso.

—Oh, comprendo —dijo Aldridge profundamente—. Había creído... Esperaba...

—¿Por lo que me dijo en Panamá? —preguntó Macklin.

Aldridge movió la cabeza.

—Pues sí —admitió—. No me interprete mal, sin embargo. Yo soy americano. No me gustan algunas de las tácticas de la política de mi gobierno, pero sigo siendo americano. Por otro lado, ésta es mi cúpula, éste es mi pueblo y una guerra nos mataría a todos. No quiero que eso suceda si puede evitarse, pero si estallara la guerra, yo seguiría siendo americano. Quiero que lo comprenda.

—Lo comprendo —dijo Macklin. Vaciló. Se preguntaba hasta dónde estaría dispuesto Aldridge a ir con él. Pero él había recorrido un camino demasiado largo, y había corrido demasiados riesgos para no intentarlo ahora.

—Quisiera que oyera lo que voy a decirle —empezó—. Quiero que me diga lo que usted opina de ello. Se trata de una idea propia de la cual no he hablado con nadie. Pero creo que podríamos detener este conflicto latente entre su país y el mío. He pensado en un medio de conseguirlo.

Aldridge se contempló las manos. Levantó la cabeza.

—¿Quiere decir nosotros? ¿Nosotros dos? —preguntó muy asombrado.

Macklin movió la cabeza.

—Entonces no hay nada que podamos hacer —decidió Aldridge. La esperanza había desaparecido de su voz—. No tengo autoridad ni influencia. Mi gobierno no escucha mis sugerencias. Y usted... usted no tiene tampoco autoridad. Y no hay otra manera de conseguirlo.

—He pensado en un medio —dijo Macklin—. ¿Quiere escucharme?

Aldridge consintió.

—De acuerdo —dijo dudoso—. Le escucharé.

Macklin comenzó a hablar. Observaba el rostro de su interlocutor durante su disertación. Jason Aldridge no varió la expresión de su rostro en todo el tiempo. Macklin se expresó con toda clase de detalles atento a la reacción que pudiera reflejarse en el rostro de Aldridge. Pero no la hubo.

—Deseo saber su opinión —dijo a Aldridge—. ¿Cree usted que podría realizarse?

Aldridge tardó en responder.

—Sí —decidió al fin—. Creo que sí. Desearía poder intentarlo.

Macklin murmuró:

—¿Es que hay algo que nos lo impida?

Otra vez, Jason Aldridge tardó en responder.

—Se trata de un asunto entre nuestros respectivos gobiernos —dijo, hablando como si le fuera difícil hacer brotar las palabras—. No

tenemos ningún derecho a interferir.

Inexplicablemente, aquella respuesta exasperó a Macklin.

—¿Por qué no? —preguntó. Se incorporó en la cama, colocando bien las almohadas para quedar más erguido—. ¿Por qué no? —quiso saber.

—No tenemos autoridad —repitió Aldridge—. Ninguno de los dos. Yo soy un simple administrador de última fila, encerrado donde no puedo hacer nada. La mayor parte del tiempo, recibo órdenes que debo cumplir. Y usted, usted ni siquiera está en conexión con su gobierno. Esto... esto que usted sugiere... es anárquico.

—Usted habla así porque forma parte del gobierno —dijo Macklin —. Usted cree que éste es el único medio para hacer las cosas: el gobierno. ¿Es que hay algo especialmente sagrado con respecto a los gobiernos?

—El gobierno es el único cuerpo establecido con autoridad para tratar con los asuntos internacionales —expuso Aldridge—. Problemas internacionales no pueden existir más que entre gobiernos. Si los ciudadanos privados tratan de interferirse... no tienen ningún derecho a hacerlo.

—¿Su gobierno ha intentado hacer algo? —preguntó Macklin. Señalaba con el índice a Aldridge—. ¿Han tratado de hacer las cosas mejor? ¿Han probado de poner fin a este conflicto?, ¿de encontrar una solución aceptable por ambos lados? ¿Lo han hecho?

Aldridge miró a lo lejos.

—No... —admitió—. Pero la situación...

—Sí. La situación —le interrumpió Macklin—. Su gobierno ha estado invadiendo las casas de los ciudadanos de la Liga. Ustedes están tratando de desanimarnos todavía más por haber puesto las casas en territorio abierto, porque ello nos da una oportunidad de poder sobrevivir a una guerra si la hubiera, y porque ustedes temen que podamos reclamar el territorio donde se hallan las casas de los particulares. ¿Tengo razón?

—Está también el contrabando de armas —dijo Aldridge—, no lo olvide.

Macklin movió la cabeza.

—Sí. También. Pero esto es lo de menos importancia, ¿no?

—Bien, sí —concedió Aldridge.

—¿Cuál fue el motivo que dio comienzo a esto? —le preguntó Macklin—. ¿Cuál fue la causa de la presente situación?

Aldridge se concentró.

—Comenzó con la revuelta de Mason —dijo.

—¿Y Mason era un gobierno? —preguntó Macklin, intencionadamente.

—Formó uno —dijo Aldridge.

—Eso fue luego —señaló Macklin—. ¿Qué otra cosa creó la presente situación?

Aldridge pensó en otra causa.

—Ustedes comenzaron a fabricar casas particulares, comenzaron a plantarlas fuera de sus cúpulas. Esto preocupó a algunos de nuestros jefes. Tal vez no tenían ustedes esa intención pero ellos vieron a donde podía conducir aquel avance, y no les gustó.

—¿Habían previsto que pudiéramos construir casas de esas? —preguntó Macklin—. ¿Lo esperaban ya antes de que comenzáramos a hacerlo?

Aldridge estuvo un momento silencioso, pensando, antes de responder.

—No lo creo —dijo—. ¿Había alguna razón para que lo hicieran?

La cuestión es que no lo hicieron —remarcó Macklin.

—Bien. No —admitió Aldridge.

—¿Y ahora respecto a mi país? —preguntó Macklin—. ¿Es que habían pensado algo con respecto a McKinley?

—Ustedes habrían tomado ventaja si se hubieran atrevido y si nosotros les hubiéramos dejado —dijo Aldridge.

—Lo sé —dijo Macklin—. Pero esa no es mi pregunta. ¿Fue mi gobierno quien nos animó a construir las casas particulares?

Aldridge se encogió de hombros.

—Usted podrá decírmelo. Fue usted quien las construyó.

Macklin asintió con un movimiento de cabeza.

—No fui el primero —confesó modestamente—. Pero mi gobierno no lo sugirió, ni a mí ni a nadie. La mayoría de la gente que lo intentó antes que yo, quebró.

Dejó que Aldridge pudiera meditar unos instantes. Aquél, sentado en su silla, inclinado hacia adelante. parecía no mirar nada.

—Usted ha pretendido decir que nuestros gobiernos no son los culpables de esta situación actual —decidió finalmente—. Usted ha dicho que fue hecho particularmente.

Hizo una pausa.

—Bien, creo que tiene razón —concedió—, pero esto no varía las cosas. Ahora se trata de un problema internacional. Esto lo convierte en algo que ha de resolver el gobierno, no el pueblo.

—¿Por qué? —preguntó tranquilamente Macklin.

Aldridge ¡le miró asombrado.

—¿Por qué? —repitió—. Porque… porque…

—Porque su gobierno ve peligros potenciales en ello —le dijo Macklin—. Y porque el mío ve ventajas. Han aprovechado la situación tal como estaba, según se formó con las propiedades individuales, convirtiéndolo en algo de lo que sacar un provecho. Se trata de un problema político sólo porque ellos lo han convertido en eso.

—¿Y qué diferencia hay? —quiso saber Aldridge—. Es un problema político ahora, ¿no?

Macklin movió la cabeza, admitiendo el hecho.

—¡Pero se basa en unos hechos que no son políticos! Las propiedades privadas crearon estos factores, yo tuve mi parte en ello. Y si las propiedades privadas pueden crear una situación, pueden también cambiarla. ¿Hay algo político en lo que he sugerido?

—Cambiaría la situación política —dijo Aldridge.

—Yo contribuí al cambio de la situación política cuando empecé a construir residencias particulares —le recordó Macklin—. En parte soy responsable de lo que está pasando ahora. Por consiguiente, creo que me asisten algunos derechos para hacer algo para remediarlo. Al fin y al cabo, si las propiedades particulares pueden crear una situación tan… tan potencialmente peligrosa como la actual, no se me ocurre ninguna razón bastante buena por la que no pueda hacerse cualquier cosa para corregirla.

Con aspecto malhumorado. Aldridge se levantó y empezó a pasearse cerca de ¡la ventana. Contempló el panorama a través de ella, con las manos entrelazadas en la espalda. De espaldas a Macklin. Permaneció así durante un rato. Macklin esperaba, sin decir nada, dejándole meditar.

Al final, el hombre dio la vuelta y regresó junto a la cama. Su rostro parecía una máscara.

—De acuerdo —dijo, con voz tan baja que Macklin apenas le oyó —. De acuerdo. Estoy con usted. Le ayudaré.

—Magnifico —dijo Macklin, suspirando profundamente, con deleite. Sonrió—, ¡Magnífico! —repitió, dándose cuenta de que estaba temblando. Se recostó contra las almohadas.

Por primera vez en muchos días, se sintió bien.

XI

En dos años pueden hacerse muchas cosas, si un hombre vive lo suficiente.

Desde la ventana de su despacho en la cúpula de la administración, Barret Macklin observaba el exterior de la ciudad en aquella noche oscura. Allí al pie de un largo y suave declive, estaban las cúpulas destinadas a la fabricación, esmaltadas con luces y rodeadas por un enjambre de naves que se movían a su alrededor como abejas en el panal, brillando resplandecientes, como estrellas.

Más allá estaban las minas. Quedaban demasiado lejos para que él pudiera verlas desde allí. Pero él sabía que estaban allí, y el resplandor de sus faros iluminaba el horizonte como un sol en el crepúsculo o al amanecer. A su izquierda, el centro comercial brillaba con resplandores de distintos colores.

Y por todas partes, las casas. Miles de hogares, cuyas luces resplandecían suavemente en las aguas. Y el paseo suspendido entre pilones iluminados, ascendiendo entre las casas como guardianes sobre campos de luz. Aquí y allá, negros huecos se abrían en las fábricas de luz, como precipicios en el fondo del mar. Pero las luces de los hogares se amontonaban a su alrededor, en forma de espiral y en ordenados y sinuosos zigzags una extensa profusión de hogares.

Su ciudad. Él la había construido. Hacía dos años, aquello no era más que el fondo oscuro y negro del mar, una costa solitaria y agreste al norte de Spitsbergen, denominada sólo por el nombre de depósito de acero «sin valor» de los «Aceros del Fondo del Mar».

Ahora era una ciudad, una ciudad que él había creado. La «Ciudad de las Profundidades», la llamaba él, una ciudad sin cúpula central, y por consiguiente la primera verdadera ciudad construida en el fondo del océano.

Pero ya aquel nombre estaba cayendo en desuso. Los hombres le habían dado otro nombre, uno mejor. La llamaban la «Ciudad de Macklin». La llamarían así mientras existiera.

Macklin se encogió de hombros, aturdido. Era… bueno… era embarazoso que llevara aquel nombre. No importaba lo que un hombre hubiera hecho. Este no tiene la sensación de haber hecho tanto como para merecer el honor de designar a una ciudad por su nombre.

Por lo menos, él no creía merecerlo.

Pero a la vista de su ciudad, y sabiendo que él la había construido,

le daba a Macklin una sensación de orgullo. Así en su vida habría hecho algo de valor.

Sin previo aviso, recibió una llamada a través de su teléfono particular. No se había dado cuenta siquiera, hasta que ella le llamó para atraer su atención.

—«Papá...

Se giró.

La imagen de Tassy se alzaba entre las sillas de la zona de conversación, a pocos pasos. En sus brazos mecía un robusto niño de ocho meses, que cesó de moverse para fijar sus curiosos y bellos ojitos en él. Su nieto. Y el cuerpo de ella, de su querida hija, empezaba ya a dejar ver la huella de otra cercana maternidad.

—Espero no interrumpirte —dijo ella, ansiosa.

El movió la cabeza.

—En absoluto —dijo, deseando que ella le llamara con más frecuencia de lo que lo hacía.

La muchacha sonrió cariñosamente.

—Eres un embustero —le acusó—, pero te quiero.

—No, es cierto —protestó rápidamente—, estaba esperando. Tengo una cita para dentro de pocos minutos. —Consultó su reloj, y añadió —: Pero todavía no está aquí.

—¡Oh! —dijo ella, cambiando al chiquillo de brazo. No habría llamado, pero acabo de regresar del doctor. Me ha dicho que esta vez será una niña. Pensé que te gustaría saberlo.

Macklin se sintió profundamente complacido.

—¡Vaya! —dijo—. Esto es estupendo. Pero... no sería la primera vez que un doctor se equivocara.

Ella se encogió de hombros.

—¡Oh, claro! —admitió—. Pero en realidad, no tendría mucha importancia en este caso, ¿no crees?

Macklin se echó a reír.

—No —decidió—. No. Creo que no. ¿Cómo van las cosas? ¿Todo bien?

—¡Oh, sí, estupendamente, papá! —respondió ella—. Ya conoces esa importante compañía de tuberías, la «Bruyn y Terbianche». Pues bien, han decidido utilizar los diseños de Ted para un conjunto atmosférico en todas sus nuevas instalaciones. Y quieren que él se convierta en su consejero. En realidad, desearían contar con él inmediatamente, pero Ted no quiere. Le gusta ser independiente. Pero todavía no podemos salir de nuestro asombro.

—Claro, es un buen dibujante y diseñador —dijo Macklin.

—¡Oh!, todos sabemos esto —rióse—. ¿Pero no es maravilloso?

—Sí —respondió Macklin. No podía decir mucho más pero añadió —: Sí, muy maravilloso.

En el instante de silencio que siguió, se oyó un suave timbrazo. En el aire, una voz femenina anunció:

—Mr. Finletter está aquí.

Macklin se había girado escuchando con atención. Consultó su reloj. El hombre había llegado unos minutos antes de la hora fijada.

—Salgo inmediatamente —decidió, hablando en voz baja como si la recepcionista pudiera oírle. Volviéndose a Tassy, dijo—: Este es el hombre de quien te he hablado. Tendré que irme ya.

—Claro, papá. No quiero entretenerte.

—Ni lo haces, querida —le aseguró, pero su imagen desaparecía ya.

Atravesó la alfombrada habitación, pintada en tonos fríos. La silenciosa puerta se deslizó dejándole pasar. La antesala era amplia y clara, y amueblada a la moda. Con excepción del despachito de la recepcionista y de la ¡lisa silla de ésta, podría haber sido, tomado por el saloncito de una casa particular en una casa de buena posición.

Al entrar en la habitación el hombre que esperaba sentado en el sofá dejó la cartera que llevaba sobre aquél y se puso de pie. Macklin se le acercó. Con un gesto rápido se llevó la mano a la ceja en a guisa de saludo.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo, pensando en todo lo que había sucedido en aquellos dos años.

Henderson Finletter había envejecido con aquellos años. Su rostro rudo de pequeña nariz se había convertido en una cara totalmente cruzada de finas rayas. Sus cejas se habían vuelto grises. Sus hombros no se aguantaban tan erguidos como Macklin recordaba. Parecía débil y viejo.

—No habría sido prudente venir antes —dijo—. Aun habiéndolo deseado, no habría sido prudente.

—Pero usted sabía lo que yo estaba haciendo —dijo Macklin. Observaba estrechamente al diplomático.

Finletter movió la cabeza.

—No lo supe hasta hace muy poco tiempo —confesó—. Debo admitir que había llegado a pensar que era usted un traidor, en espíritu, al menos, si no en la ley. Todos creímos lo mismo. Recientemente, sin embargo, descubrimos que nos habíamos equivocado.

Macklin se movió hacia la puerta de su despacho.

—Entremos —sugirió.

Finletter recogió su cartera y pasó delante de Macklin. La puerta se cerró tras ellos tan pronto estuvieron en el interior del despacho. Finletter se detuvo, y Macklin le guio hasta los sillones cerca de la ventana. Finletter se sentó en uno de ellos y se relajó. Macklin abrió un armario-mueble bar y sirvió unas bebidas.

Finletter mirando a la ventana, dijo:

—Debo decir, que estoy impresionado —empezó—. No me imaginaba que su ciudad fuera tan grande.

Macklin le tendió un vaso.

—Nos marchan bien las cosas, y tenemos buenos negocios —confesó modestamente—. Todavía estamos expansionándonos.

Finletter probó la bebida.

—Sí —dijo—. Lo comprendo. Lo comprendo muy bien. Nadie más fabrica caparazones residenciales para los de tierra firme, y éstos los quieren. Por consiguiente, el único problema que lógicamente debe usted tener es fabricar suficientes para todos ellos.

Macklin ignoró la acidez de aquellas palabras. El hombre no había ido allí a protestar. Las protestas y las débiles e inútiles amenazas habían tenido lugar hacía dos años.

No. Finletter había solicitado aquella entrevista por otra razón. Silenciosamente, con el vaso en la mano, Macklin esperaba.

Finletter dio un pequeño sorbo, y luego inclinándose ligeramente hacia adelante depositó el vaso sobre una pequeña mesita de superficie transparente situada frente a él. Levantó la cabeza para observar a Macklin.

—El director Luthuli me ha dado instrucciones —comenzó— para proponerle que su ciudad entre a formar parte de la Liga. Considérelo, si lo desea, como una invitación.

Macklin no estaba seguro de lo que había estado esperando. Alguna concesión, tal vez, para conseguir persuadirle de que dejara de producir más caparazones residenciales para los de tierra firme. Tal vez algo más, quizá algo que no tuviera nada que ver con dichos caparazones. No lo sabía.

Pero no aquello. Lo habría imaginado todo, menos aquello.

—No pueden hacer eso —dijo—. Esta ciudad es propiedad de nueve corporaciones colaboradoras, de otros tantos países, y yo, deliberadamente, la construí sin ninguna cúpula central, para evitar así que la Liga pudiera algún día reclamar la jurisdicción. Antes de que entrara a formar parte de la Liga, tendrían que asegurar ustedes que cualquier cúpula pequeña tiene sus derechos territoriales. No creo

que estén ustedes dispuestos a hacerlo.

Finletter se inclinó para coger su vaso, pero retiró la mano sin alcanzarlo.

Los tiempos cambian —dijo—. Igual que las políticas. Debo admitir, que hace dos años nunca se nos hubiera ocurrido considerarlo y ha sido muy inteligente por su parte, o mejor diríamos perspicaz, utilizar esa estratagema para que dejáramos de prohibirle vender caparazones residenciales a los de tierra firme. Haber reclamado la jurisdicción, habría hecho caer a los de tierra firme sobre nosotros. No se atrevían a establecer un precedente que nosotros hubiéramos podido utilizar para asumir el control absoluto de los mares. No se atrevían, aunque ello hubiera significado que su pueblo de las profundidades poseyera sus propias casas privadas. Usted nos juzgó a nosotros y a ellos, creo, perfectamente.

—Ellos siguen determinados a no dársela —señaló Macklin.

—Quizá, sí. Tal vez no —dijo Finletter indiferente.

—No voy a permitir que ustedes me priven de seguir vendiendo a los de tierra firme —dijo Macklin.

Dijo estas palabras con voz firme, determinada, segura. No podía permitir que Finletter no le entendiera bien.

—Todo cuanto he hecho, ha sido así porque podía hacerlo.

—Se le permitirá continuar igual —dijo Finletter—. Hemos llegado a la conclusión, en McKinley, de que las consecuencias de sus actividades aquí han sido, en conjunto, beneficiosas para la Liga. Ahora que los de tierra firme van aumentando más y más en número de habitantes en casas particulares, sus gobiernos están obligados a considerar sus intereses más seriamente. Usted les ha dado poder político. Ya no es posible para los gobiernos de tierra firme mantenerles bajo un firme control con sus guarniciones en las cúpulas. Ahora los de tierra firme corren el riesgo de perderles, y perder por consiguiente sus posesiones de las profundidades, cada vez que hacen algo que su pueblo de las profundidades no aprueba.

—Conté con esto —dijo Macklin—. Esperaba que esto llegara a suceder. ¿Lo sabía usted?

Finletter movió la cabeza.

—La única cosa que el pueblo de las profundidades teme más que a nada es a la guerra —dijo—. No tienen defensa contra las bombas, ni esperanza de sobrevivir. Incluso las ciudades descentralizadas pueden ser también destruidas, simplemente con algo más de trabajo. Nosotros tenemos habilidad en esto. Por consiguiente los gobiernos de tierra firme están obligados a no competir con la Liga. Es la única

manera por la cual pueden esperar que sus colonias de las profundidades se conserven.

Hizo una ligera pausa.

—No se ha producido una sola invasión en las casas privadas de nuestros ciudadanos desde hace más de seis meses. Creo que podemos considerar nuestras dificultades con los de tierra firme, terminadas.

Macklin acercándose a la silla más próxima, se sentó.

—Me complace saberlo —dijo—. No sabe cuánto.

Finletter sonrió.

—Por consiguiente —prosiguió— en vista de la nueva situación, en vista de la realidad que usted nos ha mostrado, en contra de nuestra voluntad, su mérito… ah, las recomendaciones políticas, no nos oponemos ya a que siga facilitando caparazones residenciales a los de tierra firme. En realidad, si usted desea incorporar la ciudad a la Liga, estamos dispuestos a darle toda la asistencia posible, y debo añadir, que podemos protegerles de cualquier cambio que el gobierno de tierra firme pueda intentar.

Macklin movió la cabeza.

—Tenemos ya toda la protección que necesitamos —dijo.

Finletter arrugó la frente.

—Me cuesta creerlo —dijo—. No tienen ustedes Marina, ni Policía. Ni siquiera tienen, según mis datos, una organización política de ninguna clase. ¿Cómo pueden tener pues protección alguna?

—No necesitamos organización política de ninguna clase —dijo Macklin para empezar—. Esto es una compañía. Yo procuro los servicios. —Entonces, se acercó a la ventana. Miró afuera—. Hay más de una clase de protección —dijo—. La fuerza, el poder… no son más que una de ellas. —Hizo un gesto hacia la ventana—. La mayoría de mi pueblo está formado por ciudadanos americanos. No es una simple casualidad. Me costó mi trabajo conseguirlos, y tuve que solicitar la ayuda de Jason para ello. Ellos son nuestra protección.

—¿Llama usted protección a eso? —exclamó Finletter—. Porque…

—Es todo cuanto necesitamos —repuso Macklin—. Estamos en campo abierto. Aquí ningún gobierno tiene jurisdicción sobre nosotros. Si aquí hubiera habido únicamente ciudadanos de la Liga, los de tierra firme habrían podido invadirnos siempre que les hubiera venido en gana. Hubieran podido convertir nuestra vida en algo intolerable, y no hubiéramos tenido manera de combatirles. Pero los americanos no pueden hacer eso a su pueblo, puesto que ello sería violar sus derechos como ciudadanos, al invadir sus hogares sin justificación. Y los demás gobiernos de tierra firme temen hacer nada.

No lo harían aunque los del gobierno americano les animaran a ello. Las relaciones entre ellos serían muy delicadas. Una nación no comete ofensas contra los ciudadanos de otra nación no importa en qué circunstancias, sin que las relaciones entre ambos países se resientan por ello.

Finletter comprendió su significado.

—Por consiguiente —dijo—,al asegurarse de que una buena parte de su pueblo está integrado por ciudadanos americanos, le da la sensación de que no necesita ya ninguna otra protección.

—Nos han dejado solos —dijo Macklin—. No les ha gustado ni un ápice. Pero nos han dejado solos.

Pensativamente, Finletter se inclinó para coger su vaso. Observó el contenido del mismo, agitándolo suavemente. Al final, bebió, bebió de nuevo y dejó el vaso en la mesilla.

—Por supuesto —dijo— ¿ha considerado usted que los americanos, si quisieran, podrían pasar por alto la legislación, lo cual les proporcionaría un pretexto para las escaramuzas? ¿Podría usted prevenir esto?

—Han estado tratando de hacerlo durante dos años —dijo Macklin —. No han tenido suerte, y no la tendrán. Los americanos residentes en mi ciudad no hacen nada que no esté incluido entre sus derechos y garantías como ciudadanos.

—Pero están ayudándole a usted a construir caparazones residenciales que vende usted a los de tierra firme en y alrededor de sus propias cúpulas —indicó Finletter obstinadamente—. En alguna parte debe haber una salida. Deles tiempo, y la encontrarán.

—No lo creo —dijo Macklin tranquilamente—. Un ciudadano americano tiene el derecho de la propiedad privada. Esto comprende incluso los caparazones residenciales. Hasta ahora, su gobierno les impedía tenerlos al prohibir alzarlos en territorio americano, lo cual era lo mismo que decir que no podían ponerlos a menos de cinco millas al exterior de una de sus cúpulas, y por montar un sistema de inspección que desanimaba a cualquier compañía americana que pretendiera fabricarlos. Y mientras, ustedes, la Liga, estaban haciendo todo ¡lo posible para evitar que yo los vendiera a ciudadanos no pertenecientes a la Liga. Bien. Mi ciudad está fuera de la Liga, de manera que ustedes no tienen autoridad para detenerme. Y nada puede privar al pueblo de tierra firme a seguir comprando mis caparazones residenciales. Y mientras ellos sigan levantando sus hogares al menos a cinco millas de distancia de sus cúpulas, los gobiernos de tierra firme no tienen autoridad para detenerles ni para

regirlos. La posesión de la propiedad es un derecho humano fundamental. Especialmente un hogar. Ni un gobierno puede mandar dónde debe vivir su pueblo.

—Por lo visto lo tiene todo muy bien dispuesto —dijo Finletter. Su voz era irónica—. Pero, como puede usted comprender no perdería nada entrando a formar parte de la Liga. No tratamos de engañarle, ni de destrozar sus propósitos. Simplemente queremos ofrecerle nuestra protección, la de la Liga, y asegurar que... que no importa lo que pueda ocurrirle a usted, personalmente, su trabajo sería continuado. Tenemos, después de todo, un considerable interés en el éxito final de su proyecto.

—La mayor parte de mis ciudadanos son de tierra firme —le recordó Macklin, volviéndole a la realidad.

—Sus derechos les serán respetados —prometió Finletter.

—Vinieron aquí porque creyeron que sería en bien de su propio pueblo —le recordó Macklin—. Si yo aceptara, esto podría diferenciar las cosas. A ellos no les gustaría.

—Se les permitirá marchar —dijo Finletter.

—Marcharían creyendo haber sido manejados por locos —dijo Macklin, haciendo una mueca—. Y esto significaría que la Liga se identificaba con lo que yo había hecho. No creo que esto sirviera para nada bueno. Una de las razones por las que he hecho todo cuanto he podido y lo mejor que he podido, ha sido porque ¡lo hacía por propia iniciativa, sin ampararme detrás de ningún gobierno. Ahora ustedes quieren encargarse de ello. ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho —respondió Finletter. Procuraba mantenerse tranquilo—. Queremos asegurarnos de que nada suceda o estorbe al progreso de su trabajo. Me parece recordar que su vida está en cierto peligro.

—Viviré bastante —respondió Macklin—. Y tengo un sucesor en quien confiar.

—Jason Aldridge —dijo Finletter, con fina ironía— uno de tierra firme.

Macklin movió la cabeza.

—No sólo un hombre de tierra firme —corrigió—. Es un hombre de las profundidades.

—Pero de tierra firme —repitió Finletter.

—Su nacionalidad no importa —dijo Macklin con firmeza—. Está de acuerdo conmigo en que no podemos dejar estallar una guerra en las profundidades del mar. Eso es lo importante. Esto es ¡lo que estamos tratando de hacer. Esta es la básica regla de su política, ¿no?

—No lo comprendo —empezó Finletter—. Ha conseguido con éxito, obligar a los de tierra firme a reducir la presión que ejercían sobre nosotros, esto es cierto, y nosotros estamos en deuda con usted por ello. Pero no ha resuelto el eterno problema, es decir, ¿quién va a tener el control de los océanos?

Ellos no quieren renunciar en su intento de dominarnos, siguen temiendo que podamos intentar asumir el control absoluto de los océanos.

—Poniendo a mi ciudad bajo su jurisdicción no les ayudaría —dijo Macklin.

—Directamente, no, desde luego —admitió Finletter—. Sin embargo, estamos, actualmente, en una posición ventajosa. Los de tierra firme se expondrían a ir perdiendo sus colonias de las profundidades si objetaban algo a nuestros actos. Por consiguiente, mientras ¡les dejemos una manera digna de retirarse, no se interpondrán en nuestro camino en cuanto hagamos. Nos ha llegado pues la ocasión de sostener el principio que cualquier colonia del fondo del mar, prescindiendo de su medida, y aunque signifique una simple casa particular, pueda formar las bases de nuestros derechos territoriales al terreno que la rodea. Nosotros necesitamos su ciudad para establecer el necesario precedente. Es una unidad política manifiesta, por consiguiente, ellos no podrían protestar razonablemente en contra. Por tanto, no harían ninguna protesta. Luego, con el principio establecido, podríamos extender ¡las fronteras de nuestras ciudades. Después…

—Lo siento —dijo Macklin. Su voz era tranquila y firme—. No dejaré que lo hagan. Todo cuanto he hecho ha sido para que los de tierra firme cesaran de presionar sobre nuestro país. Creo haberlo conseguido. Pero ahora si ustedes cambian los papeles y ejercen presión sobre ellos, sería como si yo no hubiera hecho nada. Si desean asumir ustedes el control de los océanos, si desean cambiar la Liga por un imperio, no puedo impedírselo. Alguien tendrá que hacerlo, y ellos lo intentarán. Créame lo intentarán. Por tanto no me pida que tome parte en esto. No quiero sangre en mis manos.

Henderson Finletter dejó el vaso en la mesilla. Estaba vacío a excepción del hielo. Se puso de pie, mirando fijamente a los ojos a Macklin.

—Esperaba que me dijera esto —dijo. Estaba resignado ad hecho; no discutió. Con un ligero encogimiento de hombros dio unos pasos.

—Puede que incluso tenga razón —admitió—: Si pudiéramos fiarnos de que los de tierra firme están satisfechos… Pero no es

posible. Y entonces, algún día...

Se interrumpió, mirando fijamente a Macklin de nuevo.

—Espero —dijo con gravedad— que cuando este día llegue haya otro hombre como usted. Si no lo hubiera...

Se interrumpió de nuevo, encogiéndose débilmente de hombros haciendo la intención de acercarse hacia la puerta.

—Debo irme —dijo—. Es un largo viaje el que hay hasta McKinley, y nos queda mucho trabajo por hacer. Consolidar nuestra posición... hacer planes... Usted nos ha obligado a hacer varias mejoras, Mr. Macklin.

—Eran cambios que debían ser hechos —dijo Macklin. Dio un paso, pensando en acompañar al hombre hasta la puerta. Pero Finletter no se movió.

—¿Hay algo más? —preguntó. No podía imaginar qué podía ser.

—Quiero darle las gracias —dijo, al fin, Finletter—. No oficialmente, desde luego. Desde que intentamos oponernos a sus planes, no sería fácil hacerlo. Pero... creo que una vez hablando con usted, me quejé de que ya no existían los grandes hombres, en nuestro país. Pues bien. Usted me ha demostrado que estaba equivocado. Quiero darle las gracias por esto.

Macklin arrugó la frente. No creía comprender bien.

Aquel hombre estaba hablando de algo, y aquel algo era sencillo. Pero no era nada que él pudiera aceptar.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—No debería ser tan modesto —le dijo Finletter. Parecía presumir que Macklin sabía a qué se refería—. Toda mi vida estuve deseando estar con grandes hombres, con hombres que maniobraran con los acontecimientos como si hubieran sido simples marionetas. Aprecio como un privilegio especial el haberme sido posible conocerle, Mr. Macklin. Mi único deseo sería haberle podido conocer mejor.

No eran simples alabanzas, comprendió Macklin. El hombre sentía en realidad cuanto decía.

—Esto no es cierto —protestó. Trató de explicar—. Yo no... Todo lo que he hecho ha sido lo que me fue posible realizar. Las fuerzas estaban allí. Sólo tuve que emplearlas. Yo...

Sonriendo, como si pensara que la protesta de Macklin venía a confirmar su pensar, Finletter añadió:

—Sí —repitió—. Oportunidad. Oportunidad y coraje para actuar.

Dio la vuelta, y Macklin le acompañó hasta la puerta.

Finletter se detuvo allí:

—Tal vez... —dijo, esperanzado y deseoso—. Tal vez volvamos a

vernos de nuevo. Espero que así sea.

—Tal vez —repitió Macklin, haciendo un significativo gesto hacia su pecho—. Puede suceder en cualquier momento —le recordó al hombre.

—A un hombre cualquiera, quizá sí —dijo Finletter. Saludó ligeramente con la mano en señal de adiós. Macklin le devolvió el saludo maquinalmente, sin pensar en ¡lo que estaba haciendo, y Finletter salió…

XII

Macklin regresó junto a la ventana. Afuera, ante sus ojos, la ciudad se movía en una armoniosa danza fantástica de tráfico en todas direcciones. De debajo, das luces de un batiscafo iluminaban arriba y, por un instante, la forma de su silueta negra atravesó por allí contra las brillantes estrellas artificiales. Desapareció, perdido en las inquietas constelaciones. Podía haber sido Finletter, o tal vez no. Era difícil de decir.

Vaya, pensó. Vaya, no se había portado mal. No, no demasiado mal, por tratarse de un hombre sentenciado a muerte, si bien, en honor a la verdad, no se trataba de una sentencia con fecha fija.

Pero llegaría. Algún día, inesperadamente, le destruiría.

«Bueno, déjala venir», se dijo para sí. Era todo cuanto un hombre puede esperar de la vida. Estaba satisfecho.

Había construido su ciudad, y su vida de trabajo había alterado el rumbo del mundo y el futuro de las naciones. Su hija estaba felizmente casada, era madre de un hermoso chiquillo, y esperaba la llegada de otro bebé en breve. Una chiquita, esta vez, le había dicho ella. O por lo menos dijo que el doctor así lo pronosticaba.

Pero a veces los doctores se equivocan.

Se acercó a su mesa. La tenía llena de papeles y un montón de informes esperaban ser revisados por él. Siempre quedaba trabajo por hacer. Siempre habría más trabajo. Se sentó, pero sin tocar los papeles.

¿Qué era lo que Finletter había dicho? ¿El? ¿Un gran hombre?

No era verdad. Sencillamente, no lo era. Todo lo que él había hecho, así se lo parecía, era imperativo que lo hiciera alguien. Y nadie más deseaba hacerlo. Y la situación había sido tal, su posición había sido tal, que él fue capaz de hacerlo.

Eso era todo.

No. La grandeza no tenía nada que ver con ello. Él había dejado su marca en el curso de los acontecimientos, naturalmente, pero cualquiera podía haberlo hecho. Al fin y al cabo, ¡las fuerzas que hacen la historia no eran tan fuertes ni inflexibles que un hombre en la posición adecuada no pudiera aprovecharse de ellas, entrecruzándolas, una contra otra, hasta conseguir arreglar lo que parecía imposible y destinado al desastre.

Ello no requería grandeza en ningún sentido.

Todo lo que Finletter había dicho relacionado con la grandeza,

carecía de sentido.

La idea en sí, era ridícula. No valía siquiera la pena de pensar tal cosa.

Sólo…

¿Era…?

«No. Claro que no», se dijo Macklin, firmemente.

Claro que no.

Pero…

Le gustaría saberlo.

¿Podría, en realidad estar seguro? ¿Podría alguna vez estar seguro?

¿Qué era un gran hombre, a fin de cuentas?

FIN